

Symphorien y el paraguas locuaz

Pedro Martínez Rayón

ZARABANDA

Cuando aquella noche, por detrás de los cristales, contemplé la calle, continuaba lloviendo. Era una lluvia menuda, persistente, que dejaba las aceras brillantes y relucientes como pasillos perfectamente encerados. De trecho en trecho, la luz pugnaba por abrirse paso entre las tinieblas poniendo de relieve el incesante goteo. Era una noche que no prometía nada bueno para el día que habría de seguirla.

Al despertar a la mañana siguiente, con el perfume del café recién hecho, por la puerta entreabierta de mi habitación llegaron hasta mí los ruidos que mi madre hacía con sus preparativos de marcha. Se iba a casa de mi hermana con la que pasaría unos días para acompañarla y ser testigo del nacimiento de su primer nieto.

Instantes más tarde, la viajera asomó la cabeza en el dormitorio y, sin pasar, dijo: “No te molestes en levantarte. Ya he pedido un taxi y solamente llevo una maleta pequeña. Como es para tan poco tiempo... Tú aprovecha hoy; mañana tienes que empezar a madrugar. Recuerda el despertador. Ah, y a ver lo que comes. No hagas como la última vez que estuve en casa de tu hermana. Si sales luego, llévate el paraguas. Hace un día horroroso.”

Seguramente hubiera continuado con sus recomendaciones pero, en aquel preciso momento ambos escuchamos las repetidas llamadas de un claxon que reclamaba su presencia. El taxi la esperaba.

Entró, entonces, apresuradamente, me besó cariñosamente y, prometiendo llamarme para cerciorarse de que no había novedades, se fue.

En el silencio producido por su marcha, roto únicamente por el siseo causado en el exterior por el agua desplazada por los automóviles, pensé en que aquel era mi último día de vacaciones, las primeras desde que había comenzado a trabajar como economista en un banco. Era cierto que el periodo de holganza me había venido bien para descansar, pero también era verdad que durante todo el mes apenas había visto el sol dos días completos. Septiembre no era un mes apropiado para hacer vida al aire libre.

No sabía cómo emplear las últimas horas de libertad. Con cierta desgana, me levanté. Eran las once y media. Antes de pasar al cuarto de baño, me dirigí a la cocina. Olía muy agradablemente. Una vez más me dije, sirviéndome una taza, que el café resultaba más atrayente por el olor que por el sabor. Bebí lentamente su contenido y, a punto de darle fin, encendí un cigarrillo. Era el primer acto de afirmación de independencia que me permitía en ausencia de mi madre. Ella no me lo habría consentido sin atiborrarme previamente de tostadas, mermelada y mantequilla.

Poco después, más animado, me aseo, vestí y salí de casa cerrando cuidadosamente con llave. Al llegar al portal, viendo la gente presurosa protegida con sus paraguas, observé que había olvidado el mío. De mala gana, volví a tomar el ascensor y subí a por él.

Ya en la calle, con aquel incómodo adminículo sobre la cabeza y sujetando fuertemente el puño de plata entre ambas manos, pues el viento arreciaba, fui discurrendo sobre las ventajas e inconvenientes de aquel chisme que, en mi fuero interno, denominaba “mal necesario”. Lo cierto era que se trataba de un trasto ridículo dotado de una increíble tendencia a extraviarse. Yo mismo, reconocí, perdía más veces el paraguas que la paciencia.

Y con aquel debía tener un especial cuidado. Era un artículo de lujo. De seda fina, impermeabilizada; sus varillas reforzadas, de acero inoxidable y muy ligeras. El puño, de plata -como ya he dicho-, representaba fielmente una cabeza de galgo. ¡Que Dios se apiadara de mí si la futura abuela llegaba a saber que aquel distinguido ejemplar -su obsequio de cumpleaños- siguiendo el comportamiento de múltiples antecesores, me abandonaba caprichosamente sin despedirse!

Tampoco saldría muy bien parado cuando se enterase de que el elegante pertrecho ya había mancillada con un diminuto desgarrón, muy cerca de la varilla próxima a la presilla de cierre. Era invisible cuando se encontraba plegado, pero a los ojos de zahorí de mi madre poco se ocultaba. Lo dicho; en guardia permanente o tendría un buen disgusto.

Haciéndome estas reflexiones, llegué ante la cafetería en la que me proponía aguardar la llegada de un par de amigos. Empujé la puerta con el hombro mientras cerraba el paraguas. Lo plegué cuidadosamente, realizando así el segundo acto de rebelión contra mi progenitora -que me tenía terminantemente prohibido hacerlo antes de que estuviese seco- y lo introduje en el paragüero en el que ya se encontraban otros cuatro o cinco.

Me acerqué a la barra y, sentándome en un alto taburete, pedí un whisky. Era lo mejor para entrar en calor y ahuyentar los efectos de la elevada humedad. (Tercera insubordinación hacia la autora de mis días, defensora acérrima de la teoría que afirma las propiedades perforadoras de “esa porquería, ¡uf, qué asco!”).

Llevaba el vaso a los labios para tomar el primer sorbo cuando Martín, uno de los amigos que esperaba, palmeó afectuosamente mi espalda haciendo que el ardiente licor pasara por un camino inadecuado.

“Vengo solamente a advertiros de que no contéis conmigo. He de irme a comer ahora mismo. Esta tarde nos visita el Inspector de Hacienda y tengo que estar en el comercio antes de las tres”, me dijo. Y, sin detenerse un momento, ya en marcha, añadió: “Os veré esta noche aquí, como siempre.”

Otra vez solo, me dediqué a la copa que tenía en la mano y a observar las idas y venidas de los clientes que entraban y salían incesantemente. Pero, durante todo el tiempo que permanecí allí, resuelto a no olvidar el paraguas, no perdí de vista por un momento el mueble, una especie de enorme papelera, en que lo había depositado a mi entrada. Ahora estaba bien acompañado. Compartía el lugar con otros seis o siete más y, por esa razón, cada vez que

alguien se dirigía a aquel rincón, yo comprobaba atentamente los que se retiraban para que no se produjese algún error.

Cuando estaba a punto de dar fin a la consumición, oí que se voceaba mi nombre. Me llamaban al teléfono, instalado en la esquina de la barra opuesta a la que yo ocupaba. Uno de mis amigos comunicaba que ni él ni Luis podían venir.

Un tanto aburrido, decidí marcharme a casa y tomar algo allí; el plato rápido que, con evidente satisfacción, despachaba un hombre -que no se había despojado del sombrero ni del abrigo de pelo de camello color marrón- no presentaba un aspecto muy apetitoso. No obstante, comía con avidez. Debía sentir hambre, pues estaba rodeado de alimentos. Además de un par de huevos fritos, dos gruesas salchichas, un enorme filete de carne, y lo que me pareció un saco de patatas fritas, tenía a su alcance una respetable fuente con ensalada de lechuga y tomate. Junto a su codo aguardaba turno una descomunal ración de tarta. El camarero buscaba espacio para añadir a aquellas provisiones una jarra de cerveza, la segunda, y un gigantesco bol lleno hasta los bordes con Mouse de chocolate.

Observé todo esto al mismo tiempo que privaba de la compañía de mi paraguas a los que aún permanecían en el paragüero. El hombre del festín no levantó la mirada de las vituallas.

Cuando me había alejado unos treinta o cuarenta metros de la cafetería, comenzó a llover de nuevo. Apresuradamente, abrí el paraguas y, sorprendido, comprobé que no era el mío. Era exactamente igual, pero éste tenía, colgada de la parte más alta de una de las varillas, una tarjetita de aluminio en la que podía leerse: Ramón Gómez Rendir; seguía la dirección.

“¡Vaya -pensé-, D. Ramón es tan despistado como yo!”. Claro que la confusión es bien natural. Son dos paraguas gemelos. La cosa tiene fácil solución. Y pronta, pues el hombre vive en esta misma calle.”

Apreté el paso y enseguida me encontré ante el número 172. Subí al primer piso y oprimí el timbre. La doncella que abrió la puerta cogió la tarjeta de visita que le ofrecí y me dijo: “Voy a ver si está D. Ramón. Tenga la bondad de esperar un momento.”

Regresó minutos después, diciendo: “Sígame, por favor.”

El señor que me recibió era un hombre de unos setenta años. Su cabeza, calva como un huevo y con la forma de uno de éstos, reflejaba la luz de la lámpara bajo la cual leía el libro que depositó sobre una mesita baja, al tiempo que se levantaba de un confortable sillón frailuno para venir a mi encuentro con la mano extendida.

“Vd. dirá qué desea señor..., señor Alba”, murmuró echando una ojeada a mi tarjeta, que retiró del bolsillo superior del batín. “Perdone que le reciba así -añadió- pero...”

Por favor -le dije-, no se excuse. He venido a traer su paraguas, con la esperanza de que usted tenga el mío. En los locales públicos, como la cafetería

Tívoli, deberían entregar números a cambio de paraguas, abrigos y otras prendas. Así, se evitarían confusiones.”

“Tiene usted razón -respondió. Pero, siéntese un momento mientras voy a buscar su paraguas que, efectivamente, he traído por error.”

Regresó, no antes de que yo hubiera tenido la oportunidad de ver una fotografía de un D. Ramón muchísimo más joven, vestido con la toga de los hombres de leyes. Traía, ciertamente, mi paraguas.

Cuando hicimos el intercambio no pude evitar una sonrisa y, para eludir una errónea interpretación, comenté: “Parecemos dos generales cambiando las espadas en una original ceremonia de relevo.”

El dueño de la casa rió con buen humor y asintió diciendo: “Pues, en realidad, sí. Los paraguas son las armas con las que nos defendemos de las inclemencias del tiempo. Es la húmeda guerra contra la lluvia.”

Al decirle que debía irme, pretexté un quehacer urgente, me escoltó a la puerta explicando que Rosario, su ama de llaves y única compañía en aquel piso enorme, había tenido que salir y estaba solo. Nos despedimos amistosamente y me fui a casa. Había cesado de llover así que, satisfecho por la impecable operación de rescate, llevada a cabo sin el menor fallo, caminé balanceando negligentemente, a modo de bastón, el dichoso artefacto.

Próximo a mi domicilio, el regatón se deslizó sobre una losa y se quedó prendido en la agarradera de un registro de aguas. Tiré del paraguas con cuidado pues no era cosa de romperlo después de aquella recuperación milagrosa. Volvín cuidado e

sin más dilación, salí al rellano cerrando de un portazo. Con dos veloces zancadas crucé el corto pasillo y, espoleado por un temor que no admitía aplazamientos, emprendí un sistemático aporreo de la puerta de enfrente. Esta fue abierta por una asustada chica, Margarita, que, sorprendida por mi manera de llamar, preguntó: “¿Qué sucede, qué te ocurre? Estás palidísimo.”

Por toda respuesta, con rudeza, la aparté de la entrada, cerré silenciosamente y, poniéndome el dedo índice sobre los labios, le pedí que se callara. Luego, cogiéndola por un brazo la arrastré hacia el interior de la vivienda. Margarita, mirándome con ojos aterrorizados inquirió: “Pero, ¿qué pasa?; ¿te has vuelto loco?”

“Ahora no tengo tiempo”, respondí, y, dirigiéndome a la mesita en la que estaba el teléfono, agregué: “Cállate y escucha. Más tarde te lo contaré todo.”

Yo conocía muy bien a Margarita. Habíamos estudiado juntos los primeros años de carrera. Ella abandonó antes de concluir y se había empleado en una compañía de seguros. Vivía en aquel piso junto con una azafata de Iberia que, entonces, estaría volando hacia Estados Unidos. Se llamaba Victoria y era una buena chica, con la cual, lo mismo que con Margarita, congeniaba a las mil maravillas. Los tres habíamos salido muchas veces a bailar, al cine o simplemente a pasear. En distintas ocasiones, nuestras inocentes francachelas habían terminado cenando en la casa que ahora me servía de refugio.

Nerviosamente, marqué el número que me había facilitado el comisario Yuste y pregunté por él. Inmediatamente, lo tuve al otro lado de la línea.

Casi sin dejarme hablar, me dijo: “Tan pronto como sea posible, le daré a conocer las razones por las que le he pedido que abandonara urgentemente su piso. Ahora, no tengo más remedio que rogarle siga confiando en mí y haga exactamente cuanto le diga, aunque algunas cosas le parezcan anormales. No tenemos tiempo, así que escuche atentamente y respóndame rápido. ¿Cuánto pesa y mide usted?, ¿Tiene bigote o barba?; si llevaba gabardina o abrigo cuando estuvo en el Tívoli, ¿de qué color era? En su casa, ¿hay alguna fotografía reciente de usted mismo? ¿Dónde se encuentra usted en este momento?”

Traté de responder con toda claridad y le dije que pesaba setenta y dos kilos, medía uno setenta y cinco, me había dejado un bigote estilo palestino, llevaba gabardina azul (y traje del mismo color -añadí por mi cuenta-), solamente había fotos de cuando era chico, de la primera comunión y de equipos de fútbol y atletismo, ninguna con menos de ocho o diez años de antigüedad. Estoy en la vivienda de enfrente en el mismo rellano de la escalera.”

“Bien -contestó. Ahora, asómese a una de las ventanas que dan vista a la calle lateral; no sobre la principal en que se encuentra el portal -insistió. Desde la azotea le bajaremos una cesta atada al extremo de una cuerda. Ponga en ella el paraguas, el pequeño estuche de plástico, la llave de la puerta de su piso y una breve nota describiendo la distribución de su vivienda, que, si no me equivoco, va a ser allanada por un tipo muy peligroso. No me queda más que recomendarle que no salga de ahí hasta que yo mismo vaya a verle. ¿De acuerdo?”

“Roger”, contesté un poco frívolamente. El comisario, riendo, me felicitó por lo que dijo era un admirable espíritu deportivo, y colgó.

Margarita, intrigada, me contemplaba y, cuando le pedí me llevara a una habitación de las características exigidas por Yuste, me acompañó en silencio. Ella misma abrió la ventana. Muy cerca del alféizar ya estaba la cesta prometida.

Rápidamente, dibujé un croquis de mi piso y lo introduje en la cesta junto con las cosas que me habían pedido. Luego, aunque el comisario no había dicho nada al respecto, di tres suaves tirones a la cuerda de la que colgaba la canasta de mimbre. Respondiendo a mi silencioso aviso, ésta desapareció sin ruido hacia las alturas.

Mientras realizaba los preparativos que me permitieron cumplimentar las instrucciones del responsable policiaco, me estuve preguntando cómo conocería éste la existencia de la cápsula de plástico oculta en el paraguas. Era otra cuestión que debería aguardar respuesta.

Nuevamente conduje a Margarita a la puerta que daba al descansillo y, sin abrirla, fui explicando en voz muy baja lo poco que yo mismo conocía del embrollo. De cuando en cuando, suspendía el relato y, aplicando el oído a la puerta, escuchaba esperando no sabía qué. Mi amiga, imitando el gesto, también trataba de oír algo. Reinaba un silencio absoluto que invitaba a creernos en una casa abandonada. Por fin, el mutismo fue roto por el ruido que produjo la puerta del ascensor. Después, el asmático jadeo de la subida. Trepaba con una lentitud exasperante. Otra vez silencio. Se había detenido un par de pisos por debajo del que ocupábamos. Un portazo, unos pasos apagados por la distancia y nuevo portazo. Seguimos aguardando.

En esta ocasión no por largo tiempo. El ascensor fue llamado desde el portal y comenzó otra penosa ascensión. Ahora, como fatigado por tan escarpada andadura se paró en nuestro piso, el séptimo.

Conteniendo la respiración, acerqué un ojo a la mirilla panorámica. La luz del ascensor no era muy potente pero, a la escasa claridad que prestaba a la escena, percibí la silueta de un hombre corpulento que, sin vacilar, se dirigió al botón que accionaba la luz de la escalera y la oprimió. Fue hacia la puerta de mi piso y, tras leer la placa que anunciaba los nombres de los inquilinos, utilizó el timbre con insistencia. Esperó un momento y repitió los timbrazos, acompañándolos de enérgicas palmadas en el paño de madera.

Al cerciorarse de que la vivienda estaba vacía, se volvió y, encaminándose hacia la puerta tras la cual nos ocultábamos, repitió en ella las mismas maniobras. Entonces, cuando lo tuve a escasos centímetros, únicamente separado de él por un débil lienzo de tabla, me di cuenta, aterrorizado, de que el visitante era el voraz comensal del Tívoli.

Visto de cerca impresionaba. Era muy alto y de una anchura increíble. Su rostro, del que sólo la frente estaba oculta por el ala del sombrero, sugería crueldad, determinación y fuerza. Los ojos, muy separados y excesivamente claros, semejaban dos trozos de hielo.

Bruscamente, dio media vuelta y, en dos zancadas se plantó ante la otra puerta. Permaneció inmóvil unos instantes en actitud de escucha. Extrajo de un bolsillo del abrigo algo semejante a un largo estuche de manicura. Seleccionó una fina ganzúa, encendió por tercera vez la luz de la escalera que se apagaba periódicamente, y hurgó con delicados tientos en la cerradura.

No resultó un trabajo difícil puesto que, en mi precipitada huída, no había cerrado con llave. La puerta se abrió sin rechinar. Echó una mirada por encima de un hombro, volvió a prestar oído y, entrando en mi casa, sin causar la menor sensación de prisa, cerró la puerta tras sí.

Margarita, que había alternado conmigo el uso de la mirilla, estuvo hasta entonces serena -teniendo en cuenta las inusuales circunstancias- pero, a partir de aquel momento, principió a dejarse dominar por el nerviosismo. Con voz en la que se mezclaba temor y excitación dijo, en tono casi inaudible: “Y ahora, ¿qué hacemos?”

“Lo que ha dicho el Sr. Yuste; esperar. No podemos hacer otra cosa. El comisario sabe muy bien lo que se trae entre manos.”

Eran las siete y media de la tarde. Había anochecido y llovía. Desde la cena del día anterior, mi estómago sólo había recibido un café con leche y un whisky. Ahora, con gruñidos de protesta, reclamaba sus naturales derechos. Cuando comuniqué a mi camarada de cautiverio el hambre que sentía, me taladró con una mirada de incredulidad. “Pero, ¿serías capaz de ponerte a comer ahora?”, preguntó asombrada.

“Pues claro pero, naturalmente, siempre que me invites. Ya sabes que mi nevera ha sido tomada por el enemigo. De momento, no estamos en condiciones de realizar un ataque por sorpresa.”

“No me explico cómo puedes tener ganas de comer y de bromear. Sólo pensar en la comida me da náuseas. Pero, bueno -continúo. Vamos a la cocina. Te prepararé algo.”

Margarita hizo buena su promesa. Terminados los dos bocadillos, uno de jamón y otro de queso, acompañados de un vaso de leche, me repantigué cómodamente en un sillón -habíamos pasado a la sala de estar- y encendí un pitillo. Aunque las circunstancias eran las mismas, yo las veía con mayor optimismo.

Mi madre tenía, seguramente, razón cuando afirmaba que cuando los hombres tenemos hambre nos convertimos en niños insoportables y malcriados.

Al cabo de otras dos horas de espera y, después de varias falsas alarmas, es decir, paradas del ascensor en otros dos pisos, el renqueante trasto se detuvo en nuestro rellano. Aún antes de que cesase su movimiento, pudimos escuchar las alegres voces de tres o cuatro jóvenes que reían desenfadadamente.

Como movidos por un resorte, fuimos al recibidor a continuar nuestra labor de espionaje. Del ascensor surgieron cuatro personas que, despreocupadamente, se dispusieron a entrar en mi piso. Uno de ellos, vestido de azul, y con un paraguas que yo conocía muy bien, abrió con la llave que traía en la mano, pasó

el primero y los otros tres le siguieron cuando aquél encendió la luz. La puerta volvió a cerrarse con un tremendo portazo que me hizo temer por su integridad.

Hasta cerca de las once de la noche, no logramos saber lo que sucedió en la casa invadida. A esta hora, el comisario Yuste compareció acompañado por dos inspectores. Hicieron sonar el timbre en la casa de Margarita y nos invitaron a acompañarles para contemplar de cerca cómo uno de los policías abría mi puerta con un instrumento similar al utilizado por el moderno “Pantagruel”; Arteaga era su apellido, según se nos dijo.

Dentro nos aguardaba un espectáculo curioso. Tumbados en el suelo, de dos en dos, y espalda con espalda, los brazos extendidos por encima de sus cabezas, atadas las muñecas y tobillos y amordazados con esparadrapo, se encontraban los cuatro ruidosos visitantes. Uno de ellos, el que me había personificado, fue el primer liberado de su incómoda postura. Resistió sin una queja el tirón con que se le arrancó la mordaza, pero el dolor debió de ser terrible -el esparadrapo cubría parte del hirsuto bigote que le adornaba- pues sus ojos se arrasaron de lágrimas.

“Bueno, Fuente -le dijo el comisario. Aunque yo lo he visto todo con los prismáticos, en beneficio de la señorita y del Sr. Alba, cuéntenos cómo fue la cosa. Y, mientras lo hace, ayude a soltar a sus compañeros -añadió.”

“Pues fue muy sencillo; todo salió como usted supuso, Sr. Yuste. Cundo entramos haciéndonos pasar por el propietario del piso y sus amigos, todo estaba a oscuras. Artiaga no dio señales de vida hasta que nos vio sentados disponiéndonos a jugar una partida de mus. Alguien propuso que nos tomáramos unas copas y cuando me levantaba para buscar las bebidas, el sinvergüenza hizo su aparición encañonándonos con una Magnum. Nos fingimos sorprendidos y asustados y simulamos creer que se trataba de un ladrón. Sonriendo sólo con los labios dijo que estábamos equivocados. El no era un atracador, sino un coleccionista de paraguas. Había venido a recoger uno, igual a otros dos que ya tenía, que le faltaba para completar el terceto. Efectivamente, nos mostró dos paraguas idénticos al que yo traía al entrar. Luego, nos obligó a inmovilizarnos unos a otros, utilizando él mismo el esparadrapo para la última pareja. En los bolsillos del abrigo lleva las existencias de una ferretería. Creo que eso ha sido todo -terminó.”

“Muy bien -dijo Yuste, dirigiéndose a los agentes de la policía. Pueden irse todos, menos Fuentes. Mañana nos veremos.”

Cuando nos quedamos solos Margarita, el comisario, Fuentes y yo mismo, mirando el joven inspector que aún palpaba cuidadosamente los labios doloridos, exclamé: “Creo que han corrido ustedes un grave riesgo. El bárbaro ese pudo haberles matado.”

Yuste se adelantó a su inspector, asegurando: “No lo crea usted. Artiaga estuvo, desde que hizo su aparición con el arma, encañonado, bajo ángulos diferentes, por dos tiradores de primera, equipados con rifles dotados de mira telescópica y rayos infrarrojos. Si hubiera hecho el más leve ademán de

disponerse a disparar, se le hubiera volado la cabeza. Por otra parte, Artiaga no es un asesino. Es mucho más inteligente de lo que parece. Lo conocemos muy bien. Nació en Argel de padre español y madre francesa. Que nosotros sepamos, habla cuatro o cinco idiomas sin traza de acento y, naturalmente español. Conoce perfectamente los entresijos del mundo político árabe y se sospecha que mantiene contactos con la Mafia siciliana. Es difícil demostrar algo en su contra pero, en esta ocasión, gracias al triple error en la elección de los paraguas, creo que le atraparemos. Y, al propio tiempo, detendremos a otra persona mucho más importante que Artiaga. Creo que, aunque no sea más que por el susto que han llevado los dos -nos miró a Margarita y a mí- tienen ustedes derecho a conocer todo el asunto.”

El comisario reflexionó unos instantes y se dispuso a proseguir, después de encender un pitillo.

En aquel momento nos sobresaltó el repiqueteo del teléfono. Descolgué. Se trataba de mi madre. Se disculpaba por no haber llamado a una hora más prudente, pero le había sido imposible. Había andado todo el día “de cabeza”. De acuerdo con lo que le decía el médico, mi hermana la haría abuela al día siguiente. Antes de cortar la comunicación, me preguntó si me había aburrido mucho.

“No te preocupes, mamá -contesté-, también yo he tenido un día muy movido.”

Yuste sonrió al escuchar aquello y siguió su narración.

“Nuestro pantagruélico Artiaga actúa como contacto entre un alto funcionario del Ministerio de Asuntos Exteriores y una agregado de la Embajada en Francia de un país del Oriente Medio en guerra con otra nación de la misma zona. Después de muchas investigaciones han sido estudiados minuciosamente dos sospechosos. Hemos utilizado confidentes, intervención de teléfonos y el ordenador para el cruce de datos personales, como desplazamientos, tren de vida, etc. Finalmente, tenemos la certeza de haber encontrado al responsable de la obtención y posterior entrega de información confidencial. Pero no estamos en condiciones de demostrar nada. Mejor dicho, no estábamos, porque ahora sí lo estamos. Arteaga ha sido seguido durante mucho tiempo. Esta mañana, cuando entró en el Tívoli no llevaba paraguas. Al salir, comprobando que el que llevaba no era el esperado, preguntó en la barra si conocían al propietario de uno como el que mostró a los camareros. Le respondieron que sí. Se trataba de don Ramón Gómez Renoir, juez retirado y domiciliado en la misma calle. Facilitaron hasta el número y el piso. Era un cliente bien conocido y asiduo. Artiaga entonces, le pidió que hiciera el favor de decirle, de su parte, que si en aquel momento no pudo ir a verle para cambiar sus respectivos paraguas, al día siguiente iría a su casa para hacerlo. Luego se produjo nuestro único fallo pues los dos hombres que lo seguían lo perdieron en el momento en que caminaba en dirección contraria al hogar de don Ramón. Cuando dieron cuenta del hecho a la comisaría y enviamos a varios agentes, el exjuez estaba inconsciente y

sangrando abundantemente por una herida en la cabeza, su paraguas había desaparecido y Artiaga se había ido. Encima de una mesita vimos la tarjeta de visita del señor Alba y, pensando que el coleccionista de paraguas podría haber visto la salida de éste último con uno parecido y relacionar, como nosotros, los dos hechos, le he llamado de inmediato para que se alejara de su casa.”

Resumiendo: el funcionario del M. de AAEE, depositó en el Tívoli el paraguas trucado con destino a Artiaga, D. Ramón lo tomó por error y el Sr. Alba se llevó el de aquel. Luego, el Sr. Alba, que había dejado el suyo en el paragüero, fue a entregar a D. Ramón el de su propiedad, gracias a la etiqueta con su nombre y dirección, y, a cambio, recibió el que contenía la cápsula con el microfilm.”

“Teniendo casi la certeza de que Artiaga no cejaría en su empeño hasta hacerse con el tercer paraguas, se vigiló la vivienda del Sr. Alba, a quien, si me lo permite llamaré en adelante Mario, para abreviar. Fue localizado tan pronto como penetró en el área custodiada y se le dejó hacer. Cuando se marchó de aquí iba bien acompañado. Suponemos que mañana viajará en avión a París y en su mismo vuelo irán también tres de mis hombres. La Sûreté francesa ya está al corriente y colaborará con nosotros. Lo que ignora el escurridizo Artiaga es que el microfilm que lleva oculto en el paraguas no es el mismo cuya entrega estaba prevista. Ahora porta la copia de otro facilitado hace meses. Cuando el destinatario compruebe este detalle, lógicamente, pondrá el grito en el cielo. Creerá que su hombre en Madrid está tratando de tomarle el pelo y, probablemente, pretenda poner en práctica medidas drásticas. En estos medios no se perdonan los errores ni los abusos de confianza. Seguramente saldrá de su madriguera en París y vendrá a España para enfrentarse a quien a cometido un fallo semejante. Todo está dispuesto para recibirle y para detener, con las manos en la masa, a nuestro desleal diplomático.”

“Bueno, -añadió Yuste- creo que después de toda esta charla no me negarán un vaso de agua. Tengo la boca completamente seca.”

“Naturalmente, señor comisario. Ahora mismo le traeré un vaso”, dije levantándome apresuradamente.

Pero, cuando entré en la cocina recibí tal impresión que olvidé por completo lo que me había llevado allí. A gritos pedí que vinieran todos. También ellos permanecieron asombrados ante lo que vieron.

Sobre la mesa se encontraban los restos del tentempié con que había matado el tiempo de espera mi amigo Artiaga. Las cáscaras de tres huevos cocidos, una lata de espárragos, una de atún, dos de sardinas, un bote de mermelada de ciruela, otro de melocotón al natural, dos envases de leche (de un litro cada uno) vacíos, por supuesto, y una barra de pan de molde, daban fe de su apetito increíble.

Margarita, con los ojos desmesuradamente abiertos, exclamó: “¡Parece imposible! ¿No decías que ya había comido?”

Yuste, riendo, se dirigió al fregadero y él mismo se sirvió un vaso de agua que apuró hasta el fondo. “Esto les dará una idea de la sangre fría que posee nuestro amigo -comentó. De todas maneras -continuó-, si todo sale como ha sido previsto, de poco ha de servirle.”

Luego, viendo cómo mi amiga y yo poníamos un poco de orden en aquel montón de despojos, el comisario se despidió diciendo: “Yo me voy. Aunque no existe peligro alguno, Fuentes se queda con usted esta noche; mañana nos veremos. Le llamaré por teléfono; después de las tres de la tarde. Buenas noches.”

Le acompañamos hasta la puerta y Margarita también se despidió yéndose a su piso. El inspector Fuentes y yo, quedamos solos.

SYMPHORIEN

Tan pronto como tuve sentido común, comprendí lo desagradable que sería soportar hasta la muerte el improbable nombre y apellidos con que la unión de mis padres y la suerte me habían obsequiado.

Realmente, darse cuenta a los doce años de que uno se llama Symphorien Artiaga de Coquenard, mientras los compañeros de clase y de travesuras disfrutaban de apelativos como Omar, Ahmer o Sunid, era excesivamente molesto. Consideraba que se me había gastado una broma de mal gusto.

Aunque mis padres, él ingeniero agrónomo español y ella hija de franceses establecidos tiempo atrás como colonos al norte de Constantina, entre Zardez y Cabilia, contaban con recursos suficientes para enviarme a Europa, habían preferido que asistiese a una escuela del país, buena, pero dirigida por nativos. Para entonces, yo hablaba y escribía árabe, francés y español, así que la comunicación no constituía ningún problema para mí.

Mi padre, con la afición al deporte tan extendida entre los vascos, había procurado endurecerme en la vida al aire libre y, como yo mismo me encontraba más satisfecho realizando largas marchas, incluso por el desierto, que en el ambiente agobiante de la ciudad, tan pronto como sus ocupaciones y mis deberes escolares nos lo permitían, organizábamos excursiones en jeep o a caballo, que tenían un denominador común; siempre concluían con agotadoras caminatas. De esta manera, lenta pero seguramente, fui conociendo a fondo Argelia, el país en que nací de modo accidental, pero al que llegué a amar como si yo lo hubiera elegido para venir a este mundo.

En los primeros tiempos, acompañado de mi padre y, también, en ocasiones, de mi madre, y cuando llegué a la edad de quince años, solo, recorrí aquella tierra de grandes disparidades en la que, junto al silencio del desierto se podía encontrar el bullicio de la casbah en Argel o de los zocos de Orán y Constantina.

Después de una estancia de ocho o diez días en el oasis de Souf o de una escalada al pico de Tadderraf, donde los únicos sonidos que se alcanzan a escuchar son el susurro de las palmeras o el silbido monótono del viento, resultaba un delicioso contraste caminar lentamente por las retorcidas callejuelas de la casbah entre el incesante movimiento y griterío de vendedores y compradores enzarzados en sempiterno regateo.

Mi padre me había hecho asistir a clase de yudo y boxeo, así que poco o ningún peligro podía correr ni siquiera en aquel lugar escasamente recomendable en el que las pendencias eran cosa frecuente. Además, de mis incursiones por la casbah disfrutaba de la tranquilizadora presencia de alguno de mis amigos de la infancia. Especialmente, Ahmed y Sunid, ambos, como yo, con más de un metro noventa de estatura, puños endurecidos en innumerables peleas callejeras y músculos como cuerdas de piano, eran mi sombra.

En 1951, cuando las revueltas nacionalistas adquirieron su aspecto más amenazador y los atentados a tiros y bombazos eran cotidianos, cumplí los dieciséis años. Aún era muy joven para comprender la magnitud de la tragedia que se avecinaba pero, a pesar de ello, me sentía argelino y, por esta razón, contra los franceses, frente a cuanto significaba su presencia y ocupación. Ahora, mucho tiempo después, todavía soy incapaz de entender el contrasentido de lo que entonces me sucedía. Odiaba a los franceses, amaba a mi madre, francesa, y yo mismo me poseía un pasaporte que acreditaba aquella detestada nacionalidad.

Aunque mis padres lo ignoraban, yo estaba al lado de los argelinos e incluso, en más de una ocasión, había actuado como enlace entre personas pertenecientes a la resistencia. Años más tarde supe, de labios de Sunid, que mis primeros escauceos con los luchadores por la liberación de Argelia no tuvieron importancia alguna siendo, en realidad, una comedia útil únicamente para probar mi buena fe.

Poco después de que ésta fuera establecida sin lugar a dudas, bajo el pretexto de realizar una de las excursiones a que tan aficionado era, la organización me envió, junto con Ahmed y el hermano mayor de Sunid, a Tamrit. Íbamos a conocer las cuevas en las que, durante el periodo neolítico - siete mil años antes de Cristo- cazadores artistas habían pintado unos frescos dignos de ser contemplados. Ahora servirían como excusa para llevar instrucciones y armas a un conocido y perseguido líder de la guerrilla antifrancesa.

Nuestra misión parecía más peligrosa de lo que realmente era. Con las armas -seis subfusiles, otras tantas armas cortas, abundante munición y varios paquetes de explosivos- cuidadosamente ocultas en el falso fondo del jeep, y mi documentación francesa, no habría problemas. Kamil, el hermano de Sunid, se haría pasar por el guía.

Todo transcurrió sin contratiempos; como había sido previsto. Sólo una vez fuimos detenidos en la descuidada carretera por la que rodábamos dejando atrás una espesa nube de polvo. Al volver una curva, vimos una barrera que cerraba el paso junto al cual, media docena de soldados nos hacían señales de que paráramos. Cuando el sargento pidió nuestra documentación supo que íbamos a Tamit, solicitó lleváramos con nosotros a uno de los soldados de la patrulla. Se encontraba enfermo y allí podrían atenderle debidamente en el destacamento acuartelado en las cercanías.

Accedimos, naturalmente y, después de recoger los documentos y de haber acomodado en el asiento trasero a nuestro pasajero, nos pusimos nuevamente en marcha. Transcurrida una hora, dejamos al patrullero muy cerca de Tankena, localidad próxima a la frontera con Libia y no muy lejana a nuestro punto de destino.

Al atardecer llegamos a Tamrit. Lo que en avión se hubiera reducido a un vuelo de unos mil trescientos kilómetros, se había trocado en una travesía de

más de mil quinientos utilizando pistas de arena, carreteras infames y muy pocos trozos en los que se pudiera viajar a más de sesenta por hora. Habíamos recorrido casi toda Argelia, de norte a sur, dejando siempre la línea fronteriza libanesa a nuestra izquierda. Durante cinco días, con Kamil al volante, rodamos otras tantas horas en las que, pese a iniciar la partida tan pronto amanecía, soportamos un calor infernal. Atravesamos villas y poblados con nombres tan sugerentes como El Boukhari, Ksar Boghart, El Ued, Touggourt, Fort Lallemand, Zarzaitine, Fort Tarat y Djanet.

En algunos de estos lugares hicimos noche en hoteles modestos, pero con las comodidades imprescindibles. Sin embargo, habíamos experimentado una mayor sensación de libertad y bienestar cuando pernoctábamos en aldeas remotas sin más posibilidades de acomodo que las “zeribas”, cabañas de paja que, para nosotros, jóvenes aficionados a la aventura, representaban el superlativo de lo azaroso.

Contemplar la salida del sol mientras despachábamos un apresurado desayuno, venía a ser una especie de silenciosa comunión con la naturaleza que, ninguno de los tres, por un extraño pudor, se atrevía a romper con palabra alguna.

Luego, antes de introducirnos en el jeep, con la perspectiva de varias horas de intensísimo calor, Kamil y Sunid, fervientes mahometanos, desplegaron sus alfombrillas y, vueltos hacia La Meca, desgranaban las oraciones de la mañana. Yo, educado en la fe católica, pero tan indiferente y frío como mis padres observaba respetuosamente aquellas manifestaciones públicas de religiosidad y, muchas veces, sentí una inexplicable envidia. ¿Por qué no sentía yo la necesidad de comunicarme con mi creador? ¿Qué era lo que me faltaba?

Kamil tenía entonces veinticuatro años y se había unido a la guerrilla antifrancesa desde la formación de ésta. Había tomado parte en distintas operaciones y atentados, siendo herido gravemente en una de ellas. A punto de desangrarse, fue recogido y atendido por simpatizantes del movimiento revolucionario y, cuando se encontró fuera de peligro, trasladado fuera de Orán, donde había tenido lugar la acción. En cuanto estuvo en condiciones, volvió a Argel, en cuya ciudad, en tanto tuviese la fortuna de no ser conocido, le resultaba fácil pasar desapercibido y, por ello, continuar sus actividades.

Después de la sabrosa cena con alcuzcuz, méchoui y dátiles, disfrutamos de un reparador sueño; nueve horas de descanso interrumpido en una limpia zeriba. A las once de la mañana, entramos en las cuevas. Personalmente no sentía el menor interés, pero debíamos cumplir nuestras instrucciones al pie de la letra. Así que fingimos sentirnos embargados por la curiosidad y abrumamos al cicerone con un diluvio de cuestiones, algunas verdaderamente estúpidas, pero el hombre estaba habituado y respondió con buen ánimo y todo lujo de detalles. ¡Llegué a preguntarme si toda aquella literatura no había sido preparada antes de confeccionar las pinturas! Naturalmente, no aireé mis dudas, propias de un inculto bárbaro como yo, que se burlaba cínicamente de todo.

El resto de la jornada transcurrió entre los preparativos de vuelta, que iniciaríamos al día siguiente, y lentos paseos por las cercanías del Tamrit. Deseábamos ser vistos. Varias veces salimos a la zeriba y volvimos a entrar en ella para dar a conocer nuestro alojamiento a quien nos observara.

A las tres y media de la mañana, a través del ventanuco que habíamos dejado abierto, pudimos escuchar que alguien llamaba a Kamil. Sin encender luz alguna, nos levantamos y precipitamos al exterior.

Aunque estábamos en julio que, junto con agosto, septiembre y octubre, forma parte de los meses del verano argelino, la temperatura era muy baja. En el cielo brillaban tantas estrellas que, desde tan lejos, parecían tocarse.

Dos hombres nos esperaban. “Kamil”, repitió uno de ellos, añadiendo luego “Tamrit, treta, Dar-El-Beida”.

Era el destinatario de las armas que habíamos transportado desde Argel. Su acompañante se alejó unos metros y regresó minutos más tarde trayendo consigo una reata formada por tres borricos que acercó, sin pronunciar palabra, a la parte trasera del jeep. Mientras pasábamos el alijo desde el fondo del vehículo a las alforjas de los animales, Kamil y el proscrito que nos visitaba mantuvieron una conversación de la que sólo se escuchaban algunos cuchicheos.

Después, terminada la silenciosa operación, ambos hombres estrecharon nuestras manos y, sin más palabras, se fueron. Les vimos caminar hacia la arboleda de una loma próxima y sus siluetas que se recortaban nítidamente contra el cielo desaparecieron una tras otra como tragadas repentinamente por un sólido muro. Ateridos por el frío, volvimos a nuestros lechos.

A la mañana siguiente, aún no había salido el sol cuando ya nos encontrábamos en camino. Nos proponíamos volver por la misma ruta que nos condujo hasta allí pues, además de sernos ya bien conocida, dibujaba prácticamente una línea recta que nos devolvía a casa.

Al atravesar Matmat, donde no pensábamos detenernos más que a repostar carburante, nos informaron de que Kamil debía ponerse en contacto con su casa.

Cuando volvió a la estación de gasolina, que carecía de teléfono, nos fue fácil comprender que traía noticias desagradables. Su semblante estaba muy serio y entristecido.

“¿Qué sucede?”, le preguntamos casi al mismo tiempo Sunid y yo.

“No he sido autorizado a decirlo”, respondió. “Hemos de regresar a toda prisa”, terminó secamente, sentándose al volante y arrancando el jeep.

Recorrimos los quinientos kilómetros que, aproximadamente, separaban Matmat de Argel casi sin pararnos. Cuando llegamos a la ciudad, observé que Kamil conducía por calles que nos alejaban de mi casa. Íbamos directamente a la suya. Aquello me pareció extraño, pero permanecí en silencio. Por fin, Kamil aparcó el vehículo ante la verja que daba acceso al enorme jardín que ocultaba la vivienda de los ojos de los transeúntes. El dueño de la casa nos esperaba.

“¿Le has dicho algo?”, preguntó a Kamil. “Nada”, respondió éste.

Jamás olvidaré la delicadeza y compasión con que aquel hombre, aparentemente rudo, procedió a revelarme la trágica muerte de mis padres. Hacía dos días, una patrulla de soldados franceses persiguiendo a un grupo de nacionalistas, que habían rescatado a dos miembros de la resistencia en el momento de ser conducidos a juicio, había sostenido un nutrido tiroteo con quienes huían. La acción se desarrolló en medio de la explotación de mis padres y éstos habían sido los primeros en caer acribillados por una ráfaga de metrallera. Los cuerpos de las inocentes víctimas habían sido traídos a Argel y el doble sepelio había tenido lugar hacía muy pocas horas.

Cuando conocí la noticia, algo pareció rompérsese dentro. Fui incapaz de derramar una sola lágrima y un irracional deseo de venganza se apoderó de mí. Si Antes de aquello me sentía al lado de los que deseaban terminar con la presencia extranjera, entonces anhelaba con toda mi alma hacer algo que contribuyera a realizar su sueño. Aquellas dos muertes me convirtieron en un hombre posiblemente muy distinto del que podría haber sido.

En el testamento, a cuya lectura me vi obligado a asistir, mis padres me nombraban único heredero, y como albacea a Mohammed El Jorbi, padre de Kamil y Sunid. Hasta mi mayoría de edad, viviría en la casa de éstos. En mi fuero interno reconocí la prudencia de mis padres y hasta donde había llegado su cariño. Confiarme a los cuidados de Mohammed era una excelente prueba de ambas cosas. Conocían la profunda amistad que me unía a aquella familia y habían preferido depositar el futuro de su hijo en manos árabes que europeas.

Tanto Mohammed como su esposa y sus dos hijos procuraron hacerme la vida más fácil, huyendo de tópicos sentimentales, dejándome en libertad de reponerme de la tragedia como prefiriera, pero siempre cerca de mí como sombras protectoras.

Cuando terminó el periodo de vacaciones, continué asistiendo a las clases, junto con Sunid, Omar y Ahmed, en el Liceo. Reanudé las sesiones de judo y boxeo, iniciando otras disciplinas ilegales que, hasta entonces, me habían sido prohibidas. Conseguí un gran dominio en el manejo de armas cortas y largas, lucha cuerpo a cuerpo, confección de artefactos explosivos, táctica de guerrilla urbana, técnicas de interrogatorio, lectura de mapas, etc.

Para lograr el consentimiento de Mohammed hube de empeñar mi palabra de honor de que nunca pondría en práctica mis nuevos conocimientos sin su previa aprobación. Yo sentía tales deseos de encontrarme en condiciones de devolver el mal que se me había causado, que prometí, sin reserva mental alguna por el momento, cuanto se me exigió.

Coincidiendo con mi decimoséptimo aniversario, comencé el primer curso en la Universidad. Decidí seguir la carrera de leyes, no por ser aquellos temas los que más me interesaban, sino por entender que, en tiempos tan confusos como los vividos entonces, el título de abogado me permitiría contribuir de alguna forma a la conservación de la libertad de mis amenazados amigos, por no hablar de la mía.

Por entonces, como en otros lugares del mundo, la Universidad era un nido de intrigas y descontento. Algaradas, huelgas y detenciones estaban a la orden del día. Venía a ser un caldo de cultivo en el que, nacionalistas, partidarios de Francia a cualquier precio, comunistas y trotskistas se enfrentaban diariamente en defensa de ideas e intereses irreconciliables. En un mundo tan rarificado como aquel, mi personalidad y nacionalidad no hacían otra cosa que dificultarme la existencia. Cuando los simpatizantes de Francia observaban mi inclinación por los nacionalistas, me acusaban de traidor. Por el contrario, quienes deseaban la independencia -mal informados- me tildaban de espía.

Bastante antes de que finalizase el primer trimestre yo había comenzado a tomar parte en algunas acciones en las que se habían cruzado disparos. Una de las que más satisfacción me produjo fue el asalto al local de la Gendarmería situada en el puerto. La operación había sido planeada cuidadosamente.

A las tres y media de la mañana de una noche oscura en la que la luna y las estrellas brillaban por su ausencia, dos de nuestros hombres simularon una pelea, esgrimiendo cuchillos y gritando a voz en cuello. Los dos gendarmes de plantón ante la puerta avanzaron unos pasos para detener a los alborotadores sin conseguir otra cosa que verse inmovilizados por sus presuntas presas, con el refuerzo de otros miembros del comando ocultos hasta entonces. Simultáneamente, los cables del teléfono fueron cortados en el exterior. Luego, los veinte participantes en el asalto, sin un ruido ni una palabra, penetramos en el depósito.

De una habitación muy próxima a la entrada, nos llegaron murmullos. Se oían las voces de tres o cuatro hombres que jugaban a las cartas. La puerta estaba entreabierta y, cuando, de una fuerte patada, la hicimos abrir de par en par entrando como una tromba con las armas preparadas para hacer fuego, la sorpresa fue absoluta.

Además de los cuatro jugadores de belote, otros tres hombres dormían en camastros de tijera. Cuando, parpadeando confusos, trataron de remediar la situación, era demasiado tarde. Sin disparar un solo tiro, nos habíamos adueñado del lugar. Después de colocarles sus propias esposas y amordazarlos debidamente, los dejamos atados formando una gavilla que no podrían deshacer por sus propios medios. Inmediatamente, utilizando una de las llaves colgadas en la pared, abrimos varias puertas. Tras una de ellas se encontraba lo que veníamos buscando.

En una sala de grandes dimensiones, embalado en largas cajas, teníamos a nuestra disposición un enorme surtido de armas. Era, hecho realidad, el sueño de cualquiera que, al igual que nosotros, necesitara con urgencia herramientas para llevar a la práctica el fruto de sus ideas.

Sin apresuramiento elegimos cuanto nos pareció más útil para nuestros propósitos. Diez cajas de metralletas -diez armas en cada una de ellas- y cargadores suficientes para mil disparos por unidad. Todo el material era de fabricación belga, siéndonos ya conocida su excelente calidad, precisión y

duración, con un mínimo de cuidados. El elevado peso que el botín representaba ya había sido tenido en cuenta por la organización.

En el profundo silencio que reinaba en las calles, eran ya las cuatro de la mañana -y en pleno Ramadán los musulmanes no suelen trasnochar- se escuchó el ruido de un vehículo que se aproximaba. Alguien de la partida volvió a la habitación donde se encontraban los sorprendidos gendarmes y, abriendo una ventana nos gritó: “Ha llegado el camión.”

Luego, con jadeos reales, pues las cajas eran extraordinariamente pesadas, fuimos sacándolas al exterior, produciendo el ruido suficiente para hacer creer que estábamos cargándolas a bordo del camión, pero, en realidad, lo que hacíamos era trasladarlas al sótano de la casa inmediata previamente acondicionado para ocultarlas.

Cuando se dio fin a la operación, el camión, robado aquella misma tarde, se fue ruidosamente y nosotros nos dispersamos en silencio.

Al amanecer, dos agentes de la Policía encontraron en un muelle, fuera de uso desde hacía años, en la dársena Mustafá, un camión ardiendo. Cuando consiguieron apagar las llamas y sus restos pudieron ser examinados, encontraron lo que quedaba de una metralleta.

Este hallazgo, el lugar en que se produjo y el comentario hecho a los gendarmes de que “les devolveríamos en Marsella el material incautado”, podrían contribuir a ocultar la verdad sobre el auténtico paradero de las armas.

Tampoco resultó mal la acción combinada en la que, sincronizadamente, incendiábamos unos grandes almacenes, cerca de la iglesia de San Carlos, el edificio de los Tribunales -en el que se conservaban antecedentes y fichas policiales de miembros de la resistencia- y dos gigantescos depósitos petrolíferos de la zona portuaria. Como irónica burla, la operación finalizó con la quema del parque de bomberos que quedó totalmente arrasado junto con las dos unidades que aún no habían acudido a las simultáneas peticiones de ayuda.

La repetición y multiplicación de actos de esta naturaleza estaba a punto de colapsar la vida ciudadana y, en vista de que la situación se deterioraba a un ritmo acelerado e imparable, el gobierno resolvió tomar una determinación drástica. La metrópoli envió medio millón de soldados y se impuso el toque de queda.

Las cosas comenzaban a ponerse feas, especialmente para mí, que me sentía incapaz de fingir sentimientos profranceses y había recibido confidencias de que se me vigilaba.

Mohammed me llamó una noche hablándome seriamente de que debíamos llegar a una decisión inmediata, antes de que me detuvieran. El veía dos caminos. Uno, ocultarme hasta no se sabía cuando. El otro, abandonar el país entrando clandestinamente en España o en Italia.

No me satisfacía ninguna de las propuestas.

Entonces, propuse a mi tutor algo que, en principio, consideré disparatado pero, después de exponerle las ventajas que a la larga podría acarrearlos,

comenzó a encontrar más aceptable. Finalmente, aún con algunas dudas acerca de lo sensato de mi sugerencia, accedió.

Me alistaría a la Legión Extranjera, pero en vez de presentarme en un banderín de enganche de la ciudad -donde podría ser reconocido- lo haría en Sidi Bel Abbes, bajo nombre falso, puesto que, por entonces, no era necesaria documentación alguna.

Dos días después de nuestro conciliábulo, viajaba en un destartado camión hacia el acuartelamiento de la Legión. Tumbado de espaldas en el reducido espacio preparado bajo las pacas de alfalfa que terminarían en los pesebres de los caballos montados por la oficialidad legionaria, reflexionaba sobre lo que me deparaba el futuro. Las molestias que me ocasionaban la paja menuda y el polvillo impidiéndome respirar normalmente y que me habían obligado a colocar el pañuelo sobre la cara, seguramente no serían nada comparadas con la dura vida que vislumbraba.

De momento, estaba pasando un calor horrible que me forzaba, de vez en cuando, a contorsionarme como un profesional de circo para llevarme a la boca una cantimplora cuyo contenido, ya caliente, me dejaba cada vez más sediento. ¡Cuánto hubiera dado entonces por un vaso de agua helada!

Por fin llegamos a las afueras de Sidi Bel Abbes. El vehículo se detuvo al borde de la carretera y su conductor, con una habilidad y economía de esfuerzos que proclamaba la frecuencia con que realizaba aquella tarea, me sacó del escondrijo en el que estuve cerca de la asfixia, y, después de desearme suerte, trepó de nuevo a su asiento y se puso en marcha envolviéndome en una nube de polvo.

Procuré refrescarme un poco utilizando el agua que me quedaba, aclaré la boca con las últimas gotas y arrojé la cantimplora vacía a la cuneta. Luego me encaminé decididamente a la ciudad donde esperaba hallar la forma de conocer dónde se encontraba el acuartelamiento. No tuve que caminar mucho pues, como medio kilómetro más adelante, me encontré con dos legionarios que se dirigían al mismo lugar que yo.

Cuando supieron que pretendía sentar plaza, se miraron riendo y, uno de ellos me dijo: “No estás bien de la cabeza; deberíamos llevarte al médico.”

Sonreí y les respondí que sabía muy bien lo que quería. Añadí que deseaba hacerme paracaidista. ¿Sabían si aún estaba abierto el plazo?, les pregunté.

“Decididamente -me contestó el que parecía más hablador- está completamente loco. No te preocupes, el plazo siempre está abierto pues no abunda la gente como tú.”

Al llegar al acuartelamiento o campamento -entonces no sabía cuál era su nombre correcto- a pesar de estar habituado a la blancura deslumbrante de las edificaciones del país, quedé estupefacto. Los gruesos muros que rodeaban el conjunto de construcciones, al igual que éstas, eran de un blanco níveo que dañaba la vista. Los redondos cantos que circundaban los espacios ajardinados

en que crecían chumberas, también estaban encalados. Reinaba una limpieza absoluta.

Mis acompañantes me señalaron la entrada de un local, diciéndome que allí se encontraba lo que buscaba. El sargento ante el que me presenté, después de escuchar que deseaba unirme a la Legión, brigada de paracaidistas comentó con mi físico no sería difícil. Al preguntarme qué edad tenía, respondí que diecinueve años. Cuando quiso saber mi nombre, para cubrir la solicitud que debía firmar, observó que vacilaba. Se sonrió y me dijo que aquello era una simple fórmula; para la Legión, cualquiera serviría. “Si prefieres afiliarte con el nombre de Phu-Man-Chu, no hay inconveniente”, añadió.

En vista de aquello, respondí que me llamaría, a partir de entonces, como un amigo muerto: “Symphorien Artiaga de Coquenard”. El sargento soltó un taco y agregó: “No me extraña que haya pasado a mejor vida; ¡vaya nombrecito!”

Terminado el breve trámite, el sargento me explicó que en el plazo de tres días, saldría un avión militar a Francia que me llevaría, con otros diez futuros “paracas” (era la primera vez que escuchaba la palabra), a la Escuela de Paracaidismo, donde haría los cursos.

Allí me abonarían la prima del enganche. Pero, antes, tendría que pasar el reconocimiento médico. Mañana a las ocho debía presentarme de nuevo.

Finalizó la entrevista preguntándome si tenía dinero o necesitaba un adelanto. Contesté que, de momento, no precisaba nada. Pasé aquella noche en un hotelucho de ínfima categoría. Cené de mala manera y, muy temprano, pues deseaba alejarme pronto de sitio tan miserable, me lancé a la calle.

A las siete y media de la mañana, después de haber desayunado un té muy cargado con la única compañía de unos dátiles, me encontraba esperando que abrieran la oficina visitada el día anterior. Tuve la oportunidad de contemplar el cambio de guardia. Quienes formaban parte del pelotón entrante parecían autómatas. Sus movimientos acompasados y rígidos proclamaban un entrenamiento y dedicación impresionantes.

A las ocho en punto, el sargento, que ya me resultaba una figura familiar, hizo un ademán indicándome que pasara. Ordenó a un cabo, sentado ante una máquina de escribir, que me acompañara a los servicios médicos emplazados en una sala aneja. El cabo, sin decir palabra, entregó a uno de los doctores los papeles que le habían sido confiados y se retiró.

Obedeciendo el mandato médico, me desnudé totalmente. Fue el reconocimiento más completo a que fui sometido en toda mi vida. Auscultación, tensión arterial, rayos X, electroencefalograma, análisis de sangre y orina, reflejos, capacidad pulmonar y de reacción a la fatiga, fondo de ojo, visión. Iba de un aparato a otro preguntándome cuándo se terminaría aquello. Por fin, el capitán médico, dándome una palmada en la espalda, dijo: “Puedes vestirte; estás aceptado; lleva estos papeles a la oficina. El sargento te dirá lo que tienes que hacer.”

Entré nuevamente en la oficina. De allí, pasé a otra sala cuyas paredes estaban cubiertas con estanterías repletas de ropa y calzado. Otro cabo, después de mirarme de pies a cabeza, me hizo entrega de cuanto necesitaba. Debía contar con abundante práctica, pues cuando me vestí y calcé, dejando aparte el hecho de que me encontraba como bajo un disfraz, todo me iba bien.

Una vez más, estuve ante el sargento. En presencia del cabo oficinista, repetí la fórmula del juramento de fidelidad a Francia y a la Legión que él fue recitando de memoria. Luego me dijo: “Ya eres legionario; cabo, -añadió- llévele con los paracas.”

El barracón en que me dejó el cabo era un claro exponente de la preocupación sentida entre el mando militar por la limpieza y el orden. Todo estaba colocado con una precisión milimétrica. Las colchonetas y las mantas, sobre los camastros, formaban pirámides exactas; parecían hechas con un molde. Ni un papel en el suelo o encima de la larga mesa que ocupaba el espacio libre entre las filas de literas. Las armas, en el armero situado en la pared del fondo, podían pasar por haber sido recibidas de la fábrica en aquel mismo momento.

El resto del día, como los dos siguientes, fue desesperadamente aburrido. Dormir, comer y desorientación total. Aunque los que esperábamos ser conducidos a Francia formulamos innumerables conjeturas acerca de cómo sería el curso que nos convertiría en paracas, y la clase de vida que nos aguardaba una vez hubiésemos cruzado el Mediterráneo, ninguno de nosotros logramos hacernos una idea de la realidad.

Cuando llegué a la base aérea que iba a ser mi hogar durante tres meses, es decir, hasta noviembre de aquel año 1953, no podía suponer cuánto llegaría a odiarla. No sólo a ella sino también a cuanto significaba y a todo su personal.

A las seis de la mañana, el silbato del sargento instructor nos sacaba a duras penas del sueño. Después de lavotearnos someramente, a paso de carrera -como todo lo que se hacía allí- nos desplazamos a cinco kilómetros de distancia. La vuelta se hacía, después de un alto de tres minutos, a la misma marcha. Luego, ducha, desayuno, teórica sobre descenso y, tras media hora de respiro, almuerzo. Otro descanso de una hora, teoría y práctica de armamento, tres horas; sesenta minutos de limpieza de armas y equipo. Explosivos y demolición, de siete a ocho.

A las ocho, la cena. De nueve a diez, descanso. Se trataba, desde luego, de un descanso relativo pues, nos veíamos obligados a aprovechar este corto tiempo para finalizar la conservación del armamento, que debía permanecer siempre en perfecto estado de revista, lavar la ropa, estudiar los manuales de operatividad de las fuerzas aerotransportadas, etc.

A las diez en punto, tan pronto como se extinguían en la noche las últimas notas del toque de silencio, los barracones se quedaban a oscuras. Se hacía necesario prestar atención al reloj para que las repentinas tinieblas no te sorprendieran con el fusil ametrallador completamente desmontado y las piezas esparcidas sobre la litera. Para complicar más las cosas, cinco minutos tras el

apagón, un sargento y un cabo hacían la rápida ronda por los dormitorios en busca de, tal y como solía designárseles, “retrasados mentales”.

Eran ocho horas de sueño que, para nuestros fatigados músculos, resultaban cortísimas. Y, sin embargo, este programa nos pareció una ganga cuando, pasado un mes, fue cambiado por el correspondiente al auténtico curso de paracaidismo. Hasta aquel momento, nos advirtieron, se habían limitado a introducir un poco de fuerza en nuestros blanduchos organismos.

Los dos meses restantes fueron un verdadero infierno para mí, así que pensaba cómo estarían sufriendo quienes no contaban con el adiestramiento previo de que yo disponía.

Algunos camaradas solicitaron ser devueltos a Sidi-Bel-Abbes. Y, cosa extraña, fueron complacidos. En otros casos, no hubo necesidad de petición previa pues la incapacidad para resistir la prueba era manifiesta. Un día desaparecieron de las formaciones. No se volvió a hablar de ellos.

En el nuevo programa, además de aumentar en cuatro kilómetros la carrera matinal, -con lo que totalizaba los catorce- se incluyó la lucha con arma blanca. Se produjo un reajuste en el horario dejando tiempo suficiente para disponer de tres horas con destino a los saltos “en seco”.

Estos lanzamientos se realizaban desde una torre de unos diez metros y medio de altura. La estructura metálica estaba coronada por una construcción que imitaba el cuerpo de un avión con dos puertas. Una de ellas permitía el acceso a partir del último peldaño de la escalera por la que ascendía trabajosamente viniendo del suelo. La otra se abría al vacío al que debíamos arrojarlos al recibir la orden del instructor de saltos. Un fuerte cable de acero estaba fijado en la parte superior de esta abertura y por él corría libremente una polea a la que se enganchaba un fuerte arnés de cuero y metal que, rodeando las piernas, a la altura de la ingle y la cintura, pasaba por encima de los hombros. Era lo que, irónicamente, denominábamos, “braguero-cinturón-tirantes”.

El otro extremo del cable estaba sólidamente sujeto a una distancia conveniente de la base de la torre para que quienes descendíamos por él, no lo hiciéramos verticalmente.

En el lugar preciso del arnés donde terminarían los tirantes de un paracaídas, se encontraban fijados dos cables rematados por mosquetones de seguridad. Estos enlazaban con los otros dos de que estaba dotada la polea.

La subida de los treinta y cinco escalones que separaban el suelo de la parte más alta de la torre, constituía un verdadero calvario. Al peso de los paracaídas, el principal colocado en la espalda, y el de reserva, un poco por encima de las rodillas, venía a sumarse la molestia del arnés que rozaba dolorosamente la delicada piel de las ingles.

Cuando, sin aliento, ascendía a la carrera aquella infernal escalera, con el sudor escociéndome los ojos y el casco oprimiendo la cabeza, las botas parecían estar fabricadas con plomo. Cada paso suponía un derroche de voluntad y uno creía estar a punto de verse obligado a abandonar. Esto sucedía ya al realizar el

primer salto de cada jornada. Diariamente se nos exigía que traspasáramos aquellas puertas diez veces.

Al arrojarlos al espacio sentíamos un fortísimo tirón que amenazaba partirnos en varios fragmentos. Después, descendíamos velozmente hacia el suelo con las piernas juntas y un poco encogidas. Un montón de arena, en el que estrellábamos las suelas de goma de las botas, ponía punto final a nuestra bajada. Luego, una vez desenganchados los mosquetones, debíamos remontar las poleas hasta la torre. Naturalmente, el camino hacia ésta era cuesta arriba.

Llegada la noche, cuando escuchábamos el toque de silencio y podíamos, por fin, dejarnos caer sobre los camastros, estábamos tan agotados que nadie se sentía con ánimos para hacer comentario alguno. Lo único que podía oírse, tan pronto como se extinguían las luces, eran los sonoros ronquidos de quienes habían tenido la fortuna de sumirse en el mundo del olvido un poco antes de aquel que escuchaba.

Las clases de tiro resultaban muy populares. El campo donde se realizaban las prácticas, al que -como cualquier lugar que nos condujesen- íbamos corriendo, no estaba muy lejos y quizás disparando consiguiéramos aliviar la tensión a que nos veíamos sometidos. Uno de los instructores, extrañado de la soltura con que yo manejaba las armas y de la excelente puntería de que hacían gala, me preguntó, después de felicitarme, dónde había aprendido a disparar con tanta eficacia. Respondí que, en Argelia -de donde procedía- había cazado leones y panteras. A partir de aquel momento, comencé a ser conocido por Tartarín. No fue, realmente, algo que me molestara sobremanera. Hubiera sido peor que utilizaran mi verdadero nombre.

Los dos últimos meses de prácticas tocaban a su fin. A mediados de noviembre, nos anunciaron que iban a iniciarse los saltos desde el avión. Todos nos sentíamos impacientes y, en el fondo -aunque nadie lo confesara- preocupados.

Por último, llegó el gran día. Después de innumerables comprobaciones y revisiones, lo que poco tiempo antes parecía tan lejano y casi imposible de conseguir, se había producido. Me encontraba a bordo de un avión y pronto realizaría mi primer salto. Se trataba de un viejo Hudson, no estaba seguro de si norteamericano o inglés, modificado para efectuar los lanzamientos a través de una puerta lateral, en lugar de hacerlo por el tobogán que, en el modelo original, atraviesa el fuselaje casi desde la cabina de mandos hasta la cola.

Recuerdo que sentía la boca seca y sudaba profusamente. Mis compañeros debían experimentar las mismas sensaciones que yo. Nadie hablaba; todos teníamos la mirada fija en un punto por encima de las cabezas de quienes estaban sentados enfrente. Pude hacer estas observaciones mediante un poderoso esfuerzo que me sacó de aquel mundo interior vacío de contenido. El olfato me permitió advertir el olor acre que los cuerpos de mis compañeros exhalaban. ¿Era el aroma del miedo?

El zumbido de los motores martilleaba mis oídos insistentemente la trepidación de las paredes metálicas contribuía nada a tranquilizar los sensibilizados nervios.

Tras unos veinte minutos de vuelo, el “despachador” de saltos -éste era un nombre que tampoco ayudaba lo más mínimo- nos indicó con un ademán la luz roja que se había encendido sobre la entrada de la cabina. Estábamos llegando a la Z. L. (zona de lanzamiento). Con ademanes reposados retiró la puerta que fijó en sus anclajes en uno de los lados. Una bocanada de aire fresco penetró en el avión disipando los desagradables efluvios que habían estado a punto de marearme. El estruendo se hizo ensordecedor.

Pronto se apagó la luz roja siendo sustituida por una verde, al tiempo que comenzaban a sonar insistentes timbrazos. Era la señal para que nos pusiéramos en pie, entre las dos filas de bancos laterales situados frente a frente. El sargento fue uniendo nuestros paracaídas a la línea estática que, a altura conveniente, iba de proa a popa a lo largo del aparato.

Cambió el sonido de los motores. El Hudson describió una amplia vuelta sobre la llanura salpicada de cultivos que podía verse desde allá arriba, a unos trescientos o cuatrocientos metros.

Ignoro cuál fue la causa pero, repentinamente, comencé a recordar a mis amigos Kamil, Sunid, Ahmed y Omar. ¡Cuánto hubiera dado por tenerlos allí conmigo! Estaba seguro de que, también ellos, sentirían la misma emoción teñida de euforia que me embargaba a mí.

La luz verde inició un intermitente parpadeo y los timbrazos se hicieron más urgentes. El sargento ya tenía el primer hombre que saltaría colocado ante la puerta, las punteras de las botas fuera del dintel, la pierna izquierda flexionada y las manos apoyadas en la parte exterior del fuselaje.

Tan pronto como la parpadeante luz verde fue sustituida nuevamente por la roja, el sargento palmeó la espalda del número uno y, éste se arrojó al vacío.

Sucesiva y rápidamente, fui viendo cómo desaparecían por la puerta mis compañeros. Yo hacía el número ocho. En unos instantes me encontré dispuesto para saltar. Cuando lo hice, sentí un bordoneo en los oídos y, por encima, el rugido de los motores y la turbulencia producida por el aire que desplazaba el aparato. Breves momentos después, coincidiendo con el final de la cuenta, el fuerte tirón del paracaídas al abrirse y me encontraba flotando suavemente en el espacio, entre el nuboso cielo gris y el verde de las huertas.

El avión ya estaba lejos y su zumbido ponía un contrapunto al silencio total. Era una sensación extraordinaria, nueva, que deseé se prolongase durante mucho tiempo.

Desgraciadamente, el suelo ascendía vertiginosamente hacia mí. En los últimos metros, pareció como si, efectivamente, yo estuviese inmóvil y fuese la superficie la que avanzaba a mi encuentro. Entonces, de acuerdo con las instrucciones que tan machaconamente nos habían sido repetidas, encogí un poco las piernas preparado para tomar tierra. Esperaba un golpe violento pero no

fue así. Por el contrario, me posé blandamente quedando en pie sin sentir sacudidas. El paracaídas se había vaciado de aire por sí mismo, lo que me permitió recogerlo cómodamente.

Todos mis compañeros habían realizado el descenso sin novedad y, como yo mismo, esperaban la llegada de los vehículos que vendrían a recogernos. No había surgido un solo problema y todos nos considerábamos afortunados por haber efectuado impecablemente nuestro salto inaugural.

La vuelta a la base se hizo en los camiones, en medio de una gran algazara, bromas y canciones que venían a disminuir la tensión a que habíamos estado sujetos.

Aunque al comenzar las prácticas se dijo que ocho acciones serían suficientes para conseguir el título de paracaidistas, fueron necesarios quince y un recrudescimiento en todas las actividades. Los siete últimos lanzamientos se realizaron sobre terrenos pantanosos, verdaderos marjales en los que, tanto nosotros como el equipo resultábamos cubiertos de un légamo pegajoso difícil de eliminar.

Por aquellos días, entre los hombres, comenzaron a correr diversos rumores. El más extendido se refería a la situación de Indochina. La actitud del pueblo era de progresivo enfrentamiento y rebeldía y el Viet-Minh aglutinaba la lucha armada contra Francia.

A últimos de noviembre de 1953, pudimos coser en nuestros uniformes el emblema que nos distinguía como miembros de las fuerzas aerotransportadas.

En la primera semana de diciembre, como remate a siete días agotadores, en los que apenas conseguíamos mantenernos despiertos, toda la unidad fue evacuada en avión. Nuestro destino, silenciado en las dos primeras etapas del viaje, era Dien Bien Phu, Indochina.

La apresurada travesía nos condujo a Siam, pasando sucesivamente por Egipto, Arabia y la India. Por motivos de seguridad, en estos países nos estaba prohibida la salida de los aeródromos militares donde aterrizábamos. Supimos que habíamos pernoctado en El Cairo, Riad, Bombay y Bangkok pero nuestros deseos de conocer estas ciudades no fueron satisfechos.

En Bangkok, permanecimos unos días mal instalados, fatigados e incapaces de soportar por más tiempo el hastío que nos consumía sabiendo que nos encontrábamos a las puertas de Indochina. Allí recibimos con alegría la noticia de que el día 29 de aquel mismo mes, se produciría el lanzamiento.

Las dos jornadas que faltaban para la fecha señalada transcurrieron entre incesantes revisiones de material y la repetición de las mismas instrucciones y órdenes que ya nos habían prodigado hasta la saciedad. Estábamos tan ansiosos por partir que cuando, al fin, ocupamos los aviones encargados de conducirnos en aquel último tramo de la interminable peregrinación a través de medio mundo, nadie creía que se trataba de la operación definitiva.

Pero nos engañábamos. Después de lo que semejó un vuelo inacabable, tras las rutinarias acciones de otras ocasiones, como en un ejército más, las numerosas sombrillas de nuestros paracaídas descendían sobre Dien.

Formábamos parte de los importantes refuerzos que acudían en ayuda de los sitiados. Se trataba de la operación “Castor”, que pretendía contener la inmediata ofensiva de los guerrilleros Viet-Minh, que habían aprestado ya más de cuatro divisiones.

Aparte de estos efectivos, bien entrenados y habituados a la guerra de escaramuzas, habían dispuesto de la colaboración de cerca de cincuenta mil campesinos, que, en una actuación sin precedentes, trasladaron a primera línea, por medio de bicicletas, un buen número de piezas de artillería y munición.

Durante los escasos minutos que empleamos en reagruparnos después de nuestro descenso en los arrozales que rodeaban los distintos emplazamientos del fuerte, no se escuchó un solo tiro. Por el momento, podíamos creer que estábamos ejecutando un nuevo simulacro. Poco después, en el instante en que la larga fila de hombres inició el paso del estrecho río próximo a las primeras casamatas, los proyectiles llovieron sobre el ya maltrecho puente que unía las dos orillas.

De pronto, inexplicablemente, el fuego cesó y quienes habíamos tenido la fortuna de resultar ilesos, cruzamos el río y nos dispersamos. Entonces pudimos comprobar la eficacia de las constantes carreras que habían formado parte del diario programa de entrenamiento. En esta ocasión nos veíamos obligados a trotar como acémilas, pero la metralla constituye un excelente acicate y no escuché ni un murmullo de protesta.

Extenuados, llegamos al que había de ser nuestro albergue durante todo el tiempo que permanecemos en aquel hostigado lugar. Se trataba de un reducto subterráneo apenas saliente del suelo, coronado por un tremendo montón de sacos de arena y conectado a la red de fortificaciones por medio de trincheras.

Únicamente salíamos de nuestro refugio para realizar patrullas que nos llevaban a recorrer en toda su longitud los ocho kilómetros que medía, aproximadamente, el perímetro de la hondonada en que nos encontrábamos.

A mi juicio, nuestra posición era insostenible. Situada entre colinas lo suficientemente elevadas para que la artillería enemiga la martilleara constantemente, tarde o temprano, habría de rendirse o perecer. Era cuestión de tiempo, de material y de alimentos. A pesar del puente aéreo que trataba de hacernos llegar, tanto suministros como hombres, y que muchas veces caían tras las líneas vietnamitas, se presentaría el momento en que nada se podría hacer.

Al principio, cuando el Alto Mando concibió la idea de fortificar Dien Bien Phu, se pensó en hacerlo convirtiéndola en una posición “erizo”, la más fuerte y mejor dotada de Indochina, capaz, no sólo de rechazar cuantos ataques se le infligiesen, sino también de servir como punta de lanza para efectuar contraofensivas que habrían de dar solidez al tambaleante dominio del país.

Naturalmente, yo no podía hacer partícipe a nadie de mis ideas, pero, en mi interior, consideraba que la lucha era exactamente igual a la entablada en Argelia. Se trataba de un pueblo batallando contra otro que le había invadido y al que deseaba expulsar de su suelo.

Entonces no me atreví a reconocerlo pero, ahora, años más tarde, volando en el avión de Air France que me llevaba de Madrid a París para dar fin a la que esperaba fuera mi última operación, tuve que admitir la verdad. Aún en los momentos más difíciles, cuando los bombardeos eran más duros y la propia existencia podía terminar en cualquier momento, no pude sentir odio contra unos soldados campesinos, la mayoría calzando sandalias, mal alimentados y equipados, que atacaban con desprecio absoluto por las consecuencias de su temeridad. Debía confesarlo. Aunque en aquellos días no lo hubiese sabido, admiraba a un pueblo que deseaba ser libre. Espiritualmente estaba a su lado.

Tal como supuse, las condiciones se deterioraron y en Dien comenzamos a llevar vida de topos, pues cada vez era más difícil salir de los fortines. El número de bajas era muy elevado y casi imposible su sustitución por fuerzas de refresco.

Temía que la operación “Castor” terminara como la “Lorena” que, bajo el mando del general Salan, hubo de replegar a sus treinta mil hombres a las bases de Saigón. De nada sirvieron los grupos blindados, las unidades de comandos y de apoyo, los batallones aerotransportados. Su objetivo consistía en inutilizar las bases de aprovisionamiento del Viet-Minh. Lo único que consiguieron fue la captura de un depósito de armas. El enemigo rehuía el combate y se limitaba a hostigar los flancos de las tropas francesas. Esto pasaba en octubre de 1952.

Mis pronósticos parecían confirmarse a pesar de las optimistas manifestaciones del coronel Chistian de la Croix de Castries, jefe supremo de la fortaleza de Dien Bien Phu, donde, minuto a minuto, la vida era más precaria. Y, efectivamente, llegó el momento en que toda resistencia hubiera representado un suicidio colectivo y, tras más de cincuenta días de estrecho asedio, la plaza fuerte hubo de rendirse.

Millares de campesinos, cavando túneles que llevaban directamente al enemigo hasta el centro de nuestras posiciones, y el continuo fuego de la artillería obligaron a decidir la capitulación. Nuestras pérdidas, entre prisioneros, heridos y muertos, alcanzaron los diecisiete mil hombres. Mayo de 1954 quedará para siempre en el recuerdo de los franceses.

En octubre del mismo año se produjo la evacuación de Hanoi, primer paso para la intervención norteamericana en Indochina, después de las negociaciones de Ginebra.

A mi llegada a Francia, después de la desastrosa experiencia en Dien, me encontraba totalmente desorientado. Tenía diecinueve años, había sido ascendido, “sur le champ”, a sargento y disponía de una pequeña fortuna producto de la venta de la explotación agrícola y de dos casas, todo ello

heredado de mis padres. Los fondos habían sido situados por mi albacea, Mohammed El Jorbi, en una cuenta en Suiza.

No sabiendo qué rumbo dar a mi vida, decidí seguir la carrera de las armas para la que, al parecer, estaba bien dotado. Ingresé en la Academia Militar en la que permanecí durante cinco años, abandonándola con el grado de teniente.

Cuando supe que se me iba a destinar a Argelia, intenté, con escasa esperanzas, algo que no me exigiera la obligación de hacer la guerra contra los que, en el fondo de mi corazón, consideraba mis compatriotas. Acudí al director de la Academia y le persuadí de que, con mis conocimientos del mundo y la mentalidad árabes, hablando su idioma -además del inglés y el español- podía resultar más útil en otro puesto que en aquel al que se me iba a enviar. Yo había nacido en Argelia y sería una lástima desaprovechar las condiciones y posibilidades que esta circunstancia podía ofrecer.

El directo, un viejo general, escuchó en silencio y, con una curiosa sonrisa, se limitó a decir: “Está bien; venga a verme dentro de tres días.”

Pasado el plazo señalado, volví al despacho en que se celebró la primera entrevista. En aquella ocasión el general no estaba solo. Le acompañaba un coronel que, por el momento no hizo más que echarme una ojeada sin decir palabra.

“Haga el favor de repetir lo que me ha dicho cuando ha venido a verme la primera vez”, pidió con voz amable el general.

Obedecí y, cuando terminé mi exposición, el coronel, que escuchaba atentamente mis palabras, dijo dirigiéndose al general, “Tiene usted razón. Me encargaré de todo.”

“Buena suerte, Symphorien, y gracias, coronel”, nos despidió el director de la Academia, estrechando nuestras manos.

Como consecuencia de aquella entrevista, mis próximos cuatro años transcurrieron en otra institución militar, ésta del Servicio Secreto, en la que recibí instrucción sobre muchas materias, especialmente, cifrado de claves, espionaje, contraespionaje, comunicaciones, métodos de interrogatorio, levantamiento de planos y lucha psicológica.

Al iniciarse el año 1964, ascendí a capitán y fui destacado a Argelia. Era como si el destino me mantuviera ligado inextricablemente a aquel país que había abandonado hacía mucho tiempo. La situación había experimentado un cambio radical y, aunque entonces se producían algunos brotes de tensión, Argelia había ganado a pulso su libertad. Era una nación soberana desde 1962 e incluso pertenecía a la ONU.

Cuando el avión en que volaba aterrizó en Dar-El-Beida, el aeropuerto de Argel, descendí por la escalerilla, confuso por un cúmulo de sentimientos encontrados. Por una parte, la alegría de volver a reanudar lazos de amistad iniciados en mi niñez; por otra, la ambigüedad de las instrucciones recibidas. ¿Cuál era la misión concreta que me llevaba allí? Las palabras finales de mi jefe

superior fueron: “Haga uso de su buen criterio; está usted capacitado para salir airoso de las situaciones que se le presenten.”

¿En qué acontecimientos me vería mezclado?, me preguntaba al introducirme en el taxi que me llevaría a casa de Mohammed. Desde luego, yo no era ningún cándido para suponer que mi incorporación a la embajada de Francia en calidad de agregado militar sería solamente lo que parecía, pero, desde luego, mi actuación estaría limitada por la lealtad hacia Argelia y mis amigos.

No había comunicado mi traslado a nadie y cuando llegué al hogar en que fui tratado como un hijo, únicamente se encontraba en casa la esposa de Mohammed. Este, que ocupaba un importante puesto en la Administración, llegaría muy pronto acompañado de Kamil, que también trabajaba para el Gobierno. Al preguntar por Sunid, Fátima no pudo contener los sollozos. Su hijo menor había resultado muerto en una refriega callejera.

Yo tampoco pude reprimir las lágrimas. Parecía imposible que Sunid, mi amigo más querido, mi hermano, tan lleno de vida, extrovertido y dueño de un increíble sentido del humor, estuviera callado para siempre. Le había echado de menos en circunstancias difíciles; bajo los proyectiles que, en lluvia continua, caían sobre Dien Bien Phu y en las sesiones extenuantes de la escuela de paracaidistas; recordaba su buen juicio y su optimismo no exento de ciertas dosis de fatalismo.

A la llegada del resto de la familia, aún estábamos evocando las travesuras que Sunid y yo habíamos realizado con el posterior enfado del severo Mohammed y la eterna conciliadora de Fátima.

Mi elegante traje de paisano fue motivo de un cambio de conversación que nos llevaba por tristes derroteros. En las maletas descansaba el uniforme que no había querido vestir en aquella ocasión. Después de las primeras efusiones, y ya hablando de mi estancia en Argel, Kamil quiso conocer en qué consistía mi nuevo trabajo. Mientras tomábamos el té, les confié el desconcierto que experimentaba; confesé que me encontraba descontento en aquella situación y me atreví a pedir consejo.

Mohammed, haciendo gala de la prudencia y sabiduría que le caracterizaban, me rogó que no me precipitara cometiendo algún acto atolondrado de consecuencias imprevisibles.

Al cabo de un año no pude resistir más tiempo aquella vida. Me encontraba harto de asistir a recepciones en las embajadas que ya se habían establecido en la capital de Argelia. Desde luego no se trataba de que estuviese siendo víctima del “caffard” -esa especie de locura que elige mártires entre los legionarios que soportan altas temperaturas, existencia monótona y demasiadas botellas de pinard- pero, ciertamente, deseaba una ocupación más independiente.

Así pues, siendo el embajador la persona de quien dependía en última instancia, le hablé de mis deseos de abandonar el ejército. Un mes más tarde,

conseguidos mis propósitos, me despedí de mi familia argelina. Era nuevamente un civil que no estaba supeditado a nadie.

Desde entonces, y por espacio de diez años, viajé por toda Europa. Conocí Inglaterra, Italia, Alemania y Francia. Las grandes capitales nada me decían y procuraba permanecer en ellas el menor tiempo posible. El imprescindible para despachar los turbios asuntos en que me había visto mezclado a partir de una breve estancia en Marsella.

Había encontrado un refugio en Porquerolles, una diminuta isla en el Mediterráneo, frente a la costa de Hyeres. En ella pasé cortas temporadas muy felices sin otras ocupaciones que comer -excelente pescado -beber, leer y escuchar música. De vez en cuando participaba en una partida de petanca pues, aunque al principio había sido mirado con recelo por los escasos residentes del lugar, finalmente fui aceptado sin reservas.

Ahora, como me había propuesto en otras ocasiones, estaba a punto de realizar, de verdad, la última operación. No volvería a dejarme convencer para participar en otras. Económicamente no era necesario. En cuanto a mi afán de aventuras, se había esfumado.

Tan pronto como entregara a mi contacto de la embajada de Irak el contenido del paraguas, me dirigiría directamente a Porquerolles, y a vivir tranquilo. Había llegado la hora de descansar. Tenía ya cincuenta y un años.

MARIO ALBA

El inspector Fuentes debía moverse con más cautela que un gato. A las siete menos cuarto de la mañana, después de escuchar un rato el desapacible zumbido del despertador, me levanté encontrándome con la sorpresa de que el policía tenía dispuesto el desayuno. No llegué a enterarme de sus idas y venidas por el piso, a pesar de haber pasado por el cuarto de baño, donde utilizó mi máquina eléctrica de afeitar y se dio una ducha.

Luego de pedir perdón por haberse permitido aquellas libertades, me hizo saber que se marcharía cuando yo me fuese, pues allí ya no tenía nada que hacer.

Así que después de tomar café y algunos restos de los alimentos no consumidos el día anterior por Artiaga, salimos juntos.

El se fue en una dirección y yo en la otra, dirigiéndome a una cercana boca del Metro.

En la oficina, la mesa que ocupaba desde que comenzara a trabajar, sostenía a duras penas una descomunal pirámide de papeles. Todo lo acumulado durante mi ausencia de un mes.

Supongo que médicos, ingenieros o barrenderos pasarán por el mismo tormento que yo cuando se incorporan a sus respectivas tareas después del periodo vacacional. A pesar de que contaba con trabajo suficiente, las horas pasaban lentas, interminables.

A media mañana, me puse en contacto con Margarita. La invité a comer en una cafetería, con el pretexto de que convenía estuviéramos juntos, en mi casa, cuando llamara el comisario Yuste. Era una excusa estúpida, lo sé. La verdad era que la chica me gustaba.

No tengo la menor idea de lo que tomamos. Fue algo muy rápido, y sospecho que sintético, que nos permitió encontrarnos en mi piso a las cuatro de la tarde. Sin embargo, nuestra prisa, la vertiginosa ingestión de lo que nos sirvieron, dejando aparte unas posibles y probables molestias estomacales, no tuvo recompensa.

El comisario Yuste debía estar ocupadísimo. El teléfono no salía de su mutismo. Me cercioré de que no se encontraba averiado, levantando el auricular. La señal de marcar se escuchaba nítidamente.

A las nueve de la noche, incapaces de resistir por más tiempo la impaciencia que nos consumía, marqué el número que me había facilitado Yuste. Al otro lado de la línea, el timbre sonaba insistentemente sin que nadie se decidiera a descolgar el aparato.

Aguardé un rato y volví a efectuar la llamada. Obtuve el mismo resultado, es decir, silencio absoluto. Entonces, decidido a salir de dudas, tome la lista de teléfonos y llamé la comisaría de policía más cercana a mi domicilio. En ella, después de hacerme esperar unos minutos, me facilitaron otro número que me apresuré a marcar.

El comisario Yuste estaba muy atareado y le resultaba imposible ponerse al aparato, me dijeron. Al fin, cuando les informé de que él mismo estuvo en mi casa la tarde anterior y prometió ponerse en contacto conmigo poco después de las tres de la tarde, sin que lo hiciese, me pidieron que esperara. En aquella ocasión no tuve la oportunidad de impacientarme. No fue el propio Yuste quien habló, pero una voz distinta a la primera me rogó que me dirigiera, tan pronto como fuera posible, a la comisaría.

Como estaba lloviendo, el paraguas me había sido robado, Margarita tenía coche y, de modo especial, porque ella no había dejado de gustarme, la convencí, sin tener que hacer grandes esfuerzos, para que me acompañara.

Bastante más dificultoso resultó encontrar un sitio dónde aparcar en las cercanías de la comisaría. Dicen que a base de constancia se consigue todo y debe ser cierto pues, tras doce vueltas a la manzana, lo conseguimos.

En las dependencias policiales nos tuvieron un buen rato esperando. El comisario tardaría una media hora en recibirnos; si, entretanto, deseábamos ver a otro funcionario, no teníamos más que decirlo, nos advirtieron. Cuando la persona que nos atendía oyó que no, que preferíamos hablar con el señor Yuste, puesto que él estuvo con nosotros hasta cerca de las doce de la noche anterior abrió unos ojos como platos pero, sin hacer comentarios, indicó que nos sentáramos junto a la pared. A los diez minutos, Margarita me preguntó en voz bajísima si creía, como ella, que aquellos asientos procedían del desahucio de alguna cárcel. Le respondí que no. Lo probable sería, añadí, que se tratase de instrumentos preparados ex profeso para obtener declaraciones rápidas de detenidos poco comunicativos. Y, ya en plan de guasa, bromeé: “Esta es la primera vez que estar a tu lado me resulta un tormento.”

Aquel lugar parecía una estación de ferrocarril. Entraba y salía gente apresurada que desaparecía pasillo adelante o cruzaba, como al azar, uno cualquiera de los innumerables accesos a los despachos. No se hablaba en voz alta, pero se escuchaba el rumor de muchas conversaciones. Causaba la impresión de una laboriosa colmena en la que hubieran sido eliminados los zánganos.

Por último, un policía uniformado nos hizo señas desde la puerta de una habitación vecina. “El comisario Yuste les recibirá ahora. Vengan conmigo”, dijo.

La estancia a la que nos acompañó era bastante grande. Ante una mesa antigua había dos sillones de cuero, evidentemente más cómodos que las sillas utilizadas un momento antes. A cada lado de la mesa y cerca de la pared, donde presidía un retrato del Rey, la bandera española y la de la Comunidad de Madrid prestaban un aire de solemnidad a la escena. Tras la mesa, un hombre de aspecto cadavérico, manos huesudas y voz tan cavernosa como su apariencia general, preguntó casi sin darnos tiempo a llegar a su lado: “¿Qué desean Vds.? ¿Por qué tienen tanto interés en hablar conmigo personalmente? ¿Qué historia han contado por teléfono?”

Nuestro desconcierto subió de punto cuando, después de aquellas preguntas formuladas sin pausas, agregó: “Soy el comisario Yuste.”

Margarita fue más rápida que yo en salir del asombro que las palabras de aquel hombre con facha de difunto nos produjeron. Con tono en que se advertía cierta esperanza, con un ligero tinte de pesimismo, inquirió: “Pero, existirá otro comisario Yuste, ¿no?”

“Puedo decir, sin ser jactancioso, que no hay otro como yo. Vamos, que soy único”, se chanceó el comisario. Luego, fijando en nosotros sus ojos hundidos hasta casi desaparecer en las profundas cuencas prosiguió: “Habrán podido darse cuenta de que estamos abrumados de trabajo. No puedo dedicarles mucho tiempo. Díganme sin rodeos que desean.”

Comencé vacilante mi relato pero, a medida que progresaba en la narración mis palabras iban siendo más fluidas. Expliqué el extraño suceso que la mala fortuna nos había deparado, sin omitir detalles y, al mismo tiempo, procuré hacerlo respetando el orden cronológico.

El comisario escuchó la avalancha de información sin interrumpirme ni una sola vez. Su inmovilidad absoluta y su total falta de reacciones, invitaba a sospechar que había sido víctima de un síncope. Ni siquiera parpadeaba. No obstante no perdió una sílaba. Lo demostró inequívocamente con las preguntas que nos hizo a ambos tan pronto como finalicé mi exposición.

Entonces, oprimió una palanquita del dictáfono que se encontraba a su alcance y ordenó: “Manolo, haga el favor de venir.” Y, a nosotros, cuando el llamado Manolo se presentó: “Acompañenlo al museo.”

Yuste, sonriendo, explicó que el museo era la galería de identificación. Deberíamos encontrar la fotografía de la persona que se había hecho pasar por él, así como las del falso inspector Fuentes y sus secuaces. Probablemente llevaría algún tiempo, pero si dábamos con ellas, tarde o temprano, se les detendría.

Cuando, en el museo, nos hallamos frente a frente con el rimero de volúmenes que tendríamos que revisar, se nos cayó el alma a los pies e intercambiamos una mirada de desaliento. Manolo, el inspector, debió sorprenderla porque trató de infundirnos ánimos diciendo: “Quizás haya suerte y no sea necesario...”

Nos sentamos ante una mesa sobre la que un individuo cubierto con un blusón, una especie de bibliotecario policiaco, fue colocando tomos de aquel Espasa de la delincuencia. El de la blusa aconsejó que lo tomáramos con calma y que, cuando, cada uno de nosotros terminara con su volumen, lo cambiara con el otro.

Resultaba una labor monótona y desagradable. Aquellos rostros patibularios, tomados de frente y perfil, parecían contemplarnos burlonamente, con desafío. Los retratos habían sido hechos con una luz excesivamente fuerte que acentuaba los rasgos de una manera brutal. No conseguía rechazar el

pensamiento de que yo mismo, en una instantánea como la que tenía entre las manos, parecería un tipo capaz de asesinar a su madre.

En la parte de la comisaría donde nos encontrábamos, los sonidos llegaban amortiguados por la distancia. Con el paso de las horas, seguramente al ir decreciendo la actividad en la casa, dejó de escucharse ruido alguno. Me costaba trabajo mantener los ojos abiertos y luchaba para no quedarme dormido como un bendito. A Margarita debía sucederle lo mismo pues se agitaba en su asiento sin cesar.

A las doce y media de la noche el bibliotecario fue relevado por un compañero y me llamó la atención el hecho de que el recién llegado se vistiese el blusón del que se acababa de desprender el saliente. Me pregunté si se debería el deseo de aprovechar el calor de la prenda -allí hacía bastante frío- o a un presupuesto limitado.

Poco después de la una y cuarto, lo recuerdo porque mi colega en la investigación me preguntó la hora, volví la página recién revisada creyendo haber visto en ella algo que me llamó la atención. Efectivamente, desde el fondo de la hoja, el rostro del “inspector Fuentes” parecía saludarme con sorna. Nada tenía de extraño que se me hubiese pasado por alto.

Si el “Fuentes” que se despidió de mí estrechándome la mano, tras desayunar conmigo aquella mañana, se hubiera llamado Abel y tuviera un hermano gemelo conocido por Caín, la foto sería de este último. Se trataba de la misma persona, eso era evidente. Pero el que nosotros conocimos, parecía otro. Al de la foto, no le hubiera confiado la custodia de un diario atrasado.

Margarita, también sin la más pequeña vacilación, reconoció al supuesto Fuentes. El agente de turno en el uso del blusón que se aproximó al oír nuestros comentarios, después de preguntar si estábamos seguros, tomó nota del número que figuraba bajo las fotos señaladas y se fue del “museo” rogándonos que continuásemos.

La localización de uno de los que buscábamos ahuyentó nuestro cansancio. Con renovado optimismo volvimos a sumergirnos en los libretos.

No transcurrió mucho tiempo sin que el encargado de la curiosa galería de retratos regresara. Lo hizo trayendo en sus manos una bandeja en la que danzaban un par de tazas de café y algunas galletas. La colocó sobre una de las mesas con ademanes de quien, en una escuela, concede los premios al buen comportamiento. Cuando nos acercamos y comenzamos a beber el reconfortante y oscuro brebaje, casi esperábamos los aplausos de una invisible concurrencia.

Como si el calor que nos prestó la bien recibida bebida hubiera sido un talismán, al poco rato, Margarita descubrió el retrato del fingido Yuste. Tampoco en este caso existía la menor duda. Muy desfigurado por la potente iluminación, pero era él. Su bulbosa nariz, las cejas espesísimas, la frente abultada y la barbilla huidiza, le conferían un aspecto inconfundible.

Terminada la fatigosa cacería, preguntamos a nuestro compañero de vela qué debíamos hacer. Por toda respuesta nos acompañó al despacho del

comisario. Este, que a aquellas horas causaba mayor sensación de haber sido recientemente desenterrado que la primera vez que le vimos, nos dio la enhorabuena por el éxito de nuestra búsqueda y nos pidió que tomáramos asiento, “por unos instantes nada más”, añadió.

Encendió un cigarrillo -¡caramba con el muerto!, me dije mentalmente- y, haciendo crujir los nudillos de las manos, nos informó de que deseaba comentar varios aspectos del caso; que ya era muy tarde y que, si no teníamos inconveniente, volviéramos a las cuatro de la tarde, al siguiente día.

“De todas maneras, quiero asegurarles que no corren ustedes ningún peligro. Afortunadamente, no ha ocurrido nada hasta este momento y, a partir de ahora ya no tienen nada que ver con el suceso.”

Tanto Margarita como yo mismo sentíamos gran curiosidad por conocer el desenlace del extraño asunto y prometimos acudir a la cita del comisario, el cual, colocándose entre los dos y apoyando sus manos en nuestros hombros, nos acompañó hasta la salida.

El efecto benéfico del café, supuesto o no, persistía, pues nos sucedió lo mismo cuando tratábamos de encontrar sitio para aparcar. Exactamente ante el portal de nuestra casa, el espacio justo para el coche de Margarita parecía esperarnos.

Al salir del ascensor comenzamos a oír el timbre del teléfono. Mi amiga, ya cansada y somnolienta, quiso irse a su piso apresuradamente pero la disuadí diciéndole que pudiera ser una llamada de la comisaría. Accedió y ambos entramos corriendo en mi piso. Descolgué. Era doña Bárbara. Mi madre. Casi no me dio tiempo a preguntar quién era, cuando empezó a recitar todo su repertorio de preguntas y respuestas.

-Pero hijo, ¿de dónde vienes a estas horas, estuviste en el cine o en el teatro?

-No mamá, vengo de la comisaría de policía. Me acompañó Margarita. Está aquí conmigo.

-Seguro que habéis tenido un accidente de coche, ¿eh? ¿Qué os ha ocurrido, Mario?

-Que no, mamá. Me robaron el paraguas y...

-¿Cómo dices? Te recomendé que tuvieras mucho cuidado con él, pero vamos... denunciar el robo de un paraguas y estar en la comisaría hasta tan tarde, me parece demasiado.

-Verás mamá. Cuando fui a casa de don Ramón...

-¿De qué don Ramón?

-Mamá, esto es demasiado largo para contarlo por teléfono. Al llegar aquí Artiaga...

-Pero bueno, ¿quién es ese Artiaga? No conozco a nadie con ese nombre; parece una marca de galletas.

-Oye, mamá, ¿le subieron el sueldo a mi cuñado Luis?

-No lo sé. Pero, ¿por qué lo preguntas?

-Es que esta llamada le va a subir un pico.

-Me gustaría poder olisquearte el aliento. ¿Seguro que no has tomado una copa de más?

-Verás. Habla con Margarita. Ella te confirmará que estoy perfectamente sereno. (Toma, Margarita; seguro que a ti te creerá.)

-Hola, Doña Bárbara. ¿Cómo está?

-Bien ¿y tú, hija? ¿Qué historias me está haciendo creer Mario?

-Pues..., en realidad las cosas comenzaron a enredarse cuando Mario salía del Tívoli...

-Ya decía yo que tenía que ser cuestión de algún bar o cafetería.

-Que no, señora. Los dos estamos perfectamente serenos. No hemos bebido absolutamente nada.

Cuando el hombre se hizo pasar por el comisario Yuste...

-No entiendo nada. Lo que estáis contándome tiene más nombres que aquella novela rusa..., creo que se llamaba Guerra y Paz.

-Pues aún no los hemos mencionado todos. Aún faltan el fingido inspector Fuentes, Manolo, policía auténtico, el otro que llevaba el blusón gris...

-Vaya por Dios; me quedaré sin comprender nada. Anda, ponme otra vez con Mario.

-Ya te dije antes que todo este lío no es para contar por teléfono. Ya hablaremos cuando vuelvas a casa. Por cierto, ¿cómo van las cosas ahí?

-Pues todavía, nada. Te avisaré cuando haya algo. ¿Qué vais a hacer ahora?

-Pues naturalmente, irnos a la cama...

-¿Cómo que a la cama?

-Claro, a estas horas, ¿a dónde vamos a ir? Pero, tranquilízate. Cada uno a la suya. Deberías lavarte el cerebro con ese detergente que tanto que agrada.

-Vaya, vaya, hijo. No te pongas así. Ya me lo contarás todo con calma. Un beso y hasta mañana.

-Adiós, mamá.

Como a aquellas horas no era cosa de ponerse a preparar nada, nos fuimos a acostar, cada uno a su cama, -como le había asegurado a mi madre.

Al introducirme entre las sábanas, fatigado por la movida jornada que acababa de vivir, creí que me dormiría como un leño y que disfrutaría de un reposo tranquilo. Me equivoqué de medio a medio, y cuando el despertador tocó diana a la mañana siguiente estaba más molido que la víspera.

Pasé la noche corriendo tras Artiaga que, vestido con un blusón gris, arrastraba tras él a Margarita. Esta trataba de defenderse asestando a su raptor tremendos golpes con un instrumento cruce de paraguas y carabina con mira telescópica. Llovía torrencialmente pero, tan pronto como la lluvia tocaba el suelo, el agua se trocaba en millares de fotografías desde las cuales la imagen repetida del auténtico comisario Yuste se burlaba de mí, sacándome la lengua.

Mientras tanto, el Yuste de imitación me perseguía gritando a Fuentes que terminara de una vez y me pegara un tiro.

El inquietante sueño finalizó al sonar el timbre de alarma pero me dejó hecho unos zorros y, todavía, bajo el agua fría de la ducha, sentía que los latidos de mi corazón bailaban una polca desenfrenada.

Desayuné de mala manera y me trasladé lo más rápidamente que las fuerzas me lo permitieron a mi puesto de trabajo.

Una vez allí, rodeado de prosaicos informes y expedientes demasiado familiares para permitirme fantasías, recobré totalmente la calma. Pensé con alivio que, si el comisario nos contaba aquella tarde cuanto se relacionaba con aquel embrollo, todos sus personajes saldrían de mi vida para siempre y conseguiría continuar la existencia aburrida y mediocre, pero carente de sobresaltos, a que tan apegado me sentía.

COMISARIO YUSTE

Estos dos chicos, se decía, han pasado por una peligrosa experiencia. Han tenido suerte pues, aunque Artiaga no es un asesino, Germán Álvarez puede serlo si las circunstancias le permiten hacerse la ilusión de que su delito resultaría impune.

Es curioso cómo el azar puede intervenir para mezclar dos vidas, ajenas por completo a lo que se les venía encima, en una de las historias que en mi oficio son el pan nuestro de cada día. Y es probable que si Mario hubiera sido más desconfiado oponiendo resistencia a las instrucciones de Germán Álvarez, uno de ellos o los dos se encontraran, como mínimo, en el hospital.

La historia que les contó se aproxima a la realidad y, que lo haya hecho, me confirma en mi teoría sobre el desarrollo futuro de los acontecimientos. Artiaga entregará un viejo microfilm y su destinatario montará en cólera ante lo que creará una tomadura de pelo, obligará al correo a acompañarle a España y, cuando el primero, deseoso de hacerse con su parte, acceda y ambos se entrevisten con la persona que vende los documentos, los atraparemos a todos con las manos en la masa. En la redada caerá también Germán, el cual no puede faltar a la cita para hacerse con el dinero en el momento de cambiar de mano.

Apostaría cualquier cosa a que estos dos jóvenes, aunque todavía no se han dado cuenta, están a punto de cambiar su actual relación de simple vecindad por otra más íntima. El suceso en que se han visto envueltos los acercará más y, en realidad, hacen buena pareja.

Pero, bueno. ¿Qué estoy pensando? Actúo como una vieja casamentera y éste no es mi oficio. Menos mal que son cerca de las cuatro y media, y pronto vendrán a verme. Si continúo pensando en ellos acabaré por verme padrino en su boda. De todos modos y, a pesar de que deseaba dedicar el tiempo a otros asuntos urgentes, no conseguía apartarles de mi mente.

Eran simpáticos y agradables. Cuando les conocí la noche anterior, estaban visiblemente nerviosos y ausentes, pero, ¿no era lógico?

Mario, de unos veintiocho años, alto y fuerte. Con cara de salud -no en vano había hecho bastante deporte- evidenciaba una marcada actitud protectora hacia su acompañante, por más que ella no la necesitara.

Margarita, de veintidós o veintitrés, rubia, menuda, ojos verdes, vestida con sencillez y elegancia, producía la sensación de encontrarse satisfecha en compañía de Mario.

Si, volví a repetirme, hacen muy buena pareja.

Poco después de llegar a aquellas conclusiones tan poco policiales, me anunciaron que la pareja había llegado. Cuando los tuve sentados ante mí, inquirí cómo habían dormido.

“Muy mal” y “fatal”, fueron sus rápidas respuestas. Los tres reímos sonoramente cuando Mario me dio a conocer el argumento de su descabellada

pesadilla. Estaba clarísimo que el contenido del sueño tenía origen en los hechos ocurridos la fecha precedente.

“Podéis sentirlos satisfechos de que todo se haya reducido a un mal sueño, les dije. Las cosas podrían haber terminado mucho peor. Tú, Mario -y perdona que apee los tratamientos pues tengo edad más que suficiente para ser vuestro padre- ¿no experimentaste en ningún momento la sensación de que eras víctima de un engaño?”

“Pues, la verdad es que no. Nunca, antes de ahora, había hablado con un comisario de carne y hueso y, como aquel hombre hablaba con tanta autoridad y tan seguro de sí mismo, no me asaltó la menor duda”, respondió.

“Lo cierto es que Germán Álvarez tiene una de las personalidades más curiosas que he encontrado a lo largo de muchos años de profesión. En la policía hemos de enfrentarnos con las más variadas especies de seres humanos. Este ha equivocado la carrera; si dedicara la mitad del tiempo y el esfuerzo que consagra al estudio, preparación y realización de sus golpes a una actividad honesta cualquiera, se ganaría la vida desahogadamente y hubiera evitado las periódicas estancias en la cárcel que ya ha sufrido.”

“Si se lo propusiera, sería un excelente actor de teatro. Posee una aptitud natural para la representación y se parece por las suplantaciones de personalidad que realiza impecablemente. En una ocasión, se hizo pasar por un obispo recién llegado de Centroamérica. Su acento y conocimiento de los asuntos eclesiásticos de la zona donde decía provenir eran perfectos y las parroquias madrileñas y catalanas en las que “recaudó” fondos de bastante consideración para erigir una iglesia derruida a causa de un terremoto, se negaban después a admitir que habían sido engañadas. Presentó documentos acreditativos de su condición de hombre de la iglesia que constituían una maravilla. ¡No le faltó más que subir al púlpito y pronunciar el emotivo sermón del buen ladrón!”

“Sin embargo, Germán terminará mal. En algún momento se dejará llevar por sus instintos violentos y matará a alguien.”

“A vosotros os ha dicho que, cuando él y sus hombres llegaron a casa de don Ramón encontraron a éste sangrando abundantemente a consecuencia de una herida en la cabeza. No fue así. Quien golpeó salvajemente al indefenso jubilado fue Germán, exasperado porque su víctima le había entregado el paraguas que buscaba. Artiaga había estado en aquella casa antes que él y, simplemente con amenazas, obtuvo el paraguas de don Ramón, el que llevaba la tarjetita con su nombre. Cuando el bárbaro Germán comprobó que en aquel lugar no se ocultaba ningún paraguas, agredió al ocupante de la vivienda y, al observar sobre su mesa tu tarjeta de visita, se vio obligado a improvisar sobre la marcha, montando toda la comedia de la que fuisteis involuntarios colaboradores.”

Mis dos oyentes escuchaban atentamente cuanto les decía y, tras una breve pausa para encender uno de los cigarrillos que repetidamente me prohíbe el

médico, les animé a hacer alguna pregunta. Margarita quiso conocer el estado de don Ramón.

Se encuentra fuera de peligro, les dije, pero todavía en el Hospital. Lo mantendrán allí un par de días más en plan de observación.

Mario observó que le agradecería visitarle. Después de facilitarle el número de la habitación, el chico hizo una pregunta lógica: pero, ¿cómo sabía Germán que don Ramón tenía uno de los paraguas, y cuándo se enteró de dónde vivía el pobre señor?

“Pues de una manera sencilla -respondí. Este asunto parece bastante complicado pero no lo es. He de confesar que conocíamos desde hace bastante tiempo las actividades del hombre del Ministerio. Tanto él como Artiaga y el propio Germán, complicados en el negocio, están siendo vigilados las veinticuatro horas del día. Deseábamos conseguir pruebas definitivas para terminar definitivamente con esta cuestión. Hemos tenido que permitir la actuación de todos ellos y esto nos ha impedido intervenir cuando Germán atacó a don Ramón el cual ha sido, contra nuestra voluntad, quien se llevó la peor parte.”

“Pero -intervino Mario- si estaban ustedes en el Tívoli cuando yo entré con un paraguas como el depositado allí con destino a Artiaga, ¿no hubiera sido más sencillo confiscar todos los que se encontraban en el paraguero e impedir que el microfilm saliera de España?”

“Naturalmente, pero la persona encargada de llevar el trucado a la cafetería era un cómplice que no conocía personalmente al funcionario de Ministerio de AAEE. Se trataba de un simple mensajero al que tampoco detuvimos, de momento, con el fin de permitirle comunicar a su patrón, probablemente utilizando una cabina telefónica, que su encargo había sido cumplimentado. Os repito que en estos casos no conviene apresurarse. Lo único importante es aparecer en escena cuando quienes intervienen en ella han salido y no tienen posibilidad de hacer mutis por el foro. Si se les concede la menor oportunidad, los pájaros levantan el vuelo y hay que armarse de paciencia esperando más suerte en otra ocasión.”

“Tal como están ahora las cosas, cuando Artiaga vuelva a Francia acompañado de su contacto y traten de entrevistarse con el desvergonzado que facilita los microfilms, Germán, de un modo u otro, estará muy cerca. Pretenderá hacerse con el dinero destinado al hombre de AAEE, con el que recibirá Artiaga por su trabajo y luego, con más calma, vender el auténtico negativo en su poder -que le ha sido entregado por ti, Mario- al mejor postor.”

Margarita, que, desde su pregunta por la salud de don Ramón, no había vuelto a despegar los labios, inquirió curiosa: “y, esa película, ¿qué contiene?..., vamos, si es que nos lo puede usted decir.”

“Como sabéis, Irán e Irak están empeñados en una guerra que dura ya varios años. Compramos petróleo a una de esas naciones; a la otra le hemos vendido armas. No podemos consentir que el primero de esos países llegue a

conocer la operación realizada con el segundo. Necesitamos a toda costa mantener abiertas todas nuestras fuentes de carburante y ésta, de llegar a hacerse pública la transacción, se cerraría inmediatamente.”

“Por otra parte, los puertos del Mediterráneo, las refinerías y los petroleros de bandera española, se convertirían instantáneamente en el blanco preferido de terroristas y sabotadores.”

En la película, como dice Margarita, aparecen todos los términos del convenio por el cual efectuamos la venta de armamento y material auxiliar de guerra.”

“Ahora comprenderéis la razón de nuestro interés en recuperar el microfilm, detener a Germán y Artiaga y, sobremanera, inutilizar al funcionario desleal. Este ha venido vendiendo “secretos” desde hace dos años. Nos ha costado ímprobos esfuerzos descubrir el origen de las fugas de información pues el autor de las mismas es precavido y, ni una sola vez, ha hecho uso de documentos que no hubieran pasado por varias manos, sobre todo por las de ciertos colegas en apuros económicos, en difícil situación familiar o con problemas femeninos y de bebida.”

“Es curioso -medió Margarita. Germán Álvarez vino a decirnos algo parecido a lo que nos está contando usted. Desde luego, en algunos aspectos, sin tantos detalles. Llegó a revelarnos, incluso, cómo se hacían estas cosas. Aseguró que habían hecho pasar por un ordenador información referente a desembolsos, fechas de viajes realizados, destino de éstos...”

“Sí, ya sabemos -intervine entonces- que Germán está al corriente de nuestros métodos. Sin duda por haber sido objeto de ellos él mismo. Y más de una vez.”

“Sería muy largo que os relatara alguna otra cosa de sus andanzas, pero puedo asegurar que poseo información suficiente para escribir varios volúmenes. Si no se tratase de la comisión de delitos, en ciertos casos con derramamiento de sangre, podría decirse que Germán es un humorista.

No obstante, por mucho sentido del humor de que disponga, presumo que, cuando esto finalice, no será suficiente. El ignora que la persona que facilitaba el material, la que puso en circulación el microfilm que se encuentra en su poder, se ha suicidado.”

“Pero, ¿y la prensa?; ¿no han informado los periódicos?”, quiso saber Mario.

“Cuando se trata de asuntos de interés nacional, la prensa colabora de buen grado con la policía y, en este caso, lo hizo sin reservas. El suicida se quitó la vida arrojándose por la ventana de su despacho de la Castellana, en Azca concretamente. Este se encuentra situado en un edificio de catorce plantas. La suya era la doce. Ya podréis suponer cómo quedó el cuerpo al llegar al suelo. Afortunadamente para nosotros, en el momento de producirse el hecho, siete y media de la tarde, llovía copiosamente y no hubo muchos testigos. Aprovechando esta circunstancia, no nos ha sido difícil propalar la especie de

que se trataba de un operario que colocaba un cristal. La explicación parece un poco traída por los pelos porque, la verdad, trabajar a aquellas horas, no es normal.”

Margarita, dando pruebas una vez más de poseer una mente lógica, dijo:

“¿Por qué no iba a ser natural si se tratase de un padre de familia con abundante descendencia que hacía horas extraordinarias? Además -añadió- si llovía fuertemente nada más razonable que el ocupante del piso pretendiera una reparación urgente.”

“Tienes razón -respondí- y así fue como se enfocó el asunto. ¿No habéis leído los periódicos? Mirad -les dije, entregándoles un diario que saqué del montón que tenía sobre la mesa.”

“Obrero muerto al precipitarse al suelo desde un piso décimo segundo -leyó el titular Mario. Ayer, poco después de las diecinueve horas, cuando Javier Menéndez se encontraba instalando un cristal en el nuevo edificio de oficinas situado en la Castellana, Azca, debió experimentar un desvanecimiento a consecuencia del cual perdió el equilibrio cayéndose a la calle, doce pisos más abajo. El infortunado productor, que falleció en el acto, deja esposa y cinco hijos. El levantamiento del cadáver fue realizado por el Juez poco más tarde. El forense, como es preceptivo en casos de muerte por accidente, practicará la autopsia mañana a primera hora.”

“Pero -preguntó Margarita-, ¿qué hay de la familia del verdadero suicida? Por ese lado podría existir el peligro de que la noticia trascendiese llegando a oídos de Germán, el cual, de acuerdo con lo que nos ha dicho, no es un hombre fácil de engañar.”

“Tu observación es correcta. Sin embargo, en este caso no hay cuidado alguno. El muerto carecía de familia. Sus padres han dejado de existir hacer muchos años; era soltero y, prácticamente, no contaba amigos. No es probable que alguien le eche de menos. Además, no hay que perder de vista que, seguramente, mañana o a más tardar pasado, los equipos formados por Artiaga y el diplomático, y Germán junto con sus colaboradores se apresurarán a poner en práctica sus planes acudiendo al despacho de la Castellana. Estaremos dispuestos para dispensarles una calurosa acogida. Ya han sido tomadas todas las medidas convenientes para que ninguno se nos escape.”

Después de estas palabras, en mi despacho se hizo un silencio roto únicamente por el tableteo, no muy lejano, de una máquina de escribir.

“Creo -continué hablando- que ya os he dicho todo lo que se relaciona con este caso. Lo he hecho, sin reservarme nada, porque he entendido que teníais derecho a ello. Os habéis visto complicados en un desagradable suceso, sin estar preparados para nada semejante y me parece que os encontraréis más tranquilos ahora de lo que os sentíais antes. ¿No es así?”

Los dos jóvenes se apresuraron a responder que sí, desde luego. Mario, hablando por los dos, a juzgar por los gestos de conformidad de Margarita, me

agradeció la deferencia con que les había tratado, así como las amplias explicaciones que me había tomado la molestia de proporcionarles.

Para terminar la entrevista, les pedí trataran cuanto habían sabido con la mayor discreción, por lo menos hasta que, transcurridos unos días, desapareciese el peligro de que algún detalle de la información recibida se divulgara involuntariamente.

Se despidieron diciéndome que si les necesitaba para algo, ya sabía donde encontrarles. Añadieron, antes de salir de mi despacho, que la tarde siguiente pensaban dedicársela a don Ramón.

Cuando el sonido de sus pasos se extinguió pasillo adelante, pensé que sí los necesitaría. Tendría que contar con ellos como testigos de cargo en el juicio contra Germán Álvarez y demás implicados. Entretanto, no cabía otra cosa que aguardar pacientemente. El ochenta por ciento de la actividad policial consiste en esperar el resultado del otro veinte por ciento correspondiente al movimiento activo. Algunos cínicos pertenecientes al cuerpo preguntaban qué porcentaje se reserva a los soplones.

Disponía de bastante experiencia y conocía sobradamente la rutina, las largas jornadas dedicadas por entero a estudiar informes y declaraciones, investigando incansablemente datos y confidencias, que pocas veces deparaban resultados prácticos.

El más sencillo de los casos, el aparente menos complicado, podía “torcerse” y, en cuestión de minutos cambiar radicalmente de aspecto, obligando a tener que considerarlo todo bajo otras perspectivas.

Disponer de un solo testigo puede ser mejor que contar con veinte. En este último supuesto, suele suceder que cada uno de ellos está dispuesto a apostar por la propia vida proporcionando una versión de los hechos diametralmente opuesta a la que, igualmente convencidos, declaran los otros diecinueve.

El testigo solitario también es capaz de proporcionar dolores de cabeza. Los testigos son personas y, de éstas existen muy variadas especies. Hay algunos que, deseando colaborar en el esclarecimiento del delito que han presenciado, se dejan llevar de su buena voluntad e insensiblemente adornan el relato de lo que vieron, embelleciéndolo con lo que creen haber visto, con lo que estiman era su deber haber observado e incluso con lo que suponen que quienes les interrogan desean escuchar.

Por el contrario, el testigo desmemoriado, inseguro de sí mismo, o no recuerda absolutamente nada, o sus explicaciones son tan confusas, entrecortadas y balbucientes, que no ofrecen el menor crédito. Si se le pregunta, por ejemplo, acerca del color de aquel automóvil que se dio a la fuga tras hacer polvo a la ancianita que cruzaba la calle por el paso de cebra, puede responder en tono vacilante; “No me fijé muy bien; pero sí, debía ser un amarillo tirando a negro.”

Y, si a quien se interroga no es un testigo..., si se trata de un delincuente, aún peor. La hermosa teoría de que el culpable se ve acometido por el

irrefrenable deseo de confesar, se viene estrepitosamente abajo. Los enmarañados y oscuros impulsos psicológicos que, como sutil tela de araña, envuelven al atormentado protagonista de “Crimen y castigo”, no suelen darse en suelo español. Quizás, en el caso de que mi admirado Dostoievski hubiera nacido en Burgos, las argucias del policía ruso tuvieran que haber sido de estilo muy diferente.

La mayoría de los detenidos-culpables con que he tenido que enfrentarme, incluso aquellos sorprendidos in fraganti y con las pruebas del delito en su poder, no se sentían movidos por otro estímulo psicológico que una urgente e inaplazable necesidad de ausentarse de la comisaría para siempre.

Ignoro porqué me asaltaron estos pensamientos precisamente en aquel momento. Puede que se debieran tan sólo a la grata compañía de los dos muchachos que acababan de irse. Eran distintos a la mayor parte de las gentes que veía obligado a tratar en mi trabajo.

En fin, que la mía es una profesión execrable..., que no cambiaría por ninguna otra.

Con esta reflexión volví a sumirme en la lectura de los expedientes amontonados sobre la mesa, no sin encender el pitillo número treinta y seis del día.

Claro que, entonces, ignoraba este hecho. Lo sabría, si disponía de tiempo, cuando regresara a casa e hiciera el recuento. Mañana, sin falta, comenzaría a reducir la ración de tabaco. Seguro.

DON RAMÓN

Este ambiente me desagrada profundamente. No puedo soportar el olor a medicina y enfermedad que lo invade todo. Se me hace difícil respirar.

Las enfermeras, con sus gestos de mando y de “que me va a decir a mí”, resultan inaguantables. Cuando yo era joven las cosas eran distintas; había más humanidad. Ahora cada enfermo ha quedado reducido a un simple número. Venimos a ser como condenados sin juicio previo y, vaya si entiendo de juicios. ¡Qué me van de decir a mí de esto!

Esta mañana a primera hora, sin ir más lejos, una de las enfermeras (la que tiene cara de caballo) le dijo a la otra (la pequeñita rubia): “Recuerda que hay que pincharle el culo al vejete este de la 348. No lo olvides pues tiene muy mal genio. Y, ten cuidado cómo lo haces porque si le lastimas es capaz de armar un escándalo.”

La respuesta, que llegó a mis oídos claramente, me dejó frío; tanto, que decidí no darme por enterado continué fingiéndome el dormido. La rubia contestó: “¿Cómo que mal genio? Lo que tiene es muy mala leche.”

De manera que dejando a parte el lenguaje más propio de un cuartel que de un lugar supuestamente refractario a toda polución, incluida la idiomática, yo tenía mala leche.

Es cierto que me había quejado varias veces -sin resultado alguno, por cierto- del ruido que, a las seis de la mañana comienza a escucharse en pasillos y habitaciones. A hora tan temprana las limpiadoras arrastran calderos metálicos a lo largo de interminables corredores, dejan caer cepillos, fregonas y escobones originando un estrépito infernal capaz de despertar a los muertos. Es un auténtico y madrugador ensayo del juicio final. Que los enfermos graves resistan sin que se produzca un considerable aumento del índice de mortandad es la prueba palpable de la espectacular mejora de nuestra raza.

Luego, cuando comienza a olvidarse el sobresalto y va desvaneciéndose el fragor de la batalla contra la suciedad, se abre violentamente la puerta de la habitación y, por ella, se cuele una furia ataviada con bata blanca, armada con termómetros, jeringuillas, frascos repletos de amenazadores productos líquidos, grageas, pastillas y -la más vergonzosa de todas esas porquerías- ¡supositorios!

Sospecho que mi fama de mala leche la habré ganado merecidamente cuando me ingresaron en el hospital, medio inconsciente. Estaba bajo la amenaza de una severa conmoción cerebral. Todos los síntomas parecían indicarlo inequívocamente. Pero, tan pronto como, a través de la bruma en que me hallaba sumido, oí aquella voz masculina que ordenaba: “Y ahora, Laurita, un supositorio de...”, no aguanté más y traté de descender de la camilla o de la mesa de operaciones en que estaba tumbado.

Debía tratarse del medicamento más salutífero que existía, pues su sola mención fue suficiente para traerme al mundo de los vivos. De pronto, me sentí con tantos ánimos que, cuando la enfermera -únicamente entrevista- trató de

separar mis piernas para introducirme, recto arriba, aquella invención demoníaca y antinatural, le aticé tal patada en el plexo solar, que salió despedida hacia atrás y, dando traspies fue a incrustar ambos glúteos -idéntica parte anatómica que había tratado de manosearme- en una vitrina repleta de instrumental.

En aquel momento, me creí muy satisfecho de mi proeza y la extracción de vidrios a que hubo de ser sometida la desvergonzada la consideré como el justo castigo a su falta de recato. Luego, cuando comprendí que se limitaba a ejercer su profesión y que cumplía órdenes del doctor, el mal ya estaba hecho. Ya era tarde.

Traté de disculparme; verdaderamente arrepentido, le pedí humildemente perdón, pero no quiso escucharme. Cojeaba levemente al salir de la habitación donde había entrado a decirle algo al ocupante de la otra cama. A mí me dirigió una mirada con ojos de basilisco y, desde la puerta, soltó un bufido iracundo.

Supongo que, lo sucedido habrá servido de comidilla a todo el personal pues, hasta las mujeres encargadas del servicio de limpieza, me observa con cierto temor, preguntándose, quizás, cuándo voy a arrojarles a la cabeza el orinal, aquí eufemísticamente llamado “chata”. Por cierto, no comprendo este afán por evitar el uso tan castellana como la primera, entre cuyos sinónimos (bacín, beque, dompedro, escupidera y tabor) no figura la segunda. Por el contrario, la utilización de vocablos, por lo menos de dudoso gusto, es habitual aunque no vengan a cuento.

¡Cómo han cambiado las cosas! Cuando yo era joven, los términos más atrevidos mencionables en presencia de señoras eran cáspita y carape. Sospecho que, introducidas hoy en una conversación corriente, ganarían para quien las pronunciase la envidiable fama de conocedor de los clásicos griegos.

A propósito de esto acude a mi memoria Doña Adoración, una remilgada anciana que vivía en mi misma casa, en el piso de arriba, que un día salió precipitadamente en busca de don Honorio, párroco de la iglesia de San Ildefonso. Necesitaba confesarse con toda urgencia porque, irritada con su cocinera que había permitido que la paella chamuscarse, la amonestó duramente, incluyendo en la filípica las blasfemas elocuciones caramba y caray.

A raíz de aquella bronca, muy sonada en el barrio, se llegó a murmurar que Doña Adoración era, en realidad, una hipócrita librepensadora. Como muestra de su repulsa, algunas personas llegaron a retirarle el saludo.

Actualmente, la mujer que, por el momento, se encuentra exenta del servicio militar, parece deseosas de hacérselo perdonar utilizando un lenguaje cuartelero.

El hombre, temeroso sin duda del incontenible avance femenino hacia lo que erróneamente consideraba un coto exclusivo, se siente seguro de su virilidad y, para afirmarla, no cesa de aplicarse los apelativos de ¡macho!, ¡tío! y otros, que intentan evitar el desmoronamiento del dominio y autoridad que, de hecho, jamás fueron suyos.

Los varones, siempre hemos sido unos ilusos. Desde el inicio del mundo, hemos vivido una quimera, una farsa en la que nos apoderamos de los papeles protagonistas sin caer en la cuenta de que la mujer, oculta en la concha del apuntador, nos incita astutamente a representar el argumento previamente escrito por ella. No se nos permite introducir en el libreto ni una sola “morcilla”.

Esta situación sería imposible de comprender si no diéramos por sentado que, a efectos mentales -y, probablemente, fisiológicos- la mujer hace tiempo que es adulta al cumplir los cinco años. Por el contrario, el hombre no alcanza la suya hasta los cien. Así se produce el hecho de que existan tantas adultas y escasos adultos.

Resulta curioso que hayamos admitido como artículo de fe que, tras un genio, un vencedor, un destacado científico, se encuentra invariablemente una mujer. Pero en pocas ocasiones se habla de las esposas de los fracasados, de los perdedores, de quienes no son, ni serán nunca, nadie. ¿Es que todos estos no han llegado a casarse? ¿Habrán enviudado antes de que sus esposas tuvieran tiempo a ejercer su benéfico influjo? ¿Estarán divorciados y sus medias naranjas se han llevado la inspiración, además del piso y medio sueldo?

Puede que yo, solterón empedernido, no haya pasado de juez de primera instancia por no haberme decidido a decir “sí, quiero”. Si lo hubiera hecho, a lo mejor hoy sería una lumbrera del foro o me sentaría en el Tribunal Supremo. ¡Quién sabe!

Pero bueno, ¿Por qué se me ocurrirán estos pensamientos tan extraños? Se supone que la estancia en un centro sanitario, la obligada inmovilidad, predisponen a la meditación. Sin embargo, cuando hace dos años tuve que guardar cama durante una semana, no pensé nada semejante. Los trastazos que me propinó en la cabeza aquel salvaje, ¿me ablandarían el caletre?

No había encontrado respuesta a esta pregunta cuando alguien golpeó la puerta por la parte exterior y solicitó permiso para pasar. Yo, sumido aún en las desacostumbradas cavilaciones a que me entregaba desde bien temprano, no respondí. Lo hizo el maquinista en paro forzoso.

Entonces, entraron dos jóvenes. Una chica muy guapa, a quien no había visto en mi vida -para cosas como aquella aún conservo la memoria- y un chico cuya cara me resultaba conocida pero que no lograba relacionar con nombres o situaciones concretas.

Salí muy pronto de dudas; en cuando me dijo que se llamaba Mario Alba. Aquel nombre quedaría grabado en mi mente con caracteres indelebles. Tras unas breves palabras de saludo, conté que poco después de haberlo escuchado por vez primera, fui agredido brutalmente por un energúmeno que me exigió la entrega de un paraguas que ya había puesto en manos del un gigantón llegado antes que él y que, muy educadamente, pero con toda firmeza, me dijo mostrándome un paraguas exacto al mío: “Entrégueme usted el duplicado y no le haré ningún daño. Me fastidiaría romperle la cabeza, no por respeto a sus canas ya que está completamente calvo, sino en atención a su avanzada edad.”

Mirando a aquel individuo, casi tan ancho como alto en cuyas manos el paraguas daba la sensación de haberse convertido en una batuta, me di cuenta de que no era el momento de poner en práctica la resistencia pasiva, accedí a sus deseos y, sin una palabra ni gesto de protesta, le di lo que pedía.

El hombre, con una sonrisa en la que los ojos no tenían la menor intervención, me dijo: “Es usted inteligente, señor juez. Gracias y adiós.”

Mario y Margarita, que para entonces ya me había sido presentada por su acompañante, cruzaron una mirada de inteligencia y dijeron que el comisario Yuste tenía razón. No había sido Artiaga, sino Germán Álvarez quien me agredió.

Luego, quisieron conocer el resto de mi odisea. El maquinista, discretamente, con los ojos fijos en el techo, escuchaba sin perder palabra cuanto se decía. Permanecía tan inmóvil que, por un momento, temí que se encontraría en estado cataléptico. De pronto, salió de su quietud y mirándome con ojos suplicantes dijo: “Por favor, no nos deje sobre ascuas, don Ramón.”

Seguí entonces mi historia.

Momentos después de la marcha del extraño coleccionista de paraguas, sonó el timbre de la puerta. Tan pronto como la abrí, un ciclón se coló en el recibidor. Esta vez se trataba de tres hombres. El que llevaba la voz cantante era un individuo de edad indefinible. Lo mismo podrían calcularse treinta y cinco, que cuarenta y cinco años. Incluso cincuenta. Regordete, no muy alto, y de pobladas cejas, su aspecto tenía algo de equívoco, acentuado por sus ropas excesivamente llamativas y ostentosas. Producía la sensación de disfrutar de aquellas circunstancias que ponían de relieve su pretendida osadía y talento.

Uno de sus compañeros, alto, flaco, contaba con el adorno de una extraña y voluminosa barriga. Aparentemente dotada de una vida propia e independiente, sus oscilaciones provocaban la impresión de que uno vigilaba algo obscuro. Sin embargo, contaba con una calidad hipnótica y fascinante que hacía difícil abstraerse de su contemplación. Cada uno de los movimientos de su dueño era precedido y seguido por el bamboleo impúdico de aquel vientre danzarín.

El que completaba la amenazadora terna, era un hombrecillo de aspecto inofensivo. A primera vista. Cuando lo observé con más detenimiento, pude darme cuenta de que su cuerpo de chiquillo era, en realidad, el de un hombre de edad madura. Su rostro, profundamente marcado por la viruela, delataba una vida de disipación y vicio. La mirada aviesa y la sonrisa torcida no hacían juego con su apariencia infantil y desvalida. De los tres inesperados visitantes, era él quien mayor temor me causaba.

No me concedieron tiempo para reponerme del sobresalto que su interrupción me había ocasionado. De un empujón, el propietario del exótico abdomen, me sentó -más bien me derribó- en el mismo sillón del que me levanté para atender la llamada del timbre, y permaneció de pie a mi lado.

El dueño de las cejas con aspecto de matorral, comenzó a pasear por el salón. Dispongo de mucho tiempo, parecía decirme. Con las manos en los

bolsillos de la chaqueta, se inclinaba hacia delante para contemplar el brillo de sus puntiagudos zapatos de charol.

De vez en cuando, al pasar ante el sillón del que no osaba moverme, me miraba sonriendo. En un momento dado se detuvo y, con voz agradable y educada, que no correspondía en absoluto a las palabras ni a su significado, me dijo:

“Abuelo, si estimas en algo tu integridad física, dame inmediatamente el paraguas que te llevaste de la cafetería Tívoli. Te has equivocado y el que retiraste del paraguero no era el tuyo. Paso por el error, pues humanun est errare, pero hay que enderezar el entuerto.”

Les conté entonces, sin omitir detalle, cuanto había sucedido desde que abandoné la cafetería llevándome un paraguas que no era de mi propiedad. Relaté minuciosamente cómo, primero, había llegado un joven que traía el mío. Dije que, sólo unos minutos antes de su entrada, un hombre había exigido, con amenazas, lo que buscaban ellos demasiado tarde. Naturalmente se lo había entregado. No comprendía nada de todo aquello y no deseaba otra cosa que vivir tranquilo. Podían registrar toda la casa. Así comprobarían que estaba diciendo la verdad, añadí.

“No intentes engañarme. Ahora no nos encontramos en los tribunales y no van a servirte de nada tus triquiñuelas legales. Aquí estamos en campo neutral. La toga y esos librotos -dijo, señalando las repletas estanterías- son papel mojado.”

“Vosotros -ordenó a sus compañeros- registrad la casa. Rápido, ya hemos perdido demasiado tiempo.”

“Y tú, -me dijo cuando nos quedamos solos- descríbeme al segundo visitante. Y no intentes pasarte de listo.”

Cuando lo hube hecho, un destello de ira apareció en sus ojos y, a gritos, llamó a sus compinches que acudieron corriendo.

“Aquí ya no tenemos nada que hacer. Como suponía se nos adelantó Artiaga -les confió. Vámonos ya.”

Pero antes de irse, se acercó a mi sillón y, mostrándome una figurilla de mármol que adornaba la falsa chimenea y, desde hacía rato manoseaba, preguntó: ¿Te gusta la estatuilla, eh? Pues, a partir de ahora dejará de agradarte. Nos has hecho perder un buen rato.”

Traté de apartar la cabeza sobre la que se me venía como una exhalación la pesada figura, pero no conseguí mi propósito. Debí derrumbarme como un fardo. Mucho más tarde, ya en el hospital, supe que había recibido dos fortísimos golpes. Supongo que poseo un cráneo muy sólido pues, según el doctor que me atendió en el primer momento, uno solo debiera haber bastado para convertirme en un indiferente cadáver.

Parece ser que la policía, que seguía de cerca las actividades de todos mis visitantes -tanto la tuya, Mario, como las sucesivas del llamado Artiaga y de los tres últimos- reclamó inmediatamente una ambulancia que me trasladó,

inconsciente y sangrando copiosamente, desde mi casa a la de Socorro y, de allí al hospital.

Después de todo, he tenido mucha suerte ya que las heridas en la cabeza, si bien muy escandalosas, por la sangre que mana fácilmente en cuanto se produce el más pequeño corte en el cuero cabelludo, pueden no revestir la menor importancia.

No comprendo nada de todo este enredo cuyos principales protagonistas parecen ser tres paraguas. Cuando, al día siguiente -recuperado el conocimiento y ya en mejores condiciones- se me tomó declaración oficialmente, se limitaron a decirme cuatro generalidades de las que poco saqué en limpio. Puede que vosotros estéis más informados y queráis disipar mis dudas...

Bueno -proseguí cuando Margarita y Mario dieron fin a su relato- todo eso explica bastante bien lo que ha sucedido. Sin embargo, como aún no he olvidado mi entrenamiento y práctica legales, creo que no lo habéis dicho todo. Quedan algunos puntos oscuros que, seguramente, no se deben a mi estado mental pues -aparte la molestia de los puntos y el turbante de gasa que me envuelve la cabeza- me encuentro perfectamente.

Es probable -añadí- que algunas cosas que sabéis os hayan sido confiadas reservadamente y no estéis en condiciones de divulgarlas. Si es así, y supongo que lo es, os felicito por vuestra discreción.

Los dos chicos parecieron experimentar cierto alivio al escuchar mis palabras. La situación, un poquito violenta, fue salvada por la súbita intervención del maquinista que comenzó a contar una larguísima historia, en nada parecida a lo que se comentaba en su presencia, en la que él se empeñaba en hallar cierta semejanza.

Con todo lujo de detalles nos refirió lo que le había sucedido en su segundo viaje conduciendo el expreso MZA (Madrid - Zaragoza - Alicante).

Había llegado al término de su recorrido, los viajeros se habían apeado de los vagones que condujo, posteriormente, a una vía muerta y, acompañado de su ayudante, llevó la máquina al depósito para que los especialistas realizaran una rápida revisión de las válvulas. Mientras el joven auxiliar permanecía observando operación, él decidió acercarse a la pensión donde pasó la noche de su primer desplazamiento a Alicante.

Se trataba de un establecimiento modesto, pero limpio y económico -era preciso que administrara escrupulosamente los ingresos pues tenía pensado contraer matrimonio poco tiempo después- situado bastante cerca del depósito de máquinas, en las afueras de la ciudad.

Para acceder a la pensión tenían que cruzar las vías, atravesar un corto descampado y, finalmente, caminar unos doscientos metros bajo frondosos árboles. Las dos primeras partes de su paseo no suponían la menor dificultad. Potentes reflectores situados sobre la techumbre del propio almacén, prestaban una viva iluminación. Por el contrario, el sendero cubierto por el follaje estaba negro como un túnel.

A media distancia fue interceptado por dos individuos, más bien dos bultos, de los que no veía los rostros. No obstante, era innecesario aquel detalle para comprender que no se trataba de amigos.

Uno de ellos, con voz parecida a un graznido, le asió por las solapas de la chaqueta y, sacudiéndole vigorosamente, le dijo: “Te has caído, Alberto; ya puedes ir soltando las ochenta y cuatro mil calas. El “Gordo” no está dispuesto a esperar ni un día más.”

El maquinista, asustado, respondió que él no era Alberto; que se llamaba Emilio, que no debía ni una peseta y que no conocía a nadie llamado el Gordo.

De nada sirvieron sus protestas. Primero, llovieron los golpes, patadas y puñetazos. Después, ante su insistencia de que estaban equivocados, uno de los asaltantes tuvo una idea brillantísima: “A ver si está diciendo la verdad -le dijo al otro. ¿No tenías una linterna? Enciéndela.”

Cuando se hizo la luz y ambos recaudadores pudieron comprobar que el paradero de sus equivocados golpes no era el Alberto que ellos buscaban, debieron convertirse en un manojito de nervios pues terminaron la faena propinando al inocente Emilio un linternazo en la cabeza que le sumió en las sombras.

Como don Ramón, recobró la lucidez en una clínica, con la cabeza vendada y, bajo las gasas, una respetable hilera de puntos de sutura. También a él habían tenido necesidad de coserle como a una media rota y llena de carreras.

Un año más tarde, Emilio tuvo la satisfacción de saber que sus agresores sufrieron en sus propias carnes el mismo violento tratamiento que él en aquella noche triste.

Además, puede que en virtud de una infrecuente justicia poética, del mismo modo que quienes le propinaron la fenomenal paliza y apagaron la luz de su entendimiento lo hicieron usando un instrumento diseñado para producirla, ellos fueron sujetos pasivos de una soberana tunda que les inmovilizó totalmente, utilizando un utensilio fabricado como ayuda en los desplazamientos del cojo propietario del cafetín del barrio en que se produjo una gresca.

Según dijeron, los dos individuos, pendencieros y alborotadores, originaron una pelea en el curso de la cual destrozaron buena parte de la instalación; mesas, sillas, cristales y botellas fueron hechas añicos. Aquello llevaba las trazas de convertir en ruina permanente el producto de todos los ahorros del titular del establecimiento que había perdido una pierna como consecuencia del impacto directo de un cañonazo en la batalla de Belchite.

Desesperado ante el desastre, el cojo recordó la potencialidad ofensiva de su dura pierna de castaño, soltó rápidamente la correa que la sujetaba al muslo y, enarbolándola -ésta fue la palabra más apropiada que escuché de labios del maquinista- empezó a repartir estacazos hasta que quedó completamente solo, dueño y señor del campo de batalla.

“Bien empleado lo tuvieron”, terminó diciendo Emilio.

Durante unos instantes permanecemos silenciosos. Probablemente nos preguntábamos qué concomitancia existía entre aquella historia con la trama de los paraguas. Al parecer, sólo su narrador era capaz de encontrar un nexo de unión. Como de común acuerdo, nos abstuvimos de preguntarle por temor a que nos volviera a obsequiar con otra disparatada fábula.

Mario le gastó una broma a Emilio. Le dijo que debía decidirse a solicitar a la Renfe la instalación de cinturones de seguridad en las máquinas. Con ello, aseguró muy serio, se evitarían accidentes como el que había sufrido.

Los chicos, después de preguntarme si deseaba que me trajeran alguna cosa, libros, alimentos, lo que quisiera, echaron una ojeada al reloj y se despidieron afectuosamente.

Espero que antes de marcharme definitivamente de aquí, vuelvan a hacerme una visita. Su presencia trajo un hálito de frescura y optimismo al templo de dolor en que me encontraba recluso contra mi voluntad.

Me estaba diciendo esto cuando la puerta volvió a abrirse y asomó el rostro sonriente de Mario que, en voz baja, preguntó: “¿Podemos volver mañana a hacerles un rato de compañía?”

Emilio y yo, como si hubiéramos estado ensayando nuestra respuesta, dijimos apresuradamente: “Sí, por favor.”

GERMÁN ÁLVAREZ

Estoy convencido de que, por fin, se acabó la racha de mala suerte. Esta va a ser la operación definitiva, la que alejará para siempre de mi puerta los apuros económicos. Disponiendo de una fuente de ingresos tan segura y, prácticamente, inagotable como la que, debo admitirlo, descubrí por verdadero azar, no hay motivos para temer nada.

En esta ocasión he pensado en todo. No queda lugar para imponderables. Cuando, como último paso, mis hombres y yo aparezcamos para hacernos cargo del dinero y de la res que ordeñaremos personalmente hasta que se agote -espero que en un futuro muy lejano- la sorpresa de Artiaga, de su contacto en la embajada de Irak en París y, por supuesto, del desconocido funcionario del Ministerio de AAEE que, sin saberlo, está a punto de convertirse en mi socio capitalista, va a dejarlos a todos sin habla.

Creo que el cambiazo del microfilm fue un golpe maestro. Cuando el destinatario se haga cargo del que le entregará Artiaga y vea que se trata de algo sin valor para nadie, el propio emisario estará sumamente interesado en que la cosa se ponga en claro, querrá resarcirse de sus gastos y percibir la cantidad convenida por el transporte y las molestias que se ha tomado. Convencerá, sin gran esfuerzo, al que guarda la mercancía, de que debe venir a Madrid, a toda costa, para entrevistarse con el informador, arreglar la cuestión y, en general, trazar planes de futuro.

Lo que Artiaga y el informador ignoran es que, con mi inesperada entrada en la combinación, el asunto experimentará una “ligera” modificación. A partir de entonces, el dinero procedente de Irak y recibido en Madrid, pasará a mis manos, después de tocar brevemente las del informador que preferirá soltarlo a ser acusado de traidor y pasar una buena temporada a la sombra.

Yo me encargaré de aclarar sus ideas, si las tiene oscuras, acerca de cómo son por dentro los establecimientos penitenciarios. Los conozco bien y son algo que no puede agradar a nadie en su sano juicio. Le hablaré de lo lentamente que pasan los días, de la falta de higiene, del hacinamiento, de la carencia de intimidad, de la progresiva y rápida desaparición de la propia personalidad, del ambiente asfixiante que obliga a que los reclusos se encierren en sí mismos y se conviertan en seres brutales dominados por sórdidos apetitos antinaturales.

Le diré como allí uno se siente prisionero de sí mismo y de la sociedad, con la sola obsesión de recobrar la libertad perdida. Culpano al mundo del encierro a que se ve sometido, se van olvidando los últimos vestigios de humanidad que se observaban al ser recluso.

Le contaré casos de algunos que, incapaces de resistir ni un minuto más en aquel medio hostil e indiferente decidieron terminar con la situación colgándose de una reja o abriéndose las venas.

Con esta perspectiva, a la que se añadiría el descrédito y la vergüenza por la que habría de pasar un personaje importante como debe de ser él, no me cabe

la menor duda de su comportamiento. Continuará obteniendo información para mí y yo me cuidaré de sacarle el mayor rendimiento posible. Estoy absolutamente seguro de que ésta va a ser una asociación muy fructífera..., para mí, claro.

La organización del golpe ha sido perfecta. Si no, que le pregunten a Mario Alba y a la mosquita muerta de su vecina. Margarita, creo que se llama. Nuestra actuación ante esos dos chavales merece un Oscar. ¡Lástima que no haya podido ser filmada! Hay que ver con cuánto respeto me decían señor comisario, esto; señor comisario, lo otro.

Buen trabajo me ha costado no estallar en carcajadas. Sobre todo cuando, en casa de Mario, procedimos a liberar a los falsos policías; fue la monda. ¡Aquel infeliz preocupándose por el terrible peligro que habían corrido los representantes de la ley en poder del malvado Artiaga!

¡Y el “inspector Fuentes”, preparándose el desayuno a la mañana siguiente y pidiendo perdón por atreverse a utilizar la ducha y la máquina de afeitarse! Eso fue el colmo de la genialidad.

Si a Mario le hubieran jurado que no era un auténtico policía, que se trataba de uno de mis hombres y que todo estaba preparado de antemano para recuperar el microfilm, se negaría a creer semejante despropósito.

A mí no hay quien me apee de la idea de que una mezcla de mentira y verdad es más fácil de tragar que la verdad o la mentira absolutas. En todo lo que acabamos de hacer se encuentra la prueba palpable de que tengo razón.

En cuanto al juez retirado, lamento no haberle sacudido más duro. Viejo o no, es uno de esos individuos sin entrañas que, por un quítame allá esas pajas, te mandan veinte años a la trena. Seguro que salió bien librado. Suelen tener la cabeza tan resistente como los adoquines. Y yo de jueces entiendo un rato largo. Desde aquel primero que me mandó al correccional cuando sólo tenía doce años -separándome de mi madre, la única persona de este mundo que se quitaba el pan de la boca para dármele- hasta el último que me sacudió seis años y un día, pasando por alguno más.

¿Qué me importa que el que se quedó con la cabeza abierta estuviera jubilado? ¿En cuántos juicios se habrá sentado presidiendo alegremente la comedia que bajaba el telón haciendo polvo a algún chorizo infeliz?

La mirada de un juez a punto de administrar lo que ellos llaman justicia, es más dura y vengativa que será la del mismo Dios en el Juicio Final.

Así que, ¿cómo pueden pretender que nosotros, los apestados, los fuera de ley, tengamos piedad?

La tierra y las riquezas que permiten llevar una vida digna y respetable, fue, es y será de los fuertes aunque, como cualquiera que no sea rematadamente tonto sabe, detrás de muchas fachadas honorables se ocultan la codicia, el abuso y la crueldad más indecentes.

Sí, yo también, cuando posea el dinero suficiente para verme libre del miedo a la cárcel, al hambre y a los aprietos, seré un hombre dignísimo que hará cónicas protestas ante la injusticia y la intolerancia. Como tantos otros.

¡Qué fácil ser un buen ciudadano, respetuoso con la ley y defensor de la propiedad privada cuando se tiene algo que perder y las únicas noticias que interesan son las que aparecen en los boletines especializados en las cotizaciones bursátiles!

Yo también seré de esos aunque, para serlo, tenga que descender a los mismísimos infiernos. Nunca más volveré a pisar la cárcel. Antes me quito la vida. Más vale hacerlo fuera que dentro.

Me parece que ya he tragado mi dosis de penas y sufrimientos. Creo que ya es hora de vivir la vida de una persona decente. Pronto podré hacerlo porque voy a contar con los medios necesarios.

Mi madre, seguramente para animarme a estudiar una carrera que me permitiera huir de la clase de vida que nos tocó en suerte, me contó infinidad de veces los apuros que ella y mi padre, muerto cuando yo tenía tres años, habían pasado desde el principio.

Se habían casado en mayo de 1936, meses después de iniciarse la guerra civil. Los dos residían en Avilés. El, hijo y nieto de pescadores, siguió el oficio de los suyos. Ella trabajaba en la rula, transportando sobre la cabeza pesadas cajas de madera rebosante de pescado recién sacado del mar. En ocasiones, utilizando un carrillo de mano, recorrió las calles de la villa pregonando con destemplados gritos su fresca mercancía.

Vivían entonces en una casucha miserable situada entre el muelle y la vía del ferrocarril, a dos pasos de la rula.

No dispusieron de mucho tiempo para acostumbrarse a la vida en común. Dos meses después de la boda, el que había de ser mi padre fue movilizad y, poco más tarde, enviado al frente. Durante los tres años que duró la guerra, estuvo en el Ebro, Belchite y otros lugares, como Brunete, que pasaron a formar parte de la leyenda nacida con aquella estúpida contienda.

Antes del final, fue herido dos veces, una de ellas gravemente, pero no regresó a casa hasta 1943. Se había ido a los veintidós años y regresaba cuando contaba con veintinueve. Volvía siete años después de su marcha, enfermo y amargado. Tres de guerra y cuatro entre el campo de concentración y la cárcel, habían sido suficientes para hacer de un joven fuerte y sano una verdadera ruina.

Le fue perdonada parte de la condena, dos años, por haber sido incluido en el sistema de la “reducción de pena por el trabajo”. Mi padre, según supe cuando él había dejado de existir, integraba aquella larga fila de hombres que, con la ropa hecha jirones, las botas destrozadas, la cuchara, el plato y el tanque de aluminio colgados de una cuerda atada a la cintura, cruzaban a diario las calles de Oviedo, desde la Cárcel Modelo hasta el barrio de San Lázaro.

Caminaban arrastrando los pies como sonámbulos, con aspecto cansado, indiferentes a las miradas burlonas o compasivas de las gentes que los observaban en su marcha al tajo.

Imagino lo que debió sentir mi madre al contemplar a su marido, pues tuvo que verlo más de una vez. Para entonces, ella se había trasladado a Oviedo. Vivía en un desván de la calle Independencia, manteniéndose a duras penas de los cuatro duros que ganaba fregando escaleras y como asistenta en la casa de unos señores de Avilés.

En 1943, el despojo humano en que se había el que, tres años más tarde, sería mi padre, obtuvo la libertad. Se trataba solamente de una suelta en precario o libertad condicional. Todos los meses, a lo largo de otros dos años, tendría que presentarse a la policía gubernativa.

Comenzó a trabajar como albañil y a beber. Eran las suyas unas borracheras sordas que no puedo recordar, era un crío muy pequeño pero, cuando fui mayor, mi madre me habló de ellas.

Mi padre dejó de beber repentinamente y para siempre al ser atropellado por un camión cargado de cemento en la misma obra en la que trabajaba. A partir de ese momento las cosas fueron de mal en peor. Mi madre estaba sumida en una especie de estupor que la convertía en poco menos que inútil para el trabajo. Salía temporalmente de aquel estado de ausencia y, sin motivo aparente, volvía a recaer en él.

Gracias a los señores avilesinos fuimos acogidos en Auxilio Social, en cuya obra benéfica encontramos la oportunidad de comer caliente y llevarnos a casa las sobras para la cena. El precio que debíamos satisfacer no era elevado, pero nadie se libraba de su pago. Aún me veo en pie, ante la mesa donde se nos iba a servir la comida, con el brazo derecho extendido, cantando “Cara al sol”. Al pasar el tiempo, aquello cambió, sustituyéndose el himno por un apresurado padrenuestro.

Las mesas eran atendidas por chicas que hacían el Servicio Social. Entre ellas, había de todo. Unas cumplían su tarea con verdadero cariño y, apenas por la triste situación de quienes nos encontrábamos allí. Otras, al revés, actuaban de manera mecánica, malhumorada y hasta con señales de sentirse asqueadas.

A los diez años ingresé en el Instituto y comencé a estudiar el Bachillerato. Lo llevaba bastante bien. Mi madre, que había mejorado mucho y trabajaba como una esclava, me traía frito con las lecciones y no me consentía acostarme sin estudiar de firme. Cuando estaba en segundo curso, cometí una chiquillada. Robé una bicicleta y, a consecuencia de aquella estupidez, sin enterarme apenas de lo sucedido, me vi encerrado en el Reformatorio de San Claudio.

Seis meses duró la reclusión que, además de hacerme perder el curso, me proporcionó la oportunidad de codearme con chicos muchísimo más adelantados que yo en la carrera de la delincuencia. Allí funcionaba a las mil maravillas una

especie de plan de estudios subterráneo, gracias al cual, se iba ascendiendo rápidamente en el conocimiento del arte de apoderarse de lo ajeno.

Cuando salí de aquel centro, en el que únicamente recibía las visitas de mi madre y de don Silvino, el sacerdote que me había preparado en el Instituto, reanudé los estudios y los terminé a los veinte años.

A los veintiuno fui llamado a filas y, como estaba inscrito en Avilés, hice el servicio militar en la Marina, en la Escuela Naval Militar, de Marín, donde pasé más tiempo pelando patatas en la cocina o aburridísimo en el calabozo que haciendo la instrucción.

A punto de licenciarme llegó un telegrama donde don Silvino daba cuenta del fallecimiento de mi madre. Añadía que en su casa tenía un lugar y que me había encontrado una colocación.

De vuelta a Oviedo, fui a ver a mi protector. Su respuesta al preguntarle por qué hacía aquello por mí, fue rotunda: “Porque me da la gana, carajo”, dijo, esforzándose por simular su enfado.

Don Silvino era un viejecillo, regordete, de no más de un metro sesenta de estatura, cara tan sonrosada como una manzana, abundante pelo muy blanco, y ojos vivarachos.

Mirándome fijamente, añadió: “Lo único que tendrás que hacer será estudiar y trabajar de firme. Por mí no tienes que preocuparte, pero sí por tu santa madre que llevó una vida aperreada. Vivirás en esta casa, nada palaciega, es cierto, pero limpia como pocas. A mi hermana María ya la conoces. Es una vieja gruñona que tiene sus cosas. Si te parece, de lo que ganes haces tres partes; una para tus gastos, otra para ahorrar y la última para ayudar a tu sostenimiento. Y ahora, ven, acompáñame arriba. Vas a ver tu habitación.”

En cuanto entré, comprendí que en aquel cuarto iba a sentirme a gusto. Era bastante amplio ya que, dejando suficiente espacio libre para moverse de un lado a otro, contenía cama, mesilla de noche, una gran mesa, dos sillas y, cerca de la ventana, un confortable sillón. De una de las paredes estaba suspendida una ancha estantería con cinco anaqueles, en la que reposaban algunos volúmenes.

El cura, señalando con un ademán la vasta librería, preguntó: “¿Tendrás sitio para tus libros de Derecho?”, y, sin darme tiempo a responder: “¿Qué te parece esto, Germán?”

“Formidable, don Silvino; ¿Qué me va a parecer?”, contesté. “Lo que no alcanzo a comprender es por qué hace usted esto y, sobre todo, cómo me voy a arreglar para corresponder...”

“Cállate y no me obligues a soltar tacos como antes”, me interrumpió. Luego, cogiéndome familiarmente por un brazo y llevándome a remolque, anduvo hacia la puerta del que, en adelante

¡Atiza! -exclamó. María nos va a poner verdes si nos entretenemos un minuto más. Para ella, la falta de puntualidad a las horas de comer y cenar es una especie de apostasía. Ya la sabes, la comida a las dos y la cena a las diez. Para el desayuno y un piscofrito a media tarde, es más tolerante.”

Descendimos la escalera a paso de carga y nos dirigimos apresuradamente a la espaciosa cocina habilitada también para hacer las veces de comedor y sala de estar. La hermana del cura nos aguardaba de pie, de espaldas al fogón. Miraba fijamente el incongruente reloj de cuco que desentonaba en aquel ambiente modesto. Aunque don Silvino había dicho que su casa era todo menos palaciega, aquel reloj lo era. Hubiera pasado desapercibido en la Granja de San Ildefonso pero en el cuarto de triple uso donde nos encontrábamos destacaba tanto como un grano en la nariz.

“Sí, sí. Ya sé, hermana. Llevamos casi dos minutos de retraso. No seas picajosa, María. Hemos estado viendo su habitación. A partir de ahora seremos puntuales, descuida.”

María, aparentemente desarmada, sonrió y se acercó a abrazarme. “Cuanto has crecido, Germán”, exclamó. Ya no me atrevo a llamarte Germanín, como cuando venías aquí con tu pobre madre. Entonces eras un diablillo travieso y enredador. Espero que hayas cambiado.” Y, sin transición, agregó: “Pero, ¿qué hacéis? Hala, sentaos a la mesa enseguida.”

Por más que lo intente no consigo recordar en qué consistió aquella primera comida hecha en compañía de las únicas personas vivas que me querían a pesar de mis defectos o, precisamente, a causa de ellos. No se me ha olvidado, sin embargo, que fue algo sencillo, abundante y sabroso. No he olvidado, eso no, que, a poco de comenzar el almuerzo, don Silvino se ofreció a acompañarme al lugar en que iba a trabajar como oficinista. Se trataba de un almacén de coloniales a cuyo propietario estaba unido por una antigua amistad. Naturalmente solo pretendía presentármelo para que mi entrada en la casa me resultara menos violenta y fría.

El almacén estaba situado no muy lejos de allí, me dijo el cura. Con una evidente falta de imaginación, la calle había sido bautizada con el nombre de Almacenes Industriales a causa del elevado número de éstos que existían en ella.

Debía incorporarme a mi puesto dos días más tarde. Teníamos tiempo suficiente para pasar por el desván donde habían transcurrido los últimos días de mi madre y comprobar si entre el miserable mobiliario se encontraba algo que quisiera llevarme a mi nuevo hogar. En cuanto a la poca ropa que podría servirme, dijo María, ya ocupaba su sitio en el armario de la habitación que vimos hacía un momento. Ella fue la encargada del traslado.

Cuando terminamos el almuerzo, el sacerdote me invitó a dar un paseo. Salimos a la calle, más bien un estrecho camino vecinal malamente asfaltado; girando hacia la izquierda, el camino iba a desembocar a la carretera general que conducía, bordeando el monte Naranco, a la cumbre. Siguiendo la dirección

opuesta, se descendía hasta la ciudad. Frente a la modesta casa del cura, se alzaba la iglesia de San Pedro de los Arcos.

Don Silvino prefirió seguir la carretera, llamada de los Monumentos, por la que hincamos lentamente la subida del monte a cuyos pies se extiende Oviedo. A medida que ascendíamos, podíamos ver con mejor perspectiva la ciudad y sus puntos más conocidos.

Al alcanzar el primero de los Monumentos, Santa María de Naranco -joya del prerrománico, del siglo IX, según comentó mi acompañante- nos detuvimos un momento. Desde allí, a vista de pájaro, dominábamos la escena perfectamente. La Catedral, con una sola torre, el parque de San Francisco, la plaza de toros, el campo de fútbol, la estación del Norte. Como telón de fondo, la sierra Aramo destacando recortada bajo un cielo negruzco que presagiaba lluvia.

A escasos doscientos metros más arriba nos encontramos ante la iglesia de San Miguel de Lillo -del mismo periodo que el monumento de abajo- informó el entusiasta cicerone.

Allí permanecemos un rato, mientras don Silvino fumó un cigarrillo, sentado en el bajo murete de piedra que rodea el prado en el que se asienta la iglesia. Únicamente, de vez en cuando, un automóvil venía a romper el silencio que reinaba. Hacía mucho tiempo que no me sentía tan en paz conmigo mismo. Recordaba a mi madre y, mentalmente, me prometí que haría realidad su sueño de tener un hijo abogado. Yo, que nunca le había regalado nada mientras estuve a su lado, la obsequiaría con la licenciatura en leyes mucho después de que me hubiese dejado para siempre.

El sacerdote poniéndose en pie, apagando la colilla y librándose de la ceniza tan gris como su sotana, que visiblemente había conocido mejores tiempos, señaló con la mano el anubarrado cielo y dijo: “Vámonos por donde hemos venido. Esto no me gusta nada. Pronto empezará a llover.”

En menos de media hora llegamos a casa. El regreso lo hicimos sin cambiar palabra. Yo aún me sentía un tanto extraño pues no estaba acostumbrado a pensar en la forma en que lo había hecho poco antes.

Al vernos, María preguntó si queríamos tomar alguna cosa. Los dos contestamos negativamente. Era aún temprano, pero no lo suficiente para D. Silvino que debía ir a la iglesia. Se acercaba la hora del Rosario. María le acompañaba. Con una discreción que me llenó de asombro, no hicieron alusión alguna a que yo también fuera a la partida. En cambio, me animaron a encender la televisión. Prefería, respondí, subir a mi cuarto a leer o descansar un rato.

Sin más, me dejaron solo. Ascendí las escaleras que resonaron estrepitosamente con mis pasos. Instintivamente y como quien camina por casa extraña, procuré pisar sin hacer tanto ruido.

Entré lentamente en mi habitación y la contemplé de nuevo. Esta vez con ojos de propietario. Me senté en el butacón cercano a la ventana. Entraba muy poca luz pues las nubes habían descendido, ocultando casi por completo el

Naranco. Estaba anocheciendo. Torné a levantarme y, al azar, tomé un libro de la estantería. Volví al sillón. Traté de leer el título del libro que tenía entre las manos. No se veía nada. Entonces, sorprendido, comprobé que la previsión, de María y su hermano, había llegado hasta colocar al alcance una lámpara de pie. La encendí y la situé convenientemente.

El libro que tenía ante los ojos era “El viejo y el mar”, de Hemingway. No conocía ni el título ni el autor. Comencé a leer a las cinco y cuarto. Poco antes de las diez, María subió a avisarme de que se acercaba el momento de la cena. Había estado leyendo ininterrumpidamente casi durante cinco horas.

En un instante que no pude determinar, escuché el ruido de la puerta de la calle y las voces de los dueños de la casa pero, sin darme cuenta de lo que hacía, volví a concentrarme en la lectura. De mi estado de abstracción vino a sacarme la voz de María.

Precipitadamente, la seguí escaleras abajo. Don Silvino ya aguardaba sentado a la mesa. Rechazó mis disculpas diciendo que era él quien se había adelantado. Luego, quiso saber qué estaba leyendo. Cuando respondí, inquirió: “Y, ¿qué te parece?”.

“Bueno, no lo he terminado. Leo despacio. Al principio lo encontré un poco pesado pero más adelante, no sé qué tiene que resulta imposible dejarlo. La lucha entablada por aquel pobre viejo contra el pez en condiciones tan duras, es verdaderamente emocionante.”

“No es momento de hacer discursos. Como dijo alguien: *primum vivere, deinde filosofare*. Así que vamos a cenar. Basta que te diga que el único motor que animaba al viejo pescador era la fuerza de voluntad y, probablemente, el carburante sólo una buena dosis de vergüenza torera.”

Poco más hablamos aquella noche. Debía acostarme temprano pues al día siguiente acompañaría a don Silvino a la Universidad. Ibamos a enterarnos de los trámites y papeleos necesarios para matricularme en la facultad de Derecho. Todo arreglado, la jornada transcurrió velozmente, casi como una copia de la anterior. Únicamente faltó el paseo de la tarde pues llovía sin cesar.

El agua continuaba cayendo sin interrupción cuando me dirigí a tomar posesión de mi primer puesto de trabajo. El propietario del almacén me recibió con un afecto que ciertamente, no esperaba. Era un hombre de mediana edad, de corta estatura y abundante cabello rojizo, en perpetua lucha contra las gafas que se deslizaban por su larga nariz hasta detenerse, a punto de caer, al final de la misma. Este era el momento en que, con un movimiento de la mano derecha, empujaba nariz arriba los rebeldes lentes. Ignoro por qué razón, aquellas espasmódicas maniobras producían un efecto cómico.

Saliendo de su oscuro y reducido despacho, me acompañó hasta la oficina donde trabajaban otras cuatro personas. También se encontraba allí un joven que me presentó como su hijo Jesús. Desde el primer instante, éste me miró con animosidad. Fue un sentimiento mutuo e inmediato que, por ambas partes fue creciendo con el paso del tiempo.

Jesús era presuntuoso y se valía de su condición para no dar golpe, pavonearse paseando por la habitación y mortificar con sus puyas sin ingenio a quienes trabajábamos para su padre.

Con la excepción de don Luis, el empleado más antiguo de la casa, todos reían descaradamente sus gracias, cosa que no les libraba de sus chistes de mal gusto. A mí, a los tres o cuatro días de haberme conocido, empezó a llamarme el “abogadete”, encontrando en el alias, que pronunciaba en tono de burla, una malsana satisfacción.

Mi tarea consistía en cuidar de archivos de correspondencia y facturas, escribir direcciones en los sobres, franquearlos, depositarlos a última hora en un buzón cercano y, en general, ayudar a los demás en lo que pudiera.

La antipatía que Jesús sentía por mí se convirtió en auténtico rencor cuando su padre descubrió casualmente que me hacía objeto de sus preferencias ordenándome cruzar la calle para traerle café del bar próximo.

Don Jesús, padre, abochornó a Jesús hijo ante todos los empleados, diciéndole a gritos que ninguno de nosotros éramos sus criados, que carecía de autoridad para dar órdenes como aquella, etc. Todo muy en razón pero indudablemente perjudicial para mi futuro como asalariado de la razón social que algún día habría de poseer mi ahora declarado enemigo.

Era incapaz de soportar la molesta situación. Me sentía acosado de tal manera que, sin decir nada a don Silvino –que me hubiera convencido para que continuara resistiendo- tome la determinación de marcharme. Hacerlo suponía abandonar también la casa que se había convertido en mi refugio.

Un día que las bromas de Jesús subieron de punto hasta hacerse intolerables me levanté de mi asiento y en pie, sin moverme, le miré fijamente y, en silencio. Al principio, trató de sostener la mirada pero, al fin, bajó los ojos y fingió que trabajaba. En ese momento supe que tenía que irme. Nada podría retenerme allí, a merced de semejante majadero.

Cuando me senté de nuevo, no pude concentrarme en la labor que traía entre manos. El propio diablo debía sugerirme los pensamientos que acudían en tropel a mi mente.

Recordé a algunos de mis compañeros del Reformatorio en quienes no pensaba desde hacía mucho tiempo. Como si mi voluntad no tomara parte en el proceso, me acordé de Mariano, dueño de amplios conocimientos y habilidades para hacerse con lo ajeno; de Carlos, a quien apellidábamos Marx por su antipatía hacia el capital y, en fin, de otros para los que las barreras que protegen la propiedad privada era algo ofensivo que estaba pidiendo a gritos su inmediato derribo.

Pocos días después, aprovechando el momento oportuno y despreciando la posibilidad de ser sorprendido, obtuve los moldes en plastilina de las llaves de la caja fuerte y la puerta de la calle.

Una semana más tarde, disponía de las llaves que precisaba. Luego, con el corazón desbocado, encontré el modo de probarlas. Una de ellas no funcionaba pero, limando aquí y allá, finalmente resultó perfecta.

Desde mi mesa podía ver disimuladamente la caja y el dinero que en ella entraba y salía. Esperaría un final de mes, época en que, según mis cálculos, lo que yo pretendía resultaría más productivo.

El día elegido para actuar comenté con don Silvino que cenaría con don Luis para celebrar el medio año que llevaba en la empresa. Después de cenar iríamos juntos a ver una película que nos interesaba mucho. Se trataba de “Doce hombres sin piedad”, la cual planteaba un asunto legal con variadas implicaciones humanas. Llegaría a casa un poco tarde. No tendrían por qué alarmarse.

El cura me observó largamente y yo, pretextando no sé qué, me fui. No tuve valor para resistir su mirada. Supongo que en don Silvino nació inmediatamente la sospecha de que algo iba mal.

Cené con don Luis y con él estuve en el cine –aunque a decir verdad no me enteré de lo que ocurría en la pantalla- y, al salir, le acompañé a su casa. Luego, caminando lentamente, con la mente hecha un caos, me dirigí a la calle Almacenes Industriales. Pronto me encontré en ella y ante la puerta de acceso a la oficina. Pasé de largo y anduve hasta el final de la acera. Como a disgusto, di la vuelta. No se veía un alma. El silencio era total. Hacía frío, un frío intenso que debía nacer en mí mismo.

Tras una última ojeada a derecha e izquierda, abrí la puerta y me introduje en la casa. A tientas, pues no me atrevía a encender la pequeña linterna que llevaba, ascendí la vetusta escalera sin un ruido. Pisaba los peldaños en su parte más próxima a la pared. Pronto me encontré en la oficina. Todo estaba como había quedado unas horas antes. Sólo que ahora se notaba un acre olor a polvo que no advertí al marcharme. Habían estado barriendo descuidadamente, sin preocuparse de ventilar la habitación.

Escuché atentamente durante unos instantes. Aparte de un lejano rumor de música que venía de abajo, de allá del fondo del almacén, no se oía absolutamente nada. Sería, seguramente, el transistor de Alfredo, el guarda nocturno que procuraba acortar así sus solitarias horas de vigilancia. ¡Pobre viejo, que vida llevaba!

Seguro de que me encontraba solo y de que no corría peligro de ser sorprendido, encendí la linterna, saqué del bolsillo la llave y la introduje en el agujero de la cerradura. La hice girar suavemente. La puerta no se abrió. Volví a intentarlo. Nada. Tenía los nervios a punto de estallar. Me parecía escuchar pisadas, murmullos y sonidos que provenían de todas partes y de ninguna.

Hice un esfuerzo por sobreponerme. Retiré la llave y la contemplé unos instantes. Era la misma que probé días atrás. Entonces no hubo problemas. ¿Por qué ahora se negaba a cumplir con su obligación? Me encontraba tan apurado y enloquecido que creo que llegué a animarla a portarse bien.

Volví a poner la llave en la cerradura y esta vez, dócilmente pero con un chasquido que me sobresaltó, giró sobre sí misma. Entonces comprendí lo que había sucedido. En mi primer intento, trataba de hacerla volver hacia la izquierda. Tiré de la manilla y la puerta abrió. De rodillas ante la caja registré su contenido, apartando y arrojando al suelo papeles sin valor.

El dinero se encontraba al fondo, a la derecha. Era un montón de billetes que me apresuré a ocultar, a puñados, en los bolsillos. Ya los contaría después en casa, cuando estuviera encerrado en mi habitación. El lunes, sería muy interesante contemplar la estúpida cara de Jesús. Probablemente, me diría: “A ver, abogadete, a ver si encuentras al ladrón.”

Yo estaba bien seguro de no ser descubierto; no me había quitado los guantes para hacer aquello. En cuanto a las huellas digitales, en las llaves originales, no existían. Tuve buen cuidado de borrarlas tan pronto las utilicé para sacar sus moldes. En cuanto saliera de la oficina me desharía de las comprometedoras copias. El dinero, no. No existía el riesgo de que fuera reconocido. Al embolsarme los billetes pude ver que eran usados y que, además, procedían de distintas personas y lugares.

Cerré la caja, eché una última mirada y comprobé que todo estaba como cuando entré. Apagué la linterna y me dispuse a salir.

En aquel momento, se abrió la puerta y, simultáneamente, se encendió la luz. Alfredo me apuntaba con una pistola desde la entrada.

El guarda de noche sostenía el arma con una firmeza que contradecía su aspecto avejentado e inofensivo. Con voz serena, me ordenó tumbarme en el piso boca abajo. Al escuchar sus palabras comprendí que estaba perdido y, simulando obedecerle, salté tratando de asirle por el cuello. Lo conseguí solo a medias. Era más ágil de lo que parecía. Logró apartar una de mis manos y rodamos por el suelo, tropezando con sillas y mesas. De una de éstas cayó ruidosamente un pesado pisapapeles con el que le propiné un golpe en la frente, sobre un ojo. Una ceja se le abrió y comenzó a sangrar dificultando su visión.

De pronto, se soltó, retrocedió un paso y disparó un tiro por encima de mi cabeza. Luego, con voz jadeante, repitió su orden añadiendo que no tentara mi suerte y que la próxima vez dispararía a dar.

Obedecí y mientras llamaba a la policía y a don Jesús, me mantuvo quieto en la incómoda postura que eligió para mí. Experimentaba la sensación de que me había desdoblado en dos personas. Una estaba grotescamente tirada, percibiendo el olor de la madera encerada, con las piernas y los brazos formando una equis. Otra, mi otro yo, me contemplaba llenándome de improperios.

La policía y mi expatrón llegaron casi juntos. Un ceñudo inspector me registró tan pronto como Alfredo terminó su declaración. Salieron a relucir las llaves y el dinero; doscientas sesenta y cinco mil pesetas.

Don Jesús no abrió la boca la boca más que para decir al vigilante que él mismo le curaría con el botiquín del almacén. A esto no se opuso el inspector diciendo que, de todas maneras, enseguida vendría el médico de la comisaría.

Convenía que se reconociera oficialmente a la víctima. Procedimiento legal, añadió.

Rápidamente fui conducido a comisaría. Fue la primera vez que experimenté el contacto con las esposas. Pasé la noche en un miserable jergón sobre el que me revolví incesantemente. Mis pensamientos giraban en un torbellino de rabia y vergüenza. Ser sorprendido de aquella estúpida forma me sublevaba y el recuerdo de don Silvino y de su hermana María me humillaba.

Mientras permanecí en prisión preventiva, me negué sistemáticamente a hablar con el cura que intentaba verme los días de visita. Luego, cuando se celebró el juicio y fui condenado a cinco años –se tuvieron en cuenta agravantes como abuso de confianza, nocturnidad, agresión, etc. y, hasta mi estancia en el reformatorio salió a relucir- accedí a recibir al que suponía había de estar muy dolido conmigo.

En el locutorio reinaba un ruido infernal. Presos y familiares, separados por un pasillo de unos noventa centímetros de ancho, limitado por cristalerías dobles hablaban muy alto ante las rejillas existentes a cada lado. Don Silvino, sentado en su zona, me dirigió una triste sonrisa y, alzando la voz, me preguntó si deseaba alguna cosa. Permaneció un momento contemplándome con ojos atribulados y, en vista de que no recibía respuesta, se levantó y se fue sin hacerme un solo reproche.

No quise volver a verle y él, tras intentarlo varias veces, desistió definitivamente.

Los años transcurrieron lentamente en monótona sucesión de jornadas idénticas. Si hubiera que definir mi encierro basándome en su característica más sobresaliente, diría que todo estaba presidido por un mortal aburrimiento. La única actividad que conseguía trasladarme fuera de los muros de mi celda fue la lectura. Creo que si no hubiera podido leer, me habría convertido en un idiota integral.

La hora del paseo, en el patio de la prisión, ayudaba a estirar los músculos. Sin embargo, tenía un inconveniente. Me veía obligado a permanecer solitario en un rincón o caminar sin la compañía de algún otro. Su alternativa, buscar o aceptar la asociación con los reclusos, estaba invariablemente aparejada a soportar el relato de sus pasadas hazañas y los inteligentes proyectos para cuando se vieran en la calle.

Por aquella época nació en mi mente la idea de que llegaría a convertirse en verdadera obsesión. Yo era como un fantoche, sin voluntad propia, cuya trayectoria había descrito un triángulo casi perfecto. En cada uno de los vértices se encontraban “Auxilio Social”, el hogar del cura y el almacén. Una de las bisectrices posibles, la que cortaba prácticamente el centro del lado que unía la casa de don Silvino y el lugar del atraco, coincidía con la cárcel.

Tenía que romper la infernal geometría que me lanzó como si fuera un juguete a tan largo aislamiento.

Cuando saliera de allí... ¿qué? No sabía, pero de lo que sí estaba totalmente persuadido era que jamás volvería a ser atrapado tan ingenuamente. En el futuro pensaría las cosas con más detenimiento. No dejaría cabos sueltos.

Pero, me decía en momentos de mayor lucidez, ¿no estarían tan convencidos como yo quienes volvían a la cárcel una y otra vez?

La respuesta, que constantemente se repetía, consistía en hacer una especie de examen comparativo de méritos. Estudiaba sus operaciones, analizaba minuciosamente sus fallos y terminaba juzgando a los demás como lo que eran, es decir, como a pobres e ignorantes idiotas que parecían encontrar una turbia satisfacción en cometer candorosas pifias que les permitieran pasar temporadas a la sombra presumiendo de los golpes que darían tan pronto como salieran.

Después de lo que me parecieron siglos, cuando ya desesperaba de verme fuera, un día vinieron a anunciarme que a finales de la semana siguiente me pondrían en libertad. Pasaron, por fin, los siete días más largos que he vivido nunca pues, si con el tiempo hubo varios últimos siete días, fueron distintos, probablemente porque ya me había endurecido.

Delante de la puerta de la cárcel, avisados sin duda por el Director, me esperaban don Silvino y su hermana. Allí mismo, al alcance del oído atento del guardián de servicio en la puerta, intentaron convencerme para que les acompañara a su casa. Todo se arreglará, me decían. Lo único que no tiene solución es la muerte y en este caso, gracias a Dios, no ha pasado nada de eso.

Me negué en redondo y lo único que acepté fueron cinco mil pesetas que el cura me ofreció para mis primeros gastos. Se fueron desconsolados después de rogarme que les tuviera informados de mi paradero. Se lo prometí decidido a no cumplir mis palabras.

A la mañana siguiente, llegaba a Madrid. Me parecía que un lugar tan grande como aquel ofrecería más posibilidades a quien, como yo, estuviera dispuesto a abrirse paso sin reparar en medios.

Un par de días más tarde, cuando, en un cochambroso cafetín de un apartado barrio, me disponía a tomar café con un bollo –quizás mi única comida en la jornada- oí que me llamaban por mi nombre. ¿Quién podía conocerme en un sitio como aquel? Enseguida salí de dudas. Se trataba de uno de mis antiguos compañeros de encierro en el Reformatorio de San Claudio. Era Ramón, “el Cabra”, llamado así por su habilidad en el uso de la para de cabra, la herramienta ideal para dar palanquetazos.

Mi amigo, estaba en fondos, como él dijo y, después de escuchar el relato de mis andanzas, me invitó a comer cuanto quisiera. No satisfecho con aquello, mientras me atiborraba, contó lo bien que el iba con otros dos colegas. Habían dado varios fructíferos golpes y se proponían hacer algo de más envergadura.

Yo llegaba como anillo al dedo. Necesitaban otro hombre de confianza y yo era el indicado. ¿Quería unirme a ellos?

¿Qué podía responder? Desde aquel mismo momento, pasé a formar parte del grupo. “El Cabra”, me tomó bajo su protección acompañándome a una

pensión. Habló con su dueña, una mujerona gorda, inmensa, que además de una doble papada disponía del vocabulario má

Yo tomé una habitación en un hotel de ínfima categoría, busqué y encontré nuevas amistades y proseguí la misma existencia que llevaba antes de la última detención. Era el año 1982 y, todavía, después de varias lucrativas aventuras, pasé otros dos años a la sombra.

De nuevo en la calle, me había forjado una reputación de hombre duro y callado que jamás dejaba en la estacada a un compañero y sabía mantener la boca cerrada. Tenía fama de buen organizador y cuando, a principio de 1985, alguien se usó en contacto conmigo para hablarme del prometedor asunto de la fuga de información del Ministerio de Asuntos Exteriores, respondí que, en principio, aquello parecía interesante. Lo pensaría con calma. Pedí más detalles y el plazo de un mes antes de contestar definitivamente.

Al cabo de este tiempo, la misma persona volvió a verme. Para entrar en aquello pondría condiciones. Yo sería el que daría las órdenes. Sería obedecido ciegamente. Me encargaría de reclutar los hombres necesarios y de confeccionar los planes que serían seguidos al pie de la letra. Yo también sería el responsable de financiar la operación.

“¿Cuántos hombres están contigo en esto?”, le pregunté. “Ninguno”, respondió. “Y estoy enterado de ello por pura casualidad.”

Acepté entonces hacerme cargo del negocio y mi socio quiso saber cómo se repartirían las ganancias. Mostró su conformidad cuando supo que del total se harían cuatro partes; dos para mí, una para él y otra para dividir entre el resto de los hombres.

A partir de aquel momento y durante casi un año viví exclusivamente por y para el golpe. Le dediqué todas mis energías y el saber que la dura escuela de la prisión me había prestado. Con infinita paciencia, fui montando la red en que Artiaga caería trayéndome de regalo a sus contactos en Madrid y París. Seleccioné los hombres con especial cuidado y después hablé con ellos hasta que su papel en el cuadro general les resultaba tan conocido como las caras de sus madres.

Observamos atentamente cómo Artiaga realizó dos de los traslados. No lo perdíamos ni a sol ni a sombra. Estábamos preparados para entrar en acción, interviniendo en la próxima oportunidad.

Todo estuvo a punto de irse al traste a causa del error cometido por un juez jubilado, un empleado de banco y, en aquel momento, el propio Artiaga. Los tres se equivocaron de paraguas.

Afortunadamente, aunque tuve que improvisar, salí airoso del trance y la cosa se arregló. Cuando Artiaga vuelva a París, él y su acompañante van a encontrarse con una sorpresa.

No hay más que esperar pacientemente, como los campesinos. Y luego, también como ellos, recoger la cosecha.

YO

Aunque soy intransigente partidario, no sólo de la libertad de expresión, sino también de pensamiento y credo, ha llegado la hora de que mis personajes actúen más en consonancia con el modo de ser de quien les ha infundido vida.

Hasta este momento, cada uno de los entes que se agitaban en el limbo de mi imaginación hizo su traslado a la realidad de estas líneas sin tener en cuenta mis deseos.

Yo hubiera preferido que emplearan otras palabras y que se movieran espoleados por diferentes motivos, pero ha sido en vano. Haciendo caso omiso de lo que había determinado para ellos, se empeñaron en salirse por la tangente. Y lo han conseguido.

En principio, don Ramón iba a disponer de una habitación individual. La crónica escasez de camas que experimentan nuestras instalaciones sanitarias ha hecho que el juez haya tenido que compartir su cuarto con Emilio y éste, que, de verdad, me era prácticamente desconocido, ha aprovechado la oportunidad para colocarnos una historia, la suya, que nada tiene que ver con mi narración.

El mismo don Ramón, para quien yo tenía reservado un temperamento pacífico, modales exquisitos y una forma tolerante de contemplar las flaquezas humanas, como correspondía a una persona de su edad y condición, maldice de las abnegadas enfermeras, la emprende a patadas con una de ellas y se pierde en una maraña de disquisiciones pseudo-psicológicas sobre el género humano.

El comisario Yuste constituye un clarísimo ejemplo de rebeldía contra el sentido común. Alardea constantemente, ante Margarita y Mario, de sus dotes profesionales. Su sagacidad ya lo ha previsto todo, no tiene más que esperar para, en un momento dado, alargar la mano y cerrar triunfalmente el caso. Todo ha sido calculado pero sus números hacen agua por alguna parte pues uno de los implicados en la trama se ha suicidado y otro estuvo a punto de ser eliminado a golpes de estatua.

Presume de enterado y debe dar por sentado que quienes se encuentran a su alrededor no ignoran que, aunque no es normal que la policía ordinaria investigue asuntos como el que le ha sido encomendado, en esta ocasión los ministros de AAEE y de interior le han encargado de su resolución.

No era mi deseo que se embarcara en comparaciones, siempre odiosas, entre los complejos de culpabilidad y las motivaciones de los pueblos ruso y español.

En cuanto a los extraños impulsos, por más que el interesado trate de hacerlos parecer normales –llevan a Symphorien a retirarse de una vida de aventuras para la que yo le había hecho nacer- me parecen estúpidos. Ha sido una decisión tomada repentinamente por el interesado, sin consultarme.

Además, si era cierto que no sentía la necesidad de engordar su cuenta corriente en Suiza y ya estaba totalmente resuelto a gozar de una existencia

monacal en Porquerolles, ¿a santo de qué va a volver a España? ¿A qué meterse en la boca del lobo?

Y, ¿qué decir de Mario y Margarita? No mucho más que esto. Se trata, evidentemente de dos pardillo. El, sobre todo, da grima. Es un modelo de indecisión y timidez. No existe la menor duda de que Margarita le hace tilín y sólo una vez, en la comisaría, de manera indirecta, utilizando como pretexto la incomodidad de las sillas en que están sentados, se lo dice veladamente.

Yo había pensado en Mario como una persona emprendedora y un tanto aprovechada. En mi mente dispuse los acontecimientos para su explicación a doña Bárbara –aquello de “cada uno en su cama”- fuera una justificación sin pizca de veracidad. Opinaba, incluso, que no quedaría mal un epílogo en el cual describiera una boda de penalti. Y ello, no porque posea un entendimiento particularmente escabroso, sino por citar un procedimiento muy de actualidad.

Sin embargo, Mario, actuando por su cuenta, resolvió aparecer en las páginas que se apropió como un ingenuo, sumamente prudente y educado, que da por bueno cuanto se le dice, obedece las órdenes que recibe y, a su edad, aún tiene que dar cuenta a su madre de las razones impulsoras de su determinación de prescindir, en el mes de Julio, de los calcetines de lana.

Por lo que se refiere al desgraciado Germán Álvarez, la cosa es más grave. Dediqué mucho tiempo a la creación de este personaje. Pretendí dotarle de un carácter malvado y ruin sobre el cual las fuerzas del mal, actuando en terreno abonado de desastrosas circunstancias familiares y sociales del momento, le llevaran a cometer buena cantidad de iniquidades y que, al final, sería rescatado y conducido a las filas del bien por el alma cándida de don Silvino.

Pero, no. Germán ha optado por el camino del vicio. Ya lo han visto. Tercamente se ha convertido en un vulgar chorizo merecedor de nuestro desdén. Me proponía presentarle a la piedad general como una muestra del sincero arrepentimiento, arrojándose en los acogedores brazos del cura que, con ojos anegados de gozoso llanto exclamaría: “Hijo, hijo mío. Así te quería yo. Demos gracias al Altísimo por el regreso del hijo pródigo”.

Mientras tanto, María, afanosamente, prepararía unas jícaras de sabroso chocolate.

He perdido la oportunidad de lucirme haciendo pías reflexiones morales que, seguramente, hubieran edificado a más de uno.

Hasta don Silvino me ha fallado. De manera inopinada se lanzó por el sendero de “aggiornamento” y en sus primeras palabras se lía el manto a la cabeza y suelta un carajo nada pastoral.

Pero aquí me planto. No estoy dispuesto a consentir que mis criaturas permanezcan ni un párrafo más en semejante rebeldía. Se acabaron las contemplaciones. De aquí en adelante, quien no recite su papel, quien no actúe de acuerdo con las exigencias del guión, será expulsado inmediata y violentamente de la trama urdida, mejor o peor, por el autor.

Al fin y al cabo, ni siquiera imponía la obligación de que alguien se desnudase.

AEROBUS PARÍS-MADRID

Precedido de un argentino campanileo, los altavoces profusamente instalados en el aeropuerto de Barajas hicieron llegar hasta los últimos rincones del mismo la información de que el Aerobús París-Madrid, vuelo 515 de Air France, estaba tomando tierra. Llegaba puntualmente. Eran las siete y diez de la tarde.

El anuncio, proferido con voz estereotipada y disciplente, dejó a muchos de los que lo escuchaban totalmente indiferentes; continuaron tomando la copa con que trataban de abreviar la aburrida espera, o siguieron hojeando la revista de cuyo contenido apenas se enteraban.

Presurosos, otros, se pusieron en marcha hacia la puerta catorce por la que entrarían los pasajeros del avión que llegaba.

Algunos, hacía rato que se hallaban situados estratégicamente en las cercanías de la Aduana, de los controles de visados y de la puerta indicada. Se trataba de un nutrido grupo de agentes especializados en pasar inadvertidos en lugares como aquel. Su misión era observar la llegada de Artiaga y el diplomático iraquí y seguirles a donde se desplazaran una vez terminados los trámites en el aeropuerto. No debían tomar iniciativas.

Para el comisario Yuste y, a través de él, para todos los hombres que intervenían en la operación, la tarea era sencillísima. Artiaga era sobradamente conocido. Identificar a su acompañante, no resultaría complicado merced a las fotografías que la Sûreté francesa había remitido urgentemente tan pronto como aquel se entrevistó con el exparacaidista.

La cooperación de la policía francesa con los miembros de la española, que fueron la sombra de Artiaga en su viaje a París, no dejó nada que desear y ambas delegaciones asistieron, situadas a conveniente distancia, a la reunión celebrada por los dos socios.

En esta ocasión, también se encontraban en Barajas otros dos hombres que aguardaban la llegada del avión y que se interesaban por los mismos pasajeros.

Desconocidos de los hombres del comisario, podían pasar perfectamente por lo que aparentaban ser. Jóvenes ejecutivos a la espera de un avión que les llevaría a Ginebra, Frankfurt o cualquier otro lugar del mundo.

Sentados, en apariencia muy relajados, hablaban volublemente causando, a cualquier observador casual, la impresión de estar habituados a viajar con frecuencia. Uno de ellos abrió su elegante ataché de cuero y sacó varios papeles. Eran catálogos de maquinaria agrícola. Su interlocutor, cogió el que se le ofrecía y se enfrascó en lo que parecía una discusión llena de tecnicismos acerca de las ventajas de determinado modelo de cosechadora mecánica sobre otra marca rival.

Su dominio de la situación era perfecto. Si Germán Álvarez hubiera podido verles, los felicitaría calurosamente. Jamás regateaba el elogio a sus secuaces y, como se parecía por las puestas en escena realistas, en aquella oportunidad un

cumplido era lo indicado. Pero Germán había preferido no estar presente. Era demasiado prudente. Haría su aparición en el momento oportuno. Una entrada en escena, fulgurante y súbita, que dejaría a todo el mundo boquiabierto y, antes de que alguien se recobrara del natural estupor, un rápido mutis.

Sin dar muestras de sentirse apremiados, los dos ejecutivos se levantaron y, calmamente, se encaminaron a la puerta quince, llegando a ella cuando comenzaban a cruzar la catorce los primeros pasajeros llegados en el vuelo París-Madrid.

En medio del grupo figuraba Artiaga. Llevaba sobre los hombros el amplio abrigo marrón de pelo de camello y, un tanto fanfarronamente, echado hacia atrás, un sombrero del mismo color. La bolsa de viaje que colgaba de su mano izquierda, parecía, en comparación con su cuerpo enorme, un diminuto neceser. No debía traer más equipaje pues, tan pronto como hizo visar su pasaporte, pasó rápidamente por Aduana y abandonó el aeropuerto en un taxi que le condujo al hotel Barajas, seguido por la policía y por uno de los hombres de Germán Álvarez.

El diplomático iraquí, cruzó el umbral de la puerta catorce bastante rezagado, fue recibido ceremoniosamente por dos miembros de la Embajada y, tras los saludos de rigor, se dirigió, acompañado de su escolta, al circulante aparato de recogida de equipajes, para retirar dos magníficas maletas, pasó la Aduana y el visado de entrada como meros trámites y, en un reluciente automóvil con la plata D. C., se fue con destino al edificio de la representación de su país, donde se alojaría.

Naturalmente, a la estela del hermoso Mercedes, le seguían un coche de la policía y un taxi que llevaba al segundo fiel ejecutivo en la nómina de Germán.

Cuando Artiaga se encontró en su habitación, después de registrarse en recepción utilizando su pasaporte y de correr el guantelete entre las mujeres que, con escaso éxito, ofrecían sus encantos, realizó tres llamadas telefónicas. En la primera, empleando el árabe, habló con Mohammed El Jorbi, en Argel. Luego, en la segunda contactó con alguien que, tras reconocer a su comunicante, dijo escuetamente en español: “Mañana, a las cuatro de la tarde; despacho número 8, piso doce.” Por último, recurrió al francés para hablar con la Embajada de Irak y repetir las instrucciones que acababa de recibir.

Hacia las diez de la noche, descendió al restaurante donde despertó el asombro de camareros y comensales encargando y consumiendo una copiosa cena. Terminada ésta, volvió a subir a su cuarto, ocupó un sillón frente al televisor, que encendió, y dormitó un buen rato. No se sentía nervioso. Sin embargo, se levantó varias veces y se asomó a la terraza desde la que podía verse, a la luz de artísticas farolas pintadas de blanco, la iluminada piscina rodeada de césped. En la amplia franja embaldosada que bordeaba el verde prado, buen número de mesas y sillas metálicas, bajo sombrillas multicolores, parecían aguardar la llegada de los bañistas.

Symphorien, antes de retirarse de la terraza se inclinó hacia fuera y observó que en ninguna de las próximas, a derecha e izquierda, podía verse luz. Quizás estuvieran desocupadas. Se disponía a sentarse de nuevo, cuando el teléfono que descansaba sobre la mesilla de noche, con la urgencia característica de los hoteles, emitió un insistente zumbido.

Desde recepción le comunicaban que dos señores, según decían, amigos llegados de Argelia, deseaban verle. Contestó que subieran a su habitación.

Minutos después, obedeciendo a la llamada, abrió la puerta a sus visitantes. Se dieron a conocer. Eran funcionarios de la Embajada argelina y, siguiendo órdenes superiores, venían a entregarle el nuevo pasaporte que sustituiría al extraviado hacía algún tiempo.

Uno de ellos, extrajo de su cartera de mano una curiosa Polaroid, cerró las puertas correderas de la terraza, encendió todas las luces y, no satisfecho con la iluminación obtenida, enchufó a una toma de corriente un pequeño reflector que proyectaba una vivísima claridad y, tras hacerle sentarse de espaldas a la pared, tomó un par de fotografías.

Mientras tanto, el otro tendió a Symphorien un billete de avión diciéndole que se trataba del vuelo AF 566, Madrid-Marbella, clase preferente, con salida a las siete y media del día siguiente.

Esperaron unos minutos, recortaron debidamente una de las instantáneas y la adhirieron al pasaporte. Estamparon el correspondiente sello de caucho y le entregaron el documento que previamente había sido cubierto y firmado. Luego se despidieron cortésmente y le dejaron solo.

Distraídamente, Artiaga ojeó el pasaporte. Era auténtico. Había sido extendido con fecha de tres meses antes de su nocturna confección y presentaba el aspecto de algo no completamente nuevo. En el espacio destinado a los visados figuraban, sucesivamente, salida de Argelia, entrada y salida de París y entrada en Madrid. Los sellos y marcas estampadas en sus hojas parecían reales. Comparados con los legítimos, imprimidos aquel mismo día en el documento que acreditaba su nacionalidad francesa, era imposible advertir diferencia alguna.

Sin embargo, el detalle que mayor placer le produjo era que, en el espacio consagrado al nombre del titular, estuviera escrito: Sunid El Jorbi. Y, un poquito más abajo: padre, Mohammed; madre, Fátima.

Después de una noche en que ni un mal sueño ni el asomo de la deficiente digestión que se cena hubiera causado en cualquier otro, Artiaga despertó descansado y listo para lo que le trajera el nuevo día.

Consumió el doble desayuno encargado por teléfono al servicio de habitaciones y seguidamente, con calma, procedió a su aseo. A las once de la mañana, se encontraba en las proximidades de la torre de cristal de Azca donde, unas horas más tarde, se pondrían en claro las circunstancias que enredaron de tal modo la que había de ser su última entrega.

Aparentemente, no existía nada sospechoso. No veía ninguna cosa que infundiera alarma. El mismo apresurado ir y venir de gentes que no parecían dirigirse a ningún sitio pero lo hacen velozmente, como por inercia.

Rebuscó en sus bolsillos, hasta que sus dedos tropezaron con un papel doblado y bastante arrugado. Con él en la mano entró en la primera cabina telefónica que halló a su paso, cerrando la puerta con una enérgica patada ya que tenía cierta tendencia a abrirse. Marcó el número que aparecía borrosamente escrito en el deteriorado papel. Dijo su nombre a la persona que hablaba al otro lado de la línea. La respuesta fue que todo estaba preparado y únicamente esperaban las últimas instrucciones.

Artiaga las facilitó. “Esta tarde, a las cuatro menos cuarto ante la puerta del despacho número 7, del piso 13, en el lugar que le he indicado.” Luego, ordenó que repitiese todos los datos. Preguntó, después si ya había recibido el dinero, a lo que respondieron que sí y que, incluso más de lo convenido.

“Guárdese usted –cortó Artiaga. Pero he de advertirle que si existe el menor fallo, por leve que sea, no volverá usted a vender aparatos ortopédicos. Se verá obligado a usarlos hasta el fin de sus días.”, añadió, cortando seguidamente la comunicación.

El doble equipo de seguidores que no le perdían de vista desde que se ausentó del hotel, hubieran dado mucho por conocer el destinatario de aquella llamada. Uno de ellos se había acercado a la cabina intentando ver el número que componía en el teclado, pero fue inútil. El corpachón del conferenciante llenaba todo el espacio y ocultaba los movimientos de su mano.

Con bastantes dificultades logró salir del estrecho encierro y, haciendo tiempo, caminó Castellana abajo. Aún faltaban unas tres horas y media. Hacía calor y la gente con quien se mezclaba llevaba al brazo gabardinas y abrigos. No obstante, él mantenía el suyo obstinadamente puesto y abrochado.

Andaba lentamente, disfrutando del paseo. En ciertas ocasiones, se detenía frente al escaparate y contemplaba abstraído los objetos expuestos a la atención de los viandantes. A las dos y cuarto se encontró delante de un restaurante italiano en el que entró. Tomó asiento ante una mesita redonda cubierta por reproducciones, enmarcadas y protegidas con cristal, de las principales ciudades y monumentos de Italia.

Un camarero, después de saludarle y preguntar si almorzaría allí, colocó sobre la mesa un plato con queso parmesano y un bollito de pan, retirándose seguidamente. Cuando volvió al cabo de escasos minutos, queso y pan habían desaparecido. El hombre, sorprendido e incrédulo, quiso saber si le había puesto ya el regalo de la casa. Y Artiaga, muy serio, respondió: “¿Esas muestras? Ah, sí, ya las he comido.”

Almorzó como siempre lo hacía, es decir, como tres seres con buen apetito. Despachó cuatro postres. Tomó café, se bebió un par de coñac y pagó la elevada nota, dejando una considerable propina.

Cuando se levantó para marcharse fue consciente de que muchos de los presentes en el comedor estaban pendientes de él. Algunos, inclinados hacia sus compañeros de mesa, cuchicheaban y sonreían. Pero, cuando se dirigió fijamente su mirada hacia los más indiscretos, ninguno se atrevió a sostenerla. Todos parecían sentir la urgente necesidad de investigar el contenido de sus platos.

Acompañado del servicial maître, se dirigió a la puerta que mantuvo abierta hasta que cruzó el umbral.

Si su reloj iba bien, y no tenía motivos para suponer que no lo hiciera, eran las tres y cuarto. Todavía tres cuartos de hora para la cita. Había tiempo para tomar otro café, pero éste más cerca de su punto de destino.

A las cuatro menos diez, salió de la cafetería y, a buen paso, penetró en el alto edificio. “Tomen uno de los tres ascensores y caminen a lo largo del pasillo en forma de U –que comienza en la oficina número uno- hasta que lleguen a la ocho. De esta forma, hasta el último momento, nadie sabrá a dónde se dirigen”, le había dicho el funcionario de AAEE.

Artiaga se había reservado esta última información. Era hombre precavido y, detalles tan aparentemente sin importancia como aquel, le habían permitido librarse de buena cantidad de problemas. Antes de introducirse en uno de los ascensores indicados, simulando encontrarse despistado, recorrió el amplio soportal, observó la situación de las dos escaleras cuyos primeros escalones aparecían inmediatamente al lado de aquellos.

Luego, decidido, tomó uno de los elevadores de la izquierda sobre cuya puerta podía leerse un aviso que indicaba: “Despachos 1 al 4”. Oprimió el botón de subida al piso 11. Cuando las puertas automáticas se abrieron y salió al pasillo, con la excepción de una joven que desaparecía en el despacho número cuatro, en el otro extremo no se veía a nadie. De cuatro trancos ascendió por las escaleras hasta el piso doce, pero no utilizó para hacerlo la del mismo lado sino la situada al final del largo corredor, al lado derecho, saliendo a escasa distancia de la oficina número ocho.

Ésta, como la uno en la cara opuesta del piso, era de doble tamaño que todas las demás. Contaba con dos puertas. Cuando penetró en ella ya había llegado el diplomático iraquí que, en tono contenido pero visiblemente airado hablaba con el que debía de ser el suministrador del microfilm. Se disponía a intervenir Artiaga, cuando la violenta entrada de Germán y otros dos hombres empuñando pistolas con silenciador, le impidieron decir nada. Tampoco estos últimos tuvieron ocasión de decir cosa alguna. Detrás de los recién llegados apareció lo que semejaba un batallón de policías, advertidos de lo que ocurría en aquel despacho y no en el número tres, como esperaban.

Artiaga no esperó a ver el desarrollo de los acontecimientos. Con un rápido movimiento, asió al hombre que tenía más cerca y lo lanzó sobre los ocupantes del cuarto. Casi simultáneamente, levantó la pesada mesa tras la que se sentaba el estupefacto titular del despacho y la arrojó sobre los que aún quedaban en pie. Luego, atravesó la pieza, cruzó un cubículo desierto que debía pertenecer a

la secretaría y salió disparado hacia la escalera descendiendo en tromba hasta la planta novena.

Allí encontró un ascensor que parecía aguardarle. Pulsó el botón del piso 13. Durante la subida dio la vuelta a su abrigo y cambió el sombrero por una gorra visera verde y gris, a cuadros, haciendo juego con su nueva prenda. De uno de los bolsillos de ésta, en el que introdujo el sombrero hecho una pelota, sacó dos extraños aparatos que, en cuestión de instantes, se convirtieron en muletas.

La persona que salió al corredor en la planta 13, poca semejanza tenía con Symphorien. Caminaba con extrema dificultad, cojeaba ostensiblemente y su estatura parecía haber disminuido. Uno de sus hombros era más bajo que el otro.

Una enfermera uniformada, de espaldas al ascensor, aguardaba pacientemente al lado de una silla de ruedas. No advirtió la presencia de Artiaga, hasta que éste llamó su atención con un débil carraspeo. Luego, apresuradamente, avanzó los dos o tres pasos que les separaban y le ayudó a sentarse. Le cubrió las piernas con una ligera manta preparada para tal efecto y, en un inglés con fuerte acento de Escocia, preguntó a donde deseaba que le llevara.

El inválido exhaló un suspiro de alivio y con voz apagada respondió: “A la calle. Estos funcionarios españoles son un desastre.”

La enfermera, sin hacer comentarios, empujó la silla hacia el ascensor y oprimió el botón de llamada. Llegó enseguida. Minutos después, alcanzaban la planta baja en la que podía observarse un movimiento desusado y la presencia de numerosos policías de uniforme. Uno de ellos, en flagrante contradicción con el criterio expresado por Artiaga, llevó su amabilidad hasta el extremo de asistir a la enfermera en sus esfuerzos por hacer descender silla y ocupante por la pronunciada rampa preparada ex profeso para casos como aquel.

Ya en la calle, Symphorien ordenó a su ayudante que cruzara la Castellana. Después fue indicándole el camino que deseaba seguir. Salieron del Paseo de la Habana por el que anduvieron hasta la Plaza de Quito. Al llegar a ésta, giraron a la izquierda por la calle Santiago Bernabeu y, luego, a la derecha por San Juan de la Salle.

Allí, ante un enorme Cash and Carry, Artiaga pidió que se detuviera. La enfermera estaba cansada. Había empujado la silla y el considerable peso del su ocupante una distancia respetable. Aunque sus servicios ya habían sido satisfechos, Symphorien hacía las cosas en grande y, fiel a sus principios, la despidió entregándole una generosa gratificación.

Cuando se quedó solo, propulsando con sus manos descomunales las ruedas de la silla, penetró en el establecimiento. Preguntó por los lavabos, se encerró en uno de ellos y, al poco rato, tras comprobar que era el único presente en aquel lugar, se ausentó abandonando silla, muletas abrigo y gorra visera.

Antes de irse, adquirió una gabardina azul y un sombrero gris, salió a la calle y, en una parada, tomó un taxi que le condujo a Barajas.

Un reloj en el aeropuerto señalaba, a su entrada al mismo, las seis y media. Se acercó al mostrador de Air France, presentó su billete y recogió la tarjeta de embarque. Después se sentó a esperar pacientemente la llamada para salida de su avión. Aún faltaba cerca de una hora. Tenía tiempo suficiente para pasar revista a los acontecimientos de los últimos días.

En el momento en que los altavoces anunciaron que los pasajeros del vuelo a Marsella debían dirigirse a la puerta 18, Artiaga estaba medio dormido. Haciendo un esfuerzo, adquirió plena conciencia del lugar donde se hallaba y, prontamente, se trasladó al sitio requerido.

Al mostrar su pasaporte en la ventanilla de salida de viajeros observó que algo iba mal. El funcionario, un policía uniformado, consultó unos papeles que tenía a su alcance, cruzó una mirada con dos hombres que se mantenían a la espera muy cerca de allí y, en inglés, le dijo que debía aguardar un momento.

Dándose cuenta de que su interlocutor ignoraba aquel idioma, repitió las mismas palabras en francés, con igual resultado negativo.

Entonces, por teléfono solicitó la presencia de un intérprete árabe que se presentó minutos después. La animada conversación iniciada entre ambos fue interrumpida por la llegada del comisario Yuste que había venido quemando neumáticos por la Nacional II. El recién incorporado, lucía un esparadrapo que ocultaba una amplia herida en la frente y mantenía el brazo izquierdo en cabestrillo. Se trataba, sin duda, de un par de recuerdos de la monumental gresca acaecida en el despacho número 8.

Yuste, al escuchar aquel idioma que no comprendía, sonrió con amargura y recogió el pasaporte que le ofrecía uno de los funcionarios que rodeaban a Artiaga. Lo estudió detenidamente unos instantes y, riendo, esta vez con auténtico humor, cogió por el brazo al detenido y lo apartó unos pasos del estupefacto grupo de agentes.

“¿Qué tratamiento he de darte? ¿Habré de llamarte excelencia? Con tantos diplomáticos de por medio, me encuentro fuera de lugar”, confesó para empezar Yuste. “Supongo que no vas a decirme cómo te las has arreglado para hacerte con este pasaporte”, continuó. “Hasta donde se me alcanza, es auténtico. Sólo descubro una pega. Que esté en tu poder.”

Por toda respuesta, Symphorien soltó una enrevesada frase en árabe que al comisario le sonó como un montón de haches inspiradas entremezcladas con algunas cas y eles. Después, con apresurados gestos señaló el gran reloj pendiente del techo, su propio cronómetro y el billete que aún conservaba en la mano. Eran las siete y cinco y el tiempo corría.

Esta vez Yuste comprendió perfectamente, y respondió: “Todavía faltan veinticinco minutos. Es suficiente. Te dejaré tomar el avión pero, como favor personal, quisiera que me contaras cómo has conseguido burlar nuestra vigilancia. Supongo que tenías prevista tu retirada desde hace mucho.

Artiaga, bajando la voz para no ser escuchado por personas próximas, le confió lo que deseaba saber. Únicamente omitió el detalle del policía que

colaboró en el descenso de la silla. Asimismo, se reservó el nombre de la casa vendedora de aquella. No quería causar molestias innecesarias a nadie.

Luego, echando una ojeada al reloj, rogó al comisario que le dijese cómo había terminado la refriega, y si habían sido muchos los detenidos.

El encargado de la investigación, satisfecho porque, al fin, había conseguido su objetivo de descubrir al verdadero culpable de las fugas de información, accedió a narrarle los sucesos ocurridos después de su huida.

Utilizando frases breves le refirió el error sufrido respecto al ocupante del despacho número tres, a quien creían reo de traición –especialmente después de su suicidio, que habrían de investigar muy a fondo- cómo estuvieron intensamente vigilados él y Germán y sus hombres, los hechos ocurridos en casa de don Ramón y de Mario Alba, y su posterior viaje de ida y vuelta a París, la toma de contacto con el diplomático iraquí.

Finalmente ya en el camino de la puerta 18, pues entretanto se había producido la última llamada para el vuelo AF 566, Yuste describió el estado de ruina en que quedó el despacho número ocho como consecuencia de la pelea generalizada que tuvo lugar tras su escapatoria.

Afortunadamente, no se produjo un solo disparo. Varios heridos con contusiones de diversa consideración, pero eso era todo. Germán y cuatro de sus hombres fueron detenidos en la misma habitación, otros dos en el pasillo y tres más en la calle, al volante de otros tantos automóviles. Serían juzgados y esperaba fueran condenados a largas penas, tanto por aquel, como por otros delitos.

El funcionario del Ministerio, apresado también, había confesado y, de igual modo, recibiría el regalo de una dilatada estancia en prisión.

Por el contrario, aunque el diplomático iraquí se encontraba en una celda, no sería su huésped durante mucho tiempo. Los resortes de la diplomacia comenzaban a rechinar y no quedaría otro recurso que ponerle en libertad presentando, además, excusas por el error cometido.

La puerta 18 estaba muy próxima. Como de tácito acuerdo, ambos hicieron alto. Dos personas completamente distintas. Uno, alto y con aspecto cadavérico, todo huesos. El otro, una maciza masa de músculos. El primero, con la ley. El segundo, por una u otra circunstancia contra todas las normas.

No obstante, los dos tenían ciertos rasgos comunes. Eran buenos ganadores y, lo que es menos frecuente, excelentes perdedores.

A punto de entregar la tarjeta de embarque, Artiaga, al que ya se le había devuelto el pasaporte, se volvió hacia el comisario, un paso más atrás, y le dijo:

“Desde ahora mi actividad más peligrosa será la petanca. No volveremos a vernos.”

Entonces, Symphorien recibió la sorpresa más grande de su vida. Yuste unió las palmas de las manos ante el pecho, inclinó la cabeza y pronunció las palabras con que el pueblo árabe desea la paz: “Salam aleikum”.

En su estupor, Artiaga estuvo a punto de olvidar que debía imitar el gesto y responder: “Aleikum Salam.” Pero antes de cruzar la puerta, lo hizo.

DOÑA BÁRBARA

Cuatro días después de la invasión de su casa y de la insatisfactoria conversación telefónica con su hijo y Margarita, doña Bárbara volvió a efectuar otra llamada.

Eran las once de la noche y Mario se encontraba ante el televisor contemplando, sin mucho interés, una película en cuya peripecia no lograba concentrarse. Hacía rato que, allí mismo, desganadamente, había dado fin a una lata de atún en aceite y comenzaba a notar un molesto peso en el estómago.

Al escuchar el primer timbrado, se levantó de un salto y descolgó el aparato. Cualquier cosa sería bienvenida para paliar el tedio.

Doña Bárbara, con voz alegre, le dio la noticia de que ya era abuela. Una niña riquísima. Pesaba tres kilos y medio. Todo había salido muy bien y, tanto la madre como la criatura estaban perf

recibir una respuesta negativa, el mensajero de Transportes Internacionales le hizo entrega de un paquete largo, estrecho y no muy pesado para su tamaño.

Doña Bárbara firmó el talón-recibo y se quedó sin habla cuando su intención de gratificar al recadero se topó con una cortés, pero firme, negativa.

Luego, resistió heroicamente la acuciante curiosidad que la empujaba a descubrir el contenido del extraño envoltorio, pero, tan pronto como Mario entró en casa, no le permitió hacer nada antes de abrirlo.

Se trataba de seis magníficos paraguas de seda, con varillas de acero inoxidable y empuñaduras de plata representando las cabezas de otras tantas razas de perros. Incluía el paquete una tarjeta a nombre de Symphorien Artiaga de Coquenard, figurando debajo, como dirección, una palabra que, para ellos, carecía de significado: “Porquerolles”.

Al dorso de la tarjeta, escrito a máquina, decía: “Para substituir el que he tomado prestado de su paraguero hace unos días. Afectuosamente.”

Los comentarios proferidos por madre e hijo fueron reveladores de sus más ocultas personalidades.

Doña Bárbara: “Pues, era cierto. Artiaga existe. ¡Qué señor más fino!”.

Mario: “Estoy seguro que éste va a ser el regalo de boda más original que recibiré.”